Copyright by LYDIA CABRERA, Enero de 1940

Lydia Cabrera Cuentos Negros DE CUBA

PROLOGO DE FERNANDO ORTIZ

LA VERÓNICA

A TERESA DE LA PARRA

PREJUICIO

Este libro es el primero de una mujer habanera, a quien hace años iniciamos en el gusto del folklore afrocubano. Lydia Cabrera fué penetrando el bosque de las leyendas negras de la Habana por simple curiosidad y luego por deleite; al fin fué transcribiéndolas y coleccionándolas. Hoy tiene multitud de ellas. En París dió lectura de varias a literatos exquisitos y suscitó entusiasmos por su contenido poéico, tanto que un poeta muy conocedor de las letras de América como Francis de Miomandre, tradujo algunas y un editor inteligente las imprimió en un libro que ya está agotado. Les Contes Négres de Cuba habían sido acogidos anteriormente por revistas literarias de Francia tan exigentes como "Cahiers du Sud"; "Revue de Paris" y "Les Nouvelles Litteraires". De ahí que estos cuentos vieran la luz en traducción antes que en su lenguaje original, y que al aparecer en castellano ya vengan prologados por la excelente acogida de la crítica extranjera.

Algunos apreciaron la espontaneidad de su poesía y de su arte; otros, como E. Noulet, descubrieron en ellos una

psicología extraña, "un sentido goloso de la vida, una reacción muy sensible a todas sus formas y lenguajes, un espíritu a la vez medroso y audaz, cándido y burlun". Alguien, como Jean Cassout, penetró los cuentos negros por lo social, viendo en estas narraciones los rasgos de la infelicidad y los ecos de las congojas de una raza subyugada.

Pero vacios de estos cuentos de los negros de Cuba son de una fase africana apenas contaminada por su culturación en el ambiente blanco, aún con los rasgos característicos de su original africanía. Reparando en éstes, alguien quiso interpretarlas aludiendo a la "profunda inmoralidad", a la "ausencia de intención didáctica", a la "ignorancia de distinguir el bien del mal", a una "facultad extraordinaria de olvido"... Pero estas visiones no son sino las perspectivas que arrancan, aunque involuntariamente, desde un ángulo prejuicioso, el del blanco, quien enjuicia al prójimo negro desde su propia moralidad y sus reacciones, aquéllas que su blanca civilización le señala y que él define como la moralidad y la justicia. Para nosotros sería preferible,—influjo etnográfico y evolucionista,—observar no la falta de moralidad sino una moralidad distinta y unas valoraciones sociales diversas, impuestas a la conciencia de los negros africanos por sus circunstancias, diferentes de las de los blancos, tocante a sus condiciones económicas, políticas y culturales, así en la estable y ancestral sociedad de su oriundez como en esta, americana, advenediza y transitoria. Quizás bastaría imaginar a los negros de Africa, cuya alma se refleja en estos cuentos, en un nivel algo semejante al arcaico mundo de Grecia, de Etruria o de Roma, para obtener una

aproximación analógica, en cuanto a las bases de su ética, de su mitología y de su sistema social.

No hay que olvidar que estos cuentos vienen a las prensas por una colaboración, la del folklore negro con su traductora blanca. Porque también el texto castellano es en realidad una traducción, y, en rigor sea dicho, una segunda traducción. Del lenguaje africano (yoruba, ewe o bantú) en que las fábulas se imaginaron, éstas fueron vertidas en Cuba al idioma amestizado y dialectal de los negros criollos. Quizás la anciana morena que se las narró a Lydia ya las recibió de sus antepasados en lenguaje acriollado. Y de esta habla tuvo la coleccionista que pasarlas a una forma legible en castellano, tal como ahora se estamparán. La autora ha hecho tarea difícil pero leal y, por tanto, muy meritoria, conservando a los cuentos su fuerte carácter exótico de fondo y de forma. Y su colección abre un nuevo capítulo folklórico en la literatura cubana.

Estos cuentos afrocubanos, aún cuando todos ellos están cundidos de fantasía y ofrezcan entre sus protagonistas algunos personajes del panteón yoruba, como Obaogó, Oshún, Ochosí, etc. no son principalmente religiosos. Los más de los cuentos entran en la categoría de fábulas de animales, como las que antaño dieron su fama a Esopo, y contemporáneamente a las afroamericanas narraciones del Uncle Remus que son tan populares entre los niños de los Estados del Sur en la federación vecina. El tigre, el elefante, el toro, la lombriz, la liebre, las gallinas y, sobretodo, la jicotea. A veces la pareja jicotea-venado, o tortuga-ciervo, cuyas contrastantes personalidades constituyen un ciclo de piezas folklóricas muy típicas de los yorubas, donde la jicotea es el prototipo

de la astucia y la sabiduría venciendo siempre a la fuerza y a la simplicidad.

Algún cuento, como el titulado Papá Jicotea y Papá Tigre, ha debido de formarse en Cuba, por la fusión en serie de distintos episodios folklóricos, pues contiene elementos cosmogénicos seguidos de otros que son meras fabulacinoes de animales.

Otros cuentos son de personajes humanos en los cuales la mitología entra secundariamente, como, por ejemplo, Dos Reinas y Una Tragedia entre compadres. En varios de ellos se descubren supervivencias totémicas, como cuando se cita el Hombre-Tigre, el Hombre-Toro, Papá-Jicotea, etc.

Es curiosa la definición económica que el dios Ochosi, el varán cazador y amoroso de los cielos yorubas, da de la poligamia distinguiéndola de la prostitución. Aquélla consiste en que Ochosi, quien tiene muchas mujeres permanentes, no paga nunca a sus hembras pero siempre las tiene bien alimentadas y éstas trabajan para él.

Ese cuento de añejo título español, Bregantino, bregantín, es una narración que ha de interesar a los freudianos, pues expone el mito social del patriarca que logra matar a todos los demás hombres y niños recién nacidos, hasta que por astucia una madre salva a uno de sus hijos y éste rompe con el poderío de su padre.

Otro cuento nos ofrece unas fábulas muy curiosas, de cómo se originaron el primer hombre, el primer negro y el primer blanco. Abundan en el folklore negro los mitos de la etnogenia; pero éstos son nuevos para nosotros. El gran creador Oba-Ogó hizo al primer hombre "soplando sobre su propia caca". Mito éste poco halagaodr para el hombre no

obstante su deifica oriundez; pero no se aparta mucho del mito bíblico por el cual el primer ser humano nace del fango de la tierra, que Jehová moldea y vivifica, infundiéndole su soplo divino. No se dice en este mito negro cómo fueron los seres protohumanos, pero se explica que uno de ellos, a pesar de prohibírselo el sol, subió hasta éste por una cuerda de luz y al acercarse al astro ardiente se le quemó la piel; mientras que otro hombre subió a la luna y alló se tornó blanco.

La mayor parte de los cuentos negros coleccionados por Lydia Cabrera son de origen yoruba;; pero no podemos asegurar que lo sean todos. En varios aparece evidente la huella de la civilización de los blancos. En algunos hay furiosos fenómenos de transición cultural que son huy significativos, como cuando el narrador atribuye a un dios el cargo de Secretario del Tribunal Supremo, o el de Capitán de Bomberos.

Este libro es un rico aparte a la literatura folklórica de Cuba. Que es blanquinegra, pese a las actitudes negativas que suelen adoptarse por ignorancia, no siempre censurable, o por vanidad tan prejuiciosa como ridícula. Son muchos en Cuba los negativistas; pero la verdadera cultura y el positivo progreso están en las afirmacionse de las realidades y no en los reniegos. Todo pueblo que se nigea a sí mismo está en trance de suicidio. Lo dice un proverbio afrocubano: "chivo que rompe tambor con su pellejo paga".

Fernando Ortiz.

BREGANTINO, BREGANTIN

Por el bochorno de un día de verano de un año que no se sabe, una tal Dindgadingdá,—donce-lla—alzándose de su siesta, fué a decirle a su padre—que era rey—:

-"Papá Rey, me quiero casar."

Oh, Dingdadingdá casi nunca hablaba! Ti mida, obediente, comedida, desde que había nacido era ésta la primera vez que se atrevía a expresar resueltamente algún deseo.—La Primera vez.)

El rey que mucho la quería, por lo poco que molestaba, estimando justa la aspiración de su hija, quien además de la hora, el calor, estaba—y se quedó un rato considerándola—en la flor de sus quince años muy desarrollados, le respondió:

—"¡Con razón! Voy a ocuparme en seguida de facilitarte un marido que sea de tu agrado, y que escogerás tú misma, Dingdadingdá. No te impacientes." Y el buen rey desde su hamaca, tendido en el platanal,—por la frescura—llamó a un general y ordenó que sonaran en las calles los cuernos de los grandes acontecimientos, arrancando de su sopor la villa paralizada en siesta: citando de urgencia a palacio a todos los buenos mozos.

La Reina, la madre de Dingdadingdá, era una negra tonuda y reparista. Había de meterse en todo y de imponer siempre su voluntad.

—"¿Qué—dijo mordiendo con furia su tabaco y pisoteándolo luego, como si fuera el culpable de aquel alboroto—. Mi hija casarse así con un cualquiera, con el primero que se presente? ¡Eso sí que no lo consentiré yo! ¿Habrase visto cosa igual? Mi hija... para un hombre de muchos méritos, y que nos lo demuestre!"

--"¿De mérito, qué meritos?"-bostezó el rey-. "Un hombre sano, robusto. Yo digo que

Dingdadingdá debe casarse con un hombre fuerte que pegue muy duro."

-"¡Cásala entonces con el mulo de Tá Zandé, que de una patada le derrumbó la casa!"

Vencido el rey por la modorra, y seguro de que su mujer, ya estaba en camino de hacer de una cuestión tan sencilla, un pleito interminable, estirándose en la hamaca y volviéndole la espalda con energía, le dijo que resolviera en todo del modo que juzgase más conveniente, y que lo dejase dormir hasta que del mar le llegase un alivio de brisa.

"Ahí está. ¡Eso era de mi incumbencia! ¡Fuiste tú o fuí yo, yo sola, quien llevó a Dingdadingdá nueve meses en su vientre? Tendrá marido digno de ti y de mí. ¡Cómo si la niña fuese una bestia, una perra en celo... sin educación! ¡Y cómo si no descendiéramos, tanto tá como yo, del primer Elefante que habitó el bosque y fundó—no por fuerte, sino por sabio que era—este reino de Cocozúmba! Nuestro yern tendrá que lucírselas."

Después de reflexionar en alta voz, mientras Dingdadingdá, con ojos lánguidos, abrasados, contemplaba desde el postigo, la afluencia de hombres jóvenes, fornidos, elegantemente desnudos, todos, que ya cercaban el palacio respirando gordo; la reina ordenó que volvieran a sonar los cuernos de los grandes acontecimientos y los despidieron sin darles explicaciones. Y ellos se retiraron como habían venido, diciendo: —''Esto es una ofensa, esto no es serio.''

Dispuso luego en nombre de su marido, y obedeciendo a cierta inspiración, que en el espacio
de un día y su noche, a partir de una fecha que
fijarían los "babalaos", aquél que con la mejor
tonada, la obligase a bailar a ella—que tenía
una rodilla mohosa—y al rey, quien se taparía
con cera los oidos; obtendría en premio a Dingdadingdá. Lo cual valía a reinar después en Cocozúmba... Cuando los antepasados sentados en
ruedo alrededor del fuego, en el cielo indeciso de
los muertos y de los que no han nacido todavía,—
y están allí esperando—les recordaran qué:

"Bogguará arallé micho berere bei oku kué oku eronu ogguá odgá oni ombaodgá omiokué" (1).

y bajasen para desprenderles su alma, todas las almas del cuerpo, fundiendo en un mismo frío, la sangre del moribundo y la del coro que le ayuda a morir... y que a su vez morirá.

"Al que está contento, vivo, viviendo, la muerte llegó, lo prendió,—ése está diciendo: ¡No me lleves todavía, déjame durar, porque el que muere se va de una vez! Se va de una vez. Hay que conformarse...; Se va de una vez!"

Al darse a conocer el Real Bando, en todo aquel país no quedó, quien teniéndose por dueño, de un hilo o de un chorro de voz, de una guitarra, unas maracas o un tambor, no se creyera, amorosamente elegido por la suerte y muy capacitado, para disputarse a la hija del rey.

El día convenido para el comienzo de la justa, en abriendo la mañana, el rey y la reina con

⁽¹⁾ Canto fúnebre.

gran ceremonia, salieron a un balcón y se sentaron, el uno frente al otro, en dos pilones, siu darle la cara a los pretendientes, quienes alineados y numerados, se tenían como un ejército, delante del palacio. Fué el primero en romper lanzas, con un vozarrón que conmovió los pilares de las casas, un tal "Hazme-Hueco-Que-No-Quepo, del ancho de un armario de sacristía. Aunque el palacio trepidaba, vibraba con él la villa entera, no obtuvo de los reyes la menor atención. Rotas las cuerdas vocales, más gruesas que amarras de una fragata, y aún lleno de sonidos de piés a cabeza, y dispuesto a continuar sonando indefinidamente, a una señal del juez de campo, se vió obligado a cederle el puesto al aspirante que le seguía en turno. Este, por consejo de un fantasma que solía aparecérsele de cuando en cuando, se había tragado vivos, dos sinsontes y dos canarios ciegos. Apenas abrió la boca,—olvidando las recomendaciones del fantasma, quien le había insistido mucho en que sólo entreabriera los labios, y se guardara de hacer el menor esfuerzo—, los pájaros escaparon... y por eso, ni

éste, pero tampoco el que le reguía con un acordeón, ni los cantantes que vinieron con arpas del Norte, del Sur,—de los mares de esponjas—del Este y del Oeste, fueron más dichosos. Arriba en el balcón, el rey y la reina, semejaban dos estatuas de piedra: y Dingdadingdá se aburría, al parecer desvanecido de un todo, aquel capricho inocente de un día de verano.

La Lombriz,—quien no era entonces, un ser despreciable, ni que inspirase mayor asco que algunos hombres—enterado por casualidad del objeto de aquel concurso, vino de los confines del reino, y deslizándose por entre las filas de pretendientes, se plantó con un tambor, en primer término. Sin que nadie se lo esperase, al comenzar un nuevo día, empezó a cantar y a tocar:

"Sendengue kirito, sendengue zóra, ¡Sendengue, zóra! ¡Kerekete ketínke!"

E hizo la reina una mueca de agrado.

A las nueve de la noche, el rey se rascó una oreja.

Y a las diez, la cera se había fundido: se desligaron las coyunturas de la reina. Habían permanecido hasta entonces, de riguroso perfil, y se mostraron al pueblo de frente, risueños...

A las once, cogidos de la mano bajaron las escaleras y dieron una vuelta alrededor del tambor. A las doce,

"Kereqeténtenten... Zóráa..."

el rey y la reina, después de haber bailado gustosamente en la calle, proclamaron vencedor y heredero a la Lombriz.

Cuando cesaron las felicitaciones, que no lograban disfrazar la decepción y la envidia, y se quedaron solos, en familia, el rey le dijo a su yerno:

- --"Toma de lo nuestro lo que más te guste. Elige cuantos esclavos necesites."
- —"Gracias, mi suegro"—dijo la Lombriz—.
 "Nada deseo, y me basta para mi servicio, un solo hombre. Lo tengo, de mi entera confianza.
 ¡El Toro!"

El Toro, es verdad, hacía años que servía lealmente a la Lombriz, quien lo había comprado, aun novillo, en uno de sus viajes. En la casa que el rey destinó a sus hijos, ahora el Toro, y nadie más, atendía a todos los menesteres. Lo mismo cocinaba y servía a la mesa, que fregaba, barría, lavaba, tendía y planchaba la ropa, sin perder un ápice de su importancia. Cuidaba de la hortaliza, obraba el campo, daba de comer a las gallinas, llevaba a pastar el ganado, hacía recados, guardaba celosamente las espalds frágiles de su señor. Era su mano derecha. Y cuando éste lo creía oportuno, cumplía por él, sus deberes conyugales, con fidelidad y aplicación dignas del mayor encomio. Lo mismo que si algún pueblo vecino declaraba la guerra, o había "alzados" que aniquilar, salía a pelear en su nombre, ventajosamente.

Fué así, que Lombriz, al tercer año de su casamiento, sintiendo declinar su salud,—que la vista le faltaba, no pudiendo resistir la luz del sol, ni el aire, que le hacía estornudar—decidió abandonar definitivamente la superficie de la tierra... Llamó al Toro y le dijo,—describiendo con su mano trasudada de fiebre, un gesto de

23

desprecio y de desaliento, que arrastraba al abismo de la nada todo lo existente—:

— '; Ahí queda eso! Yo no podré ser feliz sino enterrado. En la oscuridad glutinosa de la
que depende mi salud y mi alegría... Te dejo
en premio a tus servicios, mi mujer, mis bienes,
mi tambor; todo te lo dejo sin condiciones. Sé
tú rey de Cocozúmba cuando te llegue la hora, o
te plazca adelantarla. Vive feliz en tu elemento. Si alguna vez por gratitud sientes deseos de
volver a ver a tu antiguo dueño, excava la tierra
con tu pezuña... Lombriz te podrá dar un consejo, un ejemplo. O búscame en ti mismo. Cuenta conmigo siempre. Adiocito...!"

Dingdadingdá que escuchó estas palabras, remendándose una bata, no alzó los ojos de la costura, no hizo nada por disuadirlo de su propósito; el leal Toro, tampoco (por espíritu de obediencia), y el rey y la reina, quienes fueron llamados y consultados, aceptaron complacidísimos la decisión de Lombriz, quien además les dejaba por sucesor, un Toro admirable, de dotes excepcionales.

-"Porque" decía la reina olvidándose-" el marido de mi hija ganó la porfía en buena ley de Dios... pero no es más que una Lombriz. ¡Una porquería!"

En cuanto al rey, cada vez que se encontraba al enclenque, su aire vacilante, su expresión de tristeza timorata, tan descolorido y flaco, reblandeciendo o atirantándose,—sobre todo, lo que más le sacaba de quicio—aquella mirada empalagosa de melancolía incrustada en tracoma, no podía reprimir un borbotón de injurias, que tenían la virtud de liberarlo—hasta un nuevo encuentro—, de la cólera que le producía su presencia, sus achaques y el parentesco...

Perfectamente: Tan pronto Lombriz desapareció, por el agujero de cualquier tragante, reduciéndose de tamaño, y cobrando la forma qua en justicia le correspondía y tal cual hoy se le conoce y se le evita,—antes había sido un hombrecito blanco, de facciones menudas, labios finos, amargos, un bigotito; calvo, de pecho abultado, las piernas y los brazos cortos, tan cortos, que le hacían parecer siempre sentado aunque

estuviera de pie, empinado, y como encorsetado y permanentemente afligido—. Lo primero que hizo el Toro, fué colgar al rey de una guásima y abandonarlo a las tiñosas.

A la reina, encerraria en un nauseabundo calabozo,—calabozo o letrina, no se sabe bien—, donde pasó algún tiempo y privada del necesario sustento, (la infeliz acabó con las cucarachas que cubrían las paredes y el suclo blando de su encierro, sorbiéndose la crema que tienen en el vientre y arrojando, con marcada repugnancia las patas, las alas y las antenas), se vió reducida al extremo de devorarse a sí misma, comenzando por los piés, de difícil masticación, y rindiendo el último suspiro por envenenamiento, y en el colmo de la indignación más justa...

Toro se ciñó pues, la corona de plumas de loro, se colgó los collares y entró a reinar a sus anchas.

Todos los años le nacía un hijo en Dingdadingdá: pero no le bastaba una mujer, ni cinco, ni diez, y declaró en consecuencia, que todas las mujeres de Cocozúmba, le pertenecían por derecho propio. Algunas protestas se levantaron, más o menos violentas, aquí y allá. Para evitar que a ellas se sumaran otras, cundiendo el mal ejemplo, mandó a matar,—y él mismo se constituyó en verdugo—a todos los hombres del reino, sin exceptuar a sus propios hijos. En lo adelante, cada vez que una de sus innumerables concubinas, daba a luz un varón, le afeaba su conducta, la castigaba severamente, y por último, degollaba a la criatura.

Las pobres mujeres, quienes no sabían cómo abstenerse de traer de tiempo en tiempo, varones al mundo, pasaban en realidad, momentos muy amargos. Hasta que se habituaron... El Toro rey, degollaba anualmente varios miles de infantes, y era costumbre suya, al romper la mañana, subir con el sol a una colina que dominaba los valles; y engallándose en la altura, lanzar a los espaeios este grito de gloria:

-"; Yo, yo, yo, yo, yo!

No hay hombre en el mundo más que yo,

¡Yo, yo, yo!"

Solo las mujeres, su abnegado pueblo de mujeres, le contestaba de rodillas afirmativamente.

El Toro bajaba luego triunfante a reanudar su vida cotidiana. Muy seguro de que nadie, ¡jamás! vendría a desmentirle. Hombre él, el Unico, y Dueño incontestable...

Sanune, la terca, la del color de almendra tostada, que estaba tejiendo un canasto...

Había tenido seis hijos: a los seis, con sus ojos que la quemaban, les había visto tajar el cuello de una cuchillada, asirlos por un pie y zumbarlos al cajón de la basura; como gatos muertos. En más de una ocasión se había levantado inmediatamente de su estera, toda dolorida, extenuada, para lavar la sangre con que aquellos inocentes, frutos malhadados de sus entrañas, habían manchado copiosamente el suelo. ¡Y estaba harta de aquel sistema! De tal modo, que al percatarse, que era encinta por séptima vez, a nadie se lo confió. Había también de ser varón, ¡ella se conocía! y lo que sobraban en Cocozúmba eran espías y delatoras, que tenían al Toro al tanto de todos los movimientos de sus mujeres. Viejas en su mayoría, que ejercían una vigilancia desesperante sobre las jóvenes, complaciéndose en atormentarlas con cualquier pretexto. No se estilaban allí las confidencias.

Verdad que Sanune, a pesar de haber sido tantas veces madre, aun siendo adolescente, tenía los pechos pequeños y aplastados, era seca de carnes y hasta ahora, no la traicionaba la elástica desenvoltura de sus movimientos y su vientre insólitamente liso en tales circunstancias. Fingiendo un día dolor de muelas, con acento que hubiera movido a compasión una piedra, sin valerse de intermediarios, le pidió permiso al Toro para ir a la cañada. Allí los lirios, floreciendo después del plenilunio, daban al agua una virtud curativa. El Toro, distraido, le dijo:

-"'Ve, Sanune. Aliviate..."

Era que Sanune no era sumisa, pero tenía miedo; odiaba al Toro y no podía contener su odio; que debido a su estado tenía antojo, necesidad de gritarlo donde no fuese oída, de amenazarlo, sin correr ningún riesgo; de sentirse sola, ferozmente sola y rebelde. Y no fué a la cañada; fué

29

más allá del río, cruzando el viejo puente abandonado, y a más allá de la otra orilla. Con una rapidez de la que no tenía conciencia, llegó a los lindes de la selva temida, conducida por el espíritu de su madre quien en vida había adorado a los santos de hierro, sus protectores (flecha, arco, clavo, cadena, herradura) Ogún y. Ochosi (San Pedro y San Norberto.)

LYDIA CABRERA

Porque Ogún, era el hombre de la selva, que vivía en soledad. Tan solo, que era la selva misma. No conocía más que a los animales,—los ojos de su perro—y las yerbas. Si veía criatura humana, se escondía. Y Ogún era virgen. Un día se entró en la selva una mujer: aquella mujer era Ochún, (la Caridad del Cobre) señora de los ríos, de las fuentes, de los lagos. Y Ochún ¡se enamoró de Ogún? Ochún quiso tentar a Ogún en su soledad, y apoderarse de él. Era su misión. Ogún huía de ella sin mirarla, y Ochún lo perseguía. Cuando lo alcanzaba, oculto en la maleza, Ogún se revolvía contra ella, como una fiera acosada y herida en el flanco. La

amenazaba con sus rugidos, sin mirarla; sin quererla mirar: pero Ochún no le temía.

Ochún llenó de miel a "ibá" (1) y Ogún estaba metido en el tronco de un árbol, y ella dondo vueltas, bailando en torno del árbol, le cantaba a Ogún:

> --"Ollá oñió oñí abbé Chequete oñí o abbé..'

Y Ogún, al fin, sintió deseos de verla, por saber si era, cómo la veía en el canto: salió, rasgando el tronco, y al mostrársele, Ochún le frotó los labios con la miel (oñí): que Ogún, en su boca aquella dulzura repentina, fué amansado detrás de Ochún, y Ochún seguía cantando, bailando, ofreciéndole la miel:

> --"Illá oñí o oñiadó Illá oñí o oñiadó."

Illá loun loro cu eullí loun loro osa oñiaddo.

-- "Ogún, sale del monte. Con este dulce que yo le doy. Por este dulce mío que yo te doy,

⁽¹⁾ Jicara.

Ogún, sale del monte. Porque tú abres y eierras los cielos, este dulce yo te lo doy, para que entres adentro de todos los santos, y adentro de todos los hombres''—y se lo llevó atrayéndolo, esquivándolo, encantándolo, lejos de la selva,—y la selva iba con Ogún—a la casa de Babá, quien lo tuvo un tiempo preso, con una cadena de hierro untada de aceite de corojo y miel de abeja.

Y Ogún, es el que purifica. ¡Ogún es un santo muy grande! Ogún, el que aparta los malos pensamientos, vuelve el mal al mal. El que resucita a los muertos con la miel de abeja. Es milagroso. Es oñí. El dueño del bosque y el bosque; y es hacha, es flecha, es cuchillo.

Y Ochosi, no conoció a su madre; creció encerrado en la selva, y allí aprendió a servirse del hierro, y tenía la piel del gato montés y una bolsa repleta de oro, inagotable.

Su condición es la de un hombre que vive en eternidad enamorado, y eternamente amado. Las campanas de la mañana, son la risa de Ochosi. Y si es verdad que a sus mujeres no les dá dinero, —sino cuando está de vena, en ésto es muy capri-

choso—ninguna padeció hambre. Les caza codornices, guineas, palomas rabiches. Nunca, les falta qué comer, porque Ochosi es el protector de las mujeres, es su amparo; y las mujeres lo aderan.

Pero a una él quiere más que a las demás: y a la que él quiere con fundamento, es la dueña de la creación del mar, es Yemayá, (la Virgen de Regla) madre de todos los santos, que registró en el tablero de Orúmbila, el adivino de todas las cosas. (Y Orúmbila se la dió a Ochosi, porque no quería mujer que supiese más que él, y tornó a Ochún, dorada y dulce.)

Cuando una mujer lo implora, desventurada, Ochosi la oye, Ochosi la ampara. Sanune llevaba soldada en un tobillo, una cadenita de cobre, que su madre le puso cuando era niña; y su madre,—que fué hija de Ogún, servidora de Ochosi—, hoy la arrastraba a la selva, y Sanune no la veía, no sentía la presión de su mano etérea, no podía sospechar... La muerta iba pidiendo misericordia de Ogún, de Ochosi; y la selva oscura, fresca, inmensa, abrió los brazos acogedora.

Aquí se detuvo Sanune asustada de haberse alejado tanto.

Dos negros arrogantes, bellísimos, se le aparecieron: uno cargaba una carabina y lo escoltaba un perro, y un venado con una cruz en la frente. El otro, armado de arco y flecha, una piel de gato montés colgándole de un hombro, tenía puesto el delantal llamado wabbi.

Sanune tocó la tierra y la besó en la yema de sus dedos: postrada a los pies de aquellos hombres, perdió el conocimiento... Cuando abrió los ojos, estaba en una habitación rodeada de noche; olía espesamente a fronda caliente y fruto de guayaba,—como si muchos negros se hubiesen reunido allí momentos antes,—frente a un altar, que eran dos ramas de álamo frescas, recién cortadas, apoyadas en la pared, y dos pieles de gato montés. En el suelo, varias soperas cubiertas, una herradura de caballo, dos grandes cazuelas de arroz, frijoles y rosas de maiz. A su lado una vieja, envuelta la cabeza en un manto, guardaba en un pañuelo, contando y recontando, temerosa de que alguno se le hubiese perdido,-el de Elegguá, precisamente—veinte y un caracoles pequeños, de un pulido blanco mate de marfil. Cuando se hubo convencido que no faltaba ninguno, tocó a Sanune en un hombro, y la despidió entregándole un lío de géneros de varios colores.

Transcurrieron algunos meses y Sanune calculó el tiempo que le faltaba para dar a luz: y el primer día de la última semana de contar, sacó del envoltorio, el género rojo de Changó, se lo llevó a la boca fervorosamente y estampando su ruego en el lienzo, lo depositó al pie de un álamo...

En la copa rumorosa del álamo se sienta Changó, ordenador del mundo: sin Él no hay brujería.

El segundo día fué a la orilla del mar, y con siete monedas de cobre, le arrojó la tela azul de Yemayá.

El tercero fué al río: Ochún se baña en el río; cuando sale del agua, provocadora y altiva, ha de hallar una bandeja de oro con las más exquisitas golosinas. El que sabe adorarla, le lleva frutas al río... A veces Ochún, rema en su barca,

34

tocada con su corona de calabaza. Si por descuido o ignorancia, su devoto deja la ofrenda en cualquier parte, lejos de la orilla, se encoleriza y mata. Sanune le dió naranjas de china; el género amarillo, lo extendió sobre las aguas, y dejó caer al fondo,—asustando a un "cayarí" (1) -tres monedas de cobre. Y el sol estaba en mitad del cielo, exactamente.

El cuarto tostó maiz: otras tres monedas de cobre, y el paño morado de Ogún, con la mano izquierda, lo echó en un camino.

El día quinto, dando una vuelta a la izquierda, el verde de Orula, lo arrojó sin que nadie la vicse, en la esquina de una calle, que cerraba la noche.

El sexto,—cuatro pasos adelante, cuatro pasos hacia arás, siempre con la mano izquierda—el paño carmelita de Odaiburucú, lo puso en medio de una encrucijada.

(1) Camarón de color rojo muy vivo.

Y el séptimo, llamó a Obatalá, y le habló en el género blanco que no puede darle el sol... Trabaja en la sombra... Lo embebió en aceite de coco, y se frotó el vientre.

Se bañó en agua de álamo, altamiza, laurel, incienso, yerba completa de Santa Bárbara y singuaraya, colada con aguardiente y miel de abeja ahumada de tabaco... (1).

Al acostarse, decía sobre un lebrillo que contenía un poco de agua y de azogue bendito:

-- '¡Azogue bendito, bendito, te necesito!"

Y no tardó Sanune en parir varón, y el Toro en despachar a su lado, a una de sus viejas, verdugos cabezaleras. Sin embargo, esta vez, cuando la vieja hundió su cuchillo en el cuello del becerrillo, Sanune hasta pudo sonreirle con humildad conciliadora, disculpándose de su torpeza,--"¡pero Mamá, que le voy a hacer!"—de su involuntaria insistencia en desavenir las leyes de su amo.

Un baño de estas yerbas, asegura el éxito de cualquier empresa, por irrealizable que parezca.

Apenas se marchó chancleteando la horrible mujer, dando por terminados sus servicios, Sanune corrió a rescatar de un montón de desperdicios, el cuerpo de su hijo, y se bebió con alegría un caldo de gallina...

Sanune volvió a tejer sus canastas, seca, lisa y ágil; a hacerse olvidar su falta, y alejarse por los campos, so pretexto de que iba a cortar caña de castillo para su industria. Fué en una de estas escapadas, que llevó a la selva, disimulándo le dentro de un cesto, el cadáver del recién nacido, y que Ogún se lo resucitó frotándole los miembros con miel de abeja. Y Ogún le dijo a Sanune:

—"Vuélvete al pueblo enhorabuena. Cuando tu hijo, a los diez años, de una cornada derribe una palma, y a los veinte, una seiba, su voz se oirá en el mundo."

Poco tiempo después, a Sanune la encontraron muerta, con una campanilla entre las manos. Muerta, riéndose, que nadie podía creer, cuanto más se la miraba, que fuera posible semejante cosa...; Un cadáver tan contento!...

Pasaron años y años...

Nacían mujeres en Cocozúmba; por la voluntad de aquel Toro, nada más que mujeres. Unas que espigaban o ya eran mozas; otras ya eran viejas,—y todas las viejas se habían muerto. Nada cambiaba en Cocozúmba; si acaso la única innovación, a partir de cierta época, consistió en eliminar también del lenguaje corriente, el género masculino, cuando no se aludía al Toro. Por ejemplo: allí se hubiera dicho, que se clavaba con la "martilla", se guisaba en la "fogona", y se chapeaba con la "macheta". Un pie, era "una pie''; así, la pela, la ojo, la pecha, la cuella—o pezcueza—las diez dedas de la mana, etc. Nadie se hubiera referido al Cielo, sino a la "Ciela"; Ciela abierta...

¿Que un ciclón pasó cuando ninguno se lo csperaba, y todo lo dejó patas arriba? Pues se recordó con pavor, y se habló mucho tiempo de las furias de aquella "ciclona" que costó muchas vidas.

La misma forma de los objetos más aseexuados, se afeminaba: nunca fueron más mujeres y 38

pasivas las cazuelas; tan genéricas las caderas de las jarras, con sus brazos en jarras; ni tan plácidas y ventrudas madrazas, las tinajas. Los cuchillos, ya tenían otra expresión—desconcertante-de tanto oirse llamar "cuchillas"... En fin; si no obstante, las mujeres, por momentos no podían dejar de suspirar "Dios mío", "Dios mío", sin inconvenientes, era, que el Toro creía, y no le faltaban motivos, que a él forzosamente se referían. De modo, que en Cocozúmba, solo a Dios podía mentarse hombre, ya que Dios y Toro significaban una misma cosa. Y con ésto seguía subiendo cada día a la cumbrera a mugir sobre el despertar de los valles, su vanidad soberana.

--"Yo, yo, hay hombre en el mundo más que yo,
¡Yo, yo, yo!"

Pero una mañana en que el único, sin réplica ni semejante, el sólo y absoluto, acababa de proclamar su consabida gloria en las alturas, de un punto del horizonte y por el camino, que era el de la noche, respondió una voz timbrada de juventud, de fuerza; voz de macho triunfal, que rompió medio siglo de silencio adorador:

-"Yo, yo, yo, yo, Yo, yo, yo, yo,

Yo mismo soy Bregantino Bregantín."

Y el Toro rey, espantándose y negándose la mengua de darle crédito a su oido (aunque oyó, y la piel de su lomo onduló estremecida por el grito en que vibraba el oro vivo) a la vez que se ensanchaban en luminoso estupor los cuatro puntos cardinales de sus dominios; agigantó su porte y se repitió la loa ensoberbecido:

-"Yo, yo, yo, yo, Yo, yo, yo, yo,

Hombre no conozco en el mundo más que yo, ¡Yo, yo, yo!"

Sin embargo, otro toro, un toro imponente, saltaba las vallas y corría desgaritado sus campos, derribando a su paso cuanto encontraba: principalmente, embestía las palmeras; lanzaba a volar por encima de sus cuernos, desprendidas de raiz, las palmas reales y las seibas inmensas, ; las seibas! cargadas de siglos. Chillaban las mujeres; su cacareo desagradable, hincó de fuego

al rey... Lo procedente es huir de un toro bravo: hubiera sido un acto de rigurosa lógica, y al alcance de la comprensión de todo el mundo. Plausible. Lo impone el sentido común más precario, en cuanto éste aparece como una montaña en marcha—y las piernas lo consienten—. Pues la población de Cocozúmba, que no estaba recogida a aquellas horas en que iniciaba su actividad, al revés, no dió en masa ni aisladamente, el espectáculo de una fuga desordenada, grotesca, por el móvil de salvar la vida a uña, sino que toda ella, siendo mujer hasta la médula, y dispuesta a sufrirlo todo con dulzura—cornada más, cornada menos—se entregó a una admiración delirante, y aclamó con coqueterías, el arrojo y las gallardías del toro inesperado.

-"Yo, yo, yo, yo, Yo, yo, yo, yo,

Yo mismo soy Monte Firme, Monte Firme."

De una ojeada enrojecida y torva, el Toro Rey. más lleno de odio y de rencor hacia sus mujeres, que hacia el intruso insolente, midió la distancia que mediaba entre él y su adversario. Tenía su misma talla, el mismo porte soberano, pero...; era joven!

Y fué sólo un instante de una belleza horrenda...

Se precipitaron el uno contra el otro, y en mitad del llano, levantaron una nube de polvo y de fuego, que los arrebató a los ojos de las mujeres, felices de presenciar la lucha espeluznante, que en suma—y así se lo gritaban con orgullo, sus tiernos corazones de esposas y de madres—no era, sino un homenaje, que le rendían aquellos dos señores, de fuerzas sobrenaturales.

Oyeron el furor de la embestida, el choque de los cuernos... Los ojos, los corazones, giraron en el torbellino de bravura. Cuando la luz se aquietó, el Toro viejo apareció tendido, manaudo de su cuerpo, varias fuentes de sangre... El Toro joven seguía atacando, exasperado por no poder matarlo muchas veces.

Entonces las mujeres doblaron las rodillas ante el vencedor y exclamaron:

-"Tú eres nuestro dueño... El único, Bregantino Bregantín. No hay hombre en el mundo

más que tú, Monte Firme, Morte Firme. ¡Sin Amo, no podríamos vivir!"

Pero Bregantino, ¡oh milagro! no tenía más empeño que el de poner un fin, a la tiranía que su padre había ejercido luengos años; les dió las gracias muy finamente, consintió en que le acariciaran el lomo, sin enfatuarse, y fué a buscar hombres... Uno para cada mujer.

Y con ésto, la naturaleza recobró de nuevo sus derechos y nacieron varones en Cocozúmba.

CHEGGUE

Chéggue, caza en el monte con su padre. Aprende a cazar. Próximo el año nuevo, le dice el padre:

-"Chéggue, guarda tu flecha. En estos días nos está prohibido cazar, porque así como nosotros celebramos las fiestas del año y nos divertimos en el pueblo, los animales también celebran las suyas y se divierten en el monte."

Bajaron al pueblo. Nadie cazaba ni derramaba sangre de animal. Todos los hombres se estaban tranquilos en sus casas.

Mañana del año nuevo, Chéggue amaneció llorando.

La "illaré" (1) lo mira y le pregunta:

⁽¹⁾ La madre.

-"¿Por qué Chéggue, por qué "sukú-su-kú?" (1)

--"Porque he dejado mi flecha en el monte. Lloro por mi flecha."

"Illaré" va a decirle al hombre que Chéggue llora porque su flecha está en el monte.

El padre dice: —"No es el momento de ir al monte ni de tocar una flecha."

Y Chéggue sigue llorando y Chéggue dice que no comerá hasta que no recupere su flecha.

-- "Deja que vaya a buscarla-suplica "Illaré". Chéggue en el monte. Recoge su fleca.

Ve una gran asamblea de animales comiendo y bebiendo "dengué" (2) caliente. Dispara la flecha, se la clava en el corazón al más viejo de todos.

Chéggue no vuelve del monte.

La "Illaré" con un grupo de mujeres va a buscar a Chéggue.

(Voces de mujeres entre los árboles.) "Chéggue, ¡Ay, Chéggue!" Chéggue, ¡Ay, Chéggue!"

Chéggue no responde. Contestan en coro los animales del monte.

Las mujeres no entienden lo que han dicho; van a buscar a los hombres. Ellos saben.

Va el padre de Chéggue, va solo.

"Chéggue, ¡Ay, Chéggue!" Chéggue, ¡Ay, Chéggue!"

Y aparecen todos los animales cantando y bailando.

"Chéggue, ¡Oh Chéggue! Tanike Chéggue nibe ún Chéggue ono chono ire ló Chéggue tá larroyo..."

"Chéggue nos vió contentos celebrar el año nuevo. De un flechazo mató a nuestro jefe. De un flechazo en el corazón. Chéggue está muerto. Su cuerpo ahí yace en un arroyo..."

— "Ven, le dice el cazador a la "Illaré". Chéggue está muerto en el arroyo.

El hombre lo carga, se lo lleva en hombros...

⁽¹⁾ Bebida hecha de maiz, que se bebe caliente.

⁽²⁾ Por qué lloras?

CUENTOS NEGROS

ELLÁ (1)

Este hombre era pescador.

Hacía tiempo que ningún pez quería morder en su anzuelo: le robaban la carnada, se burlaban de él.

Retiraba las redes, ¡nada! Basura... Guardó los avíos y dejó de pescar.

Una mañana le dice su mujer:

- --- "Hoy tienes que traerme un pargo muy gordo o una buena cabrilla."
- --- "No podrá ser---dice el pescador---está baja la marea."

(1) Pescado.

- -"Tú eres un vago—le contesta entonces la mujer—todo el vecindario espera para comprarte el pescado, y no vas ni a la orilla del mar."
- —"Es que no pica el "peje"—protesta el pescador—"me han echado un "daño".
- -"Pues traeme aunque sea una sardina si no quieneres verme muerta."

El hombre va a la mar, se aleja en su bote; tira el anzuelo y atrapa un pez muy bello, que le dice:

- -"¡No me mates!"
- —"Yo no te mataría,"—contesta el pescador" —pero mi mujer me ha dicho que tiene que comer pescado. Si no, se morirá."
- --- "Echame al agua, que yo te llenaré tres botes de peces."

Lo arroja al mar, y el pez cumple su promesa. El pescador pregona por el pueblo:

"; Ellá, é!; Ellá, é!"

Lo vende todo. Guarda un pescado muy grande para su casa. Cuando está cocinado y servido en el plato, el pescador le dice a su mujer:

-- ''¿Ves este pescado como es de grande y

hermoso? Pues es el único que me sobró, de los tres botes que me llenó, el primero que saqué.'

Y la mujer lo arroja al suelo y dice:

-"No quiero comerme este pescado, sino el primero que pescaste."

-- "No es justo" -- dice el hombre--. "¡Un pez que me ha dado a ganar tanto dinero!"

-- "No importa" -- replica la mujer -- "Me lo traer; as mañana, si no deseas mi muerte!"

Al otro día vuelve a la mar. La mar está tan clara, que todo el fondo se ve como a través de un cristal. Se ven las raices del cielo. Aparece el mismo pez, traga el anzuelo y él lo retira del agua brillando como una joya.

-"¡Ay!—le dice el pescador—hoy tengo que llevarte... Mi mujer es a ti a quien quiere comer. Si no te come, se morirá. Nunca ha mentido..."

-- "¡Déjame en el mar! En cambio te llenaré seis botes de pescado."

El hombre volvió a pregonar:

"¡Ellá, ellá eé ellá dé!"

Cuando llegó a su casa traía un pez enorme: dos veces más grande que el anterior.

En la mesa dice el pescador:

—"Este es el pescado que hoy me sobró, de los seis botes que me llenó de peces el primero que pesqué."

-- "Pues de éste no comeré" -- volvió a decir la mujer arrojándolo al suelo -- "Si mañana no me traes el primero que pesques, mañana, mañana mismo me moriré."

Muy triste remaba el pobre pescador... Se acercó el mismo pez; sacó del agua su cabeza de oro, y le habló así:

— "Ya sé que ho ydebo morir. Tómame; pero cuando llegues a tu casa, siembra mis agallas al pie del "obbí" (1). Mis tripas, se las dará a comer a tu perra Allabé Kúmbele, y mi cola es preciso que se la coma tu yegua."

--"Así haré"-dijo el pescador.

A los tres días parió tres varones la mujer,

⁽¹⁾ Coco.

que se comió a Ellá Parió tres perros la perra. La yegua parió tres potricos. Los tres hijos recién nacidos de la mujer, se ponen de pie y le dicen:

-- "; Iyá mi!" (1).

Salen al campo, donde está el coco. Desentierran tres lanzas. Van junto a la perra, y toman los tres perros. Van junto a la yegue, y toman los tres potricos. Luego vuelven junto a su madre, y bailan en torno de ella, agitando la lanzas:

-- '; Allambe kúmbele coima...

Abé kún kua nelle. ¡Eh! Allambé Kúmbele coima!

Abe kún Kuanillé...!

Y corriendo se van a la selva...

En Africa—dicen los abuelos—estos tres se llaman:

"Taeguo, Kainde, Oddúo."

WALO-WILA

Eran dos hermanas: Walo-Wila y Ayere Kénde—o Kénde Ayere—. Walo-Wila jamás salía a la calle. Nadie la había visto nunca.

Ayere Kénde se asomaba al balcón. De codos en el barandal, Ayere Kénde tomaba el fresco de la tarde que venía del mar.

Pasó un caballo de madera y música. Dijo:

--"Por favor, un poco de agua."

Ayere Kénde tenía copa de oro. La llenó de agua y le dió de beber.

Dijo el caballo:

- -"¡Qué copa tan preciosa, Ayere Kénde. En toda mi vida he visto nada igual!"
- -"¡Oh!, más bella, mucho más bella es mi hermana!..."

⁽¹⁾ Madre mía.

-- "Pues quiero verla Ayere Kénde, déjame entrar."

"—Si te casas con ella la verás, hermano"—dijo Ayere Kénde.

Walo-Wila vivía, moría, detrás de las persianas entornadas. Moría, vivía.

Kénde Ayere cantó:

-Walo-Wila, Walo Kénde, Ayere Kénde

Aquí hay una visita, Kénde Ayere!

Preguntó Walo-Wila:

-Walo-Wila, Walo Kénde,

Ayere Kénde

¿Quién es la visita, Kénde Ayére?

-Walo-Wila, Walo Kénde

Ayére Kénde,

Compadre Caballo, Kénde Ayére.

-Walo-Wila, Walo Kénde

Ayére Kénde

¿ Qué quiere Compadre Caballo, Kénde Ayere?

-Walo-Wila, Walo Kénde,

Ayere Kénde

Que casamiento, Kénde Ayere.

-Walo-Wila, Walo Kénde

Ayere Kénde

Dile a Compadre Caballo que yo soy fea, Kénde (Ayere.

-Walo-Wila, Walo Kénde

Ayere Kénde

Que yo soy tuerta, Kénde Ayere.

-Walo-Wila, Walo Kénde

Ayere Kénde

Que tengo bubas, Kénde Ayere.

-Walo-Wila, Walo Kénde

Ayere Kénde

¡Que estoy podrida, Kénde Ayere!

--"¡Adiós, adiós!"-dijo el Caballo.

Ayere Kénde estaba en su balcón, Pasó Hombre Chivo, Hombre Toro, Hombre Morrocoy.

Pasó Hombre Tigre, Hombre Elefante, Hombre León. Tenían sed. Cuando Ayere Kénde les brindaba su copa de oro fino, todos alababan la copa, y ella decía: --"Más bella, mucho más bella es mi hermana invisible."

Y todos la querían ver, pero cantaba Walo-Wila, cantaba una sombra detrás de las persianas:

> —"¡Ay, que yo soy fea Que yo soy tuerta, Que yo soy gambada Que tengo sarna...!"

Y se alejaban con desprecio.

Venado,—el hijo de la Madreselva—no había bebido en copa de oro.

Ayere Kénde en su balcón tomaba el fresco de la tarde; mecióndose en mecedora, la brisa mecía el balcón. (Y lejos, los sueños de sus ojos.)

Se acercó Venado. Dijo:

-- "Ayere Kénde, dame a beber en tu copa de oro."

Ayere Kénde le brindó su copa llena.

Dijo Venado: —"Nunca he visto nada más bello."

-"¡Oh, más bella, mucho más bella es mi hermana que nadie ha visto!"

-- "Muéstramela, Ayere Kénde, yo la sabré mirar."

—"Dulces son tus ojos. Si te casos con ella la verás, hermano: no la podrás tocar. Espera, espera."

—Walo-Wila, Walo KéndeAyere KéndeAquí hay visita, Kénde Ayere.

Y Walo-Wile respondió triste como el atardecer en las ventanas:

> —Dile que yo soy fea, Que soy lisiada Que yo soy tuerta Que tengo bubas...

—"Me casaré con ella"—repetía el Venado.

Entonces dijo Walo-Wila:

-- 'La madre de mi hermana vive en el fondo del mar. La madre de mi hermana se llama Kariempémbe.''

A la media noche Walo-Wila le dió a Ayere Kénde una calabaza llena de perlas. A la media noche Kénde Ayere derramó las perlas. Llamó a Venado y le entregó, vacía, la calabaza.

-"Baja al fondo del mar."

Venado corrió a la ribera del mar. Toda la ribera decía:

"Walo-Wila, Walo-Wila, Walo-Wila, Walo-Wila."

Y se entró por las olas cortadas a filo de luna.

Ayere Kénde toda la noche velando en su balcón. A la alborada volvía Venado. Traía la calabaza colmada de agua azul del zafiro de Oloku...

Dijo Ayere Kénde:

-"Entra a la alcoba de mi hermana."

Y Walo-Wila era más bella, más bella que la copa de Ayere Kénde.

'Cuando se besan la luna y el mar...

DOS REINAS

Eran dos reinas. Dos reinas lucumís. Vivían frente por frente. Una se llamaba la Reina Eléren Güede y la otra se llamaba la Reina Ololla Gúanna.

Eléren Güedde hacía en su casa comida buena. Las dos eran ricas: Sólo que a Ololla Gúanna no le gustaba gastar de su dinero. Iba a comer a casa ajena. Por no gastar, la Reina Ololla Gúanna iba a comer a casa de la Reina Eléren Güedde. Un día Eléren Güedde dicen que dijo que aquello era abuso...

—Oye, Eléren Güedde, oye Ololla Gúanna: el que da, siempre le parece que da mucho, aunque dé poco; el que recibe, simepre cree que le dan poco, aunque reciba mucho.

Otro día la Reina Eléren Güedde se paró en la puerta. Y tenía el moño virado. Cuando vió venir a la Reina Ololla Gúanna, canturreando:

"Eléren Güedde, guola tóa Eléren Güedde, guola tóa",

replicó: —"Uguaka maka!"

(Espera un poco que voy a entrarte a trancazos).

Y le pegó.

De resultas de ésto hubo una guerra...

Pero la Reina Ololla Gúanna no volvió a comer más en casa de la Reina Eléren Güedde, y todos los días se encontraban en misa y al salir de la iglesia, en la plaza, se arrancaban las orejas que volvían a crecerles de noche...

Esta es la historia de la Reina Eléren Güedde y de la Reina Ololla Gúanna.

TAITA HICOTEA Y TAITA TIGRE

Cuando la tierra era joven, la Rana tenía pelos y se hacía papelillos. Al principio todo era verde. No solamente las hojas, la yerba y cuanto sigue siendo verde, como el limón y el grillo Esperanza; sino los minerales, los animales y el hombre, que Abá Ogó hizo soplando sobre su caca.

Faltaba un poco de orden: los peces libaban en las flores; los pájaros colgaban sus nidos en las crestas de las olas.

(Los mares desbordaron de los caracoles; los ríos del lagrimar del primer cocodrillo que tuvo pena.)

Mosquito hundió su dardo en la nalga de la montaña, y la cordillera entera se puso en movimiento.

Ese día se casó el Elefante con la Hormiga.

Un hombre subió al cielo por una cuerda de luz. El Sol le advirtió: —"No te aproximes demasiado, que quemo."—Este hombre no hizo caso: se acercó, se tostó, se volvió negro de pies a cabeza... Fué el primer negro, el Padre de todos los negros.

(La alegría es de los negros.)

Otro hombre se fué a la Luna montado en un Caballo-Pájaro-Caimán-Nube-Chica. La Lune tiene un ojo redondo, en un cerco pintado con carbón: dentro del ojo, una liebre dando vueltas.

Este ojo es una cisterna de agua fría, agua primordial del cielo; la liebre es un pez de hielo. La lluvia vive en el ojo de la Luna.

La Luna nació muerta. Ni hombre, ni mujer. Casta.

Su madre, al percatarse que había parido solamente la cara chata y de hoja-lata de un cadáver, tuvo un ataque de nervios. El padre,—para calmarla—se la frotó con flores de saúco, la bautizó, Luna, y dijo: —"Luna, nace, muere y resucita."

La Luna bajó rodando por la montaña: se entró en la ceja de un monte donde estaba la Liebra sacándole el fuego a una china pelona.

La Luna le dijo a la Liebre: —"Corre, ve y dile a los hombres de mi parte que así como yo nazeo, muero y resucito ellos deben nacer, morir y resucitar."

La Liebre fué a buscar a los hombres y a la Luna se quedó esperándola en el penacho de una caña brava.

En el camino halló a su prima la Jutía bebiendo cerveza. Se había robado un tonel y ya estaba borracha, borracha perdida.

—"Déjame probar!"—le dijo la Liebre. No tenía costumbre de beber; la cerveza se le subió a la cabeza y trabucó el mensaje que la Luna le había confiado. Cuando volvió, haciendo eses, ésta le preguntó...

-"¿Qué le has dicho a los hombres?"

—"¡Já já! Les he dicho: así como yo nazco, muero y... no resucito, deben ustedes nacer, morir y no resucitar. Y empezaron a cavar sus fosas..."

La Luna agarró a la Liebre por las orejas y con una caña le partió la boca.

—"En castigo te guardaré prisionera ¡eternamente!" y la encerró en su único ojo, con un candado de plata buena: y desde entonces por más que gira en torno, buscando una salida, no logra escaparse...

La Luna es fría. El frío es blanco. El hombre que fué a la Luna emblanqueció. Fué el primer hombre blanco, Padre de todos los blancos. Son tristes... Todo se explica.

- -- "Vamos a ser hermanos"-le dijo en aquella época Hicotea, al Venado "Pata de Aire."
 - -- "Bueno"-contestó el Venado.
 - --"No nos separemos nunca"-dijo Hicotea.
 - -- "Bueno" -- contestó el Venado.

Siguieron juntos el mismo camino.

Dieron en un lago. Pescaron con una tarraya la Estrella de la Tarde. Fueron a buscar a la hija del Rey, a Anikosia, y se lo ofrecieron, húmeda todavía. La hija del Rey, muy contenta, se la colgó de una oreja: era bizca; el vientre le caía hasta las rodillas... No tenía más que un solo pecho estrecho y largo, larguísimo, que se echaba a la espalda para mayor comodidad, y le arrastraba. Aunque virgen todavía, de su leche inagotable se alimentaban suficientemente todos los vasallos de su padre Masawe. Les dió marfil y oro: pero ella no quería estrella, aquel arete de luz... lo que quería era la sangre de Hicotea que cura el asma. Y el ojo de Anikosia dijo, (viceversa).—"Yo haré un lazo". Y el ojo de Hicotea, que lo oyó, dijo: "-Yo haré un cuchillo". Y los ojos se rieron, desafiándose como dientes.

La hija del Rey les dijo entonces:

- -"Huyamos. No puedo volver a la casa de mi padre habiendo robado su oro y su marfil".
 - -- "Bueno" -- dijo "Pata de Aire".
- —"No perdamos tiempo. El Gallo que guarda el tesoro del Rey no va a tardar en denunciarme".

64

CUENTOS NEGROS

Y se marcharon sin que nadie reparase en ellos, atravesando la plaza donde los ciegos calentándose al sol se mataban los piojos y se los comían saboreándolos con deleite.

Cuando Anikosia que los sendereaba consideró que ya estaban fuera del territorio de su padre, lo suficientemente lejos y a salvo del peligro a que los exponía el primer estallido de cólera del Rey-cólera que producía con bastante frecuencia algún lucido cataclismo que alteraba la fisonomía de la tierra,—se detuvieron a reposar bajo un frondoso jagüey.

Anikosia se acostó, fingiendo a poco que dormía sueño profundo de cansancio, Venado se tendió a su lado; de veras no tardó en dormirse, y Hicotea apoderándose vivamente del pecho de la mujer que reptaba por el suelo como un majá, osí, osá, osé, lo ató al tronco del jagüey. Con la misma, haló de su machete,—que sonó igual que una campana de plata con el día diáfano adentro—y despertó a Venado gritando:

-- '; Esta mujer tiene una cara muy fea: hay que cortarle la cabeza!"

De un tajo le separó la cabeza de los hombros; la cual al sentirse desprendida, lanzada a los aires como una toronja, con tal violencia y ningún preámbulo, tardó algunos segundos en realizar lo crítico de su situación, deslumbrada por una repentina explosión de luces y aturdida por el tumulto de campanas alucinadas, de pitos y zumbidos que en su interior motivó su choque cou una piedra: pero reponiéndose de este golpe tan terrible e inesperado, rebotó con furia indescriptible-inflamada la estopa de la materia pensante -y cayó sobre Hicotea, mordiéndole frenéticamente las protuberancias del carapacho. Y se quebró sus cuatro hileras de dientes, limados en punta, y se desarticuló las quijadas.

Enardecida con este nuevo contartiempo-incapaz de pararse a reflexionar un instante friamente-pegaba con la frente, con las sienes, la barba y la coronilla en la durísima, invulnerable armadura de Hicotea hasta destrozarse y caer vencida por su propia saña, como una fruta podrida, a los pies de su verdugo impasible.

Una nueva cabeza, en tanto,—una cara aún más respulsiva y con mueca de derrota horrible—retoñaba de revés en el cuello de Anikosia... (cuyos dos brazos, en todo lo que duró la lucha, no habían dejado por su parte de tirar desesperadamente del pecho cautivo haciendo más estrecho el nudo de la atadura). Y otra vez Hicotea la segó de cuajo, exactamente a la altura de la nuez.

Esta cabeza no tenía ya bríos para morder y embestir. Se contentó con manifestar sus sentimientos más recónditos mediante unos jeribeques, muy expresivos, de odio; pronunciar unas palabras de mucha maldad, y de sus labios voló un enjambre de mariposas obscuras, de Tataguas cornudas, con el rostro de Aniqosia estampado y vivo, mirando, en el terciopelo fúnebre de las alas.

Una tercera cabeza sólo asomó la frente, vieja y fruncida: el cuerpo de Antikosia se estiró y murió definitivamente en discretas convulsiones.

Entonces Hicotea y "Pata de Aire" vieron la hoja dorada de una planta desconocida brotar en el ombligo del cadáver: movidos de curiosidad levantaron la tapa de su vientre y hallaron las semillas y las cepas que no se habían plantado todavía. El primer grano de maiz, como un grano de sol.

Siguieron andando en la misma dirección que llebavan los yerbales acostados, navegando por el viento. "Pata de Aire", cargando el cuerpo de la muerta hasta hallarle lugar de sepultura conveniente; y fué así que dejando atrás la tierra cubierta de verdor, ésta empezó a secarse, a quebrarse, a empinarse, y llegaron al borde de un precipicio, y lo despeñaron. Pero las mariposas que nacieron de los labios y el aliento de la segunda cabeza de Anikosia volaron a contarle al Rey lo sucedido, y ahora se tornaban por millones, nublando el día.

Las paredes del horizonte que habían dejado atrás, temblaron y se derrumbaron en estruendo silencioso. Y Venado, creyó ver la talla inmensa de un cazador: el miedo, le hizo sentir la ferocidad impaciente de las jaurías, a punto de abalanzársele de unas nubes de plomo. ¡Su olor, en

CUENTOS NEGROS

las narices de los perros! En cambio, Hicotea comprendió que no tardarían en despertarse los volcanes...

El vuelo lúgubre y torpe de las Tataguas que nacían y morían continuamente, describían en el cielo y sobre sus cabezas, los signos reglamentarios de maldición.

-"¡Pata de Aire", hermano"—dijo Hicotea, de un brinco asiéndose a sus cuernos—"¡no me abandones, porque tú eres mis piernas, así como yo soy tu cerebro! ¿Habías de dejarme solo, en el momento en que Masawé prepara su venganza?"

¡El viejo se ha puesto a encender con su yesca los volcanes para que vomiten su fuego sobre nosotros!"

Venado, iba huyendo de los perros de las nubes negras, desencadenados y hambrientos; huyendo del cazador, del recuerdo de su gesto, de su fantasma—como habían huido todos sus antepasados, y ahora en él, en su corazón de miedo, todos sus antepasados juntos revividos,—con una velocidad sólo comparable a la que Ciclón desarrolla en sus famosas correrías; y no pudieron alcanzarlos los torrentes de fuego líquido, que a esta hora, en efecto, les lanzaban las bocas de los volcanes.

Y bajo sus pies al fin acabó la tierra, y empezó el claro mar zafiro; Kalunga.

—"Madre Grande de mi raza, salva tu hijo más chiquito,"—imploró en la orilla Hicotea. Y vino hacia ellos un promontorio, que era el gigante Morroccy, sumergiendo y emergiendo con beatífica majestad. Mago del océano—cuya niñez había mecido en sus brazos—revestido de insignias, con el hábito de roca y algas, oficiaba desde el principio de los tiempos en el santuario de aquella costa solitaria; pero viejo y desmemoriado, de los antiguas gestos litúrgicos sólo recordaba el de bendecir las aguas y lo repetía con obstinación milenaria y enternecedora.

"Mollumba", no puede cruzar agua infinita, que se junta al cielo. Morrocoy se los llevó nadando, mole venerable, y atravesando siete mares de siete colores y un gran lapso de la edad del mundo, los dejó una tarde en las orillas de una isla feliz, allá por el año 1845...

Seguros de que ninguna desgracia podía ocurrirles bajo aquel cielo nuevo que era como una caricia, se internaron confiados por bosques olorosos, y andando, andandito, llegaron a un gran poblado, amurallado de mar.

Las mujeres, eran como flores; y muchos hombres parecían mujeres, las caderas blandas y el pie menudo. Vestían de blanco, y hablaban con la voz azucarada. En fin, Hicotea y "Pata de Aire' poseían el oro y el marfil y las semillas del vientre de Anikosia, y como se enteraron que alli la tierra no era del que la tomaba y se decía su dueño, sino de quien la comproba,-y precisamente con oro-adquirieron a cambio de su oro una hermosa finca que más tarde se llamó Ochú-Kuá-Oru-Okuku.

-- '¿ Has oido? ¡ Aquí vamos a ser hacendados!"-le dijo Hicotea a Venado.

-- "¡Bueno!"-contestó el Venado.

Amén de dos sombreros de paja de yarey, se proveyeron de un arado y dos machetes nuevos:

araron un buen pedazo de terreno y echaron las simientes, y sin respetar domingos ni fiestas de guardar, a cual más, redoblando sus esfuerzos, seguían arando y sembrando siembras diversas. Y todo se iba dando como por encanto, espléndidamente, y no tardaron en medrar.

CUENTOS NEGROS

Pasaron largos años, durante los cuales en buena paz de Dios, Hicotea y Venado atendían y gozaban su hacienda. Venado vivía en su extremo Norte, ya bohío de mampostería y teja; Hicotea en el Sur, su casa daba, en perpetuo olor de piscuales y jazmines, sobre la calzada, por donde, a diario, pasaban chirriando las carretas y los peones con el ganado. Y eran unidos como los dedos de la mano, y quizá no podía pasarse el uno sin el otro.

Hicotea, de mar allende, había traido también la brujería escondida en sus pupilas, el arte de curar con las yerbas, los palos y los cantos.

Un día enfermó el Venado.

Hacía tiempo que Hieotea, demasiado atareado de continuo en sus siembras y cosechas no reflexionaba a sus anchas, sobre las cosas de este mundo; y sucedió que habiendo subido a lo alte de una colina en busca de ciertas yerbas de Mayombe, que necesitaba para aderezarle un brebaje a su compadre, y curarle, se detuvo más de lo que convenía—y para mala ventura del Venado—a contemplar el área prodigiosamente fértil de Ochú-Kuá-Oru-Okuku. Fué una emoción muy fuerte y muy nueva, lo que experimentó entonces Hicotea.

— "Poseer por entero, ser dueño de todo y no a medias", fué en lo que vino a meditar en la cúspide, aquel terrateniente. A sus pies, se desarrollaban los palmares, los bosques todavía vírgenes de cedros y caobas, los campos de cultivo, los maizales de oro, la yuca florecida, el arroz ya amarilleando a lo lejos en la laguna resplandeciente. La codicia de la tierra nació en su peche, se hizo inmensa como el día. Pensó con avaricia, una avaricia dolorosa, en los miles y miles de frutos que en aquel instante estaban madurando en cada rama, en cada árbol del vergel. Y todas las quiso para él solo: los aguacates, las guayabas, las ciruelas que había plantado su herma-

no... Las naranjas de miel, famosas en toda la comarca; los mangos, en que se bebía tibio, derretido el sol. Y los caimitos de morado suntuoso, del color de los labios de las negras, y los nísperos cuya áspera corteza encierra un corazón tan dulce, que el recuerdo de su sabor, le llenó la boca suavemente. Y los mameyes y las guanábanas perfumadas, que ya en sazón colgaban doblando las ramas con su peso, henchidas y blandas igual que los senos de las mujeres grávidas. Sí, toda Ochú-Kuá-Orú-Okuku, que solo a medias le pertenecía. Hicotea, cruzado de brisas en la cumbre, respirando con delicia el aire frotado de limón, bebiéndose y nombrando cada efluvio de sus tierras, dejó que su conciencia le hablara claro y hondo...

Resolvió abandonar la pista de aquellas yerbas que buscaba porque hacían retroceder los demonios de las fiebres,—al mismo Burukú (1)—cerrándole los caminos de la sangre. Era menester

⁽¹⁾ Demonio que produce convulsiones y mata con la viruela.

captarlas a fuerza de mucha ciencia y maña, que cambiaban de forma y se trasladaban de lugar al rumor más tenue: bastaba el pasar de una mirada en la que no estuviera Ifá, para que supieran huir confundiéndose en la maleza, esconderse en la hendidura d euna piedra, volar más alto y más lejos que una tiñosa. Y en las manos inhábiles que no han sido iniciadas por un verdadero brujo de la noche, hijo y nieto de nietos de Babalá, trocarse en aire. En cambio Hicotea elevó al cielo una plegaria férvida de maldiciones. La idea de que su fiel amigo pudiera reventar al punto, le refrescó el corazón de una alegría muy pura. y en vez de savias que vuelven la vida al sitio de la vida, Hicotea, apenas enrojecieron los palmares y se apagó en suavidad de atardecer el canto de los pájaros, le envió a Venado,-éste lo esperaba impaciente, temblando en su hamaca—, tres "Chicherekús": muñecos de palo, o niños muy viejos, muertos recién nacidos. Rostros lisos, arrebatados, sin ojos, sin nariz, sólo una boca ávida con dientes blancos de caracoles. Blandiendo navajas o toletes de guayacán, zarandeándose en

suspensión o saltando de los rincones de sombra, burlones, incansables, acosando y forcejeando para mostrar sus dientes de más cerca:

--"; Papito, Mamito, mira mi yente!"

Lo atormentaron toda la noche con sus voces del limbo en punta de alfiler, gritos agudos errantes, cuchilladas de las pesadillas, en las arterias de las sienes. De despeñadero en despeñadaro, por mucho más allá del sueño, lo vapulcaron hasta que el sol,—hijos son de las tinieblas—los hizo huir despavoridos al antro de donde habían salido; otra vez a morir a Cunanfinda (1), en el pecho de Agallú, que los engendra, "La Hembra Dueño de la Cosa Mala".

Más de una semana pasó el Venedo, sintiendo que su lengua era una babosa que se arrastraba por el polvo, o todo un camino polvoriento que él no cesaba de tragarse. Si se moría, con dolor en todos sus huesos de los golpes que los "chichere-kús" le asestaban,—cuando su cuerpo se quedaba inerte, y su alma lo abandonaba—oía un cha-

⁽¹⁾ Camposanto.

poteo, dentro del vientre, de una agua densa, caliente, de sol podrido, tan pesada que no hubiera podido tenerse en pie.

Hicotea no apareció con los remedios, y allá se las hubieran curanderos, que si Venado no vomita aquella agua donde estaba la fiebre como la raiz de un lirio, y un gato negro,—o no hubiese tenido puesto su "resguardo" (1) que le dió su madre, y buen Eledda (2) a su cabecera—se hubiera muerto entonces, y no de un modo más preciso, cuando le llegó su hora.

No obstante se repuso pronto y de un todo, con huevos y caldo de gallina.

Convencido de que también Hicotea había de estar enfermo y que a eso se debía exclusivamente su abandono, ya fuerte sobre sus piernas, ensilló la jaca y atravesó la finca al trote largo, ansioso por saber de su compadre: pero éste, reventando de salud, estaba fumándose un tabaco en el colgadizo de su casa...

(2) Angel de la Guarda.

El Venado de verle tan rozagante, muy dolido en el fonde de su alma, le dijo:

--"; Buenos días, compadre! ¡Casi me he muerto de una fiebre mala!"

Hicotea, como si con él no fuera, no sólo no le devolvió el saludo, sino que apartó la cabeza desdeñoso, y escupió,—como se escupe en los casos en que se quiere, más que insinuar, acentuar un ultraje...

"Pata de Aire" no pudo explicarse qué significaba la actitud desconcertante de Hicotea, lo que encerraba de injusto, de hiriente, aquel intencionado escupitajo que había recibido en lo más sensible de su corazón.

- —"¿En qué habré faltado a mi hermano?" se preguntó; y como no era hombre seguro de sí mismo, habitualmenteinclinado a atribuirse faltas que no recordaba, insistió consternado:
- --- "Compadre buenos días, buenos días; le estoy dando los buenos días, que no hemos dormido juntos... ¿ qué he hecho para merecerme tal desaire?"

⁽¹⁾ Fetiche protector. Corresponde al escapulario.

CUENTOS NEGROS

Entonces Hicotea alargando su pescuezo a todo lo que éste, a rayas negras y amarillas, daba de sí, dignose responder con el mismo tono despectivo que antes se infería de su silencio.

- --"¿Acaso no es su deber saludarme el primero... y rendirme homenaje?"
- -- "Pero eso... ¿a santo de qué, compadre?"
 Yo... usté..."
- —"A santo de qué hasta ahora las cosas no han sido como debían de ser. ¡Yo no había pensado en ello! Y por muchas razones que tampoco permitiré que me discuta. La primera, que yo Tá Hicotea-Hicotea, valgo más que usté."

Por esomo de amor propio, débilmente contestó "Pata de Aire":

- -"Eso no... no estoy conforme."
- -- "Usté debe saludarme el primero."

Por no saber qué contestar, balbució el Venado.

- -"Pues... que no."
- -"Y en lo adelante, me rendirá homenaje!"
- -"Pues no!"

-"Está bien" dijo aquí Hicotea poniéndose de pie muy redondo y muy orondo y arremangándose los pantalones que siempre le quedaban anchos—"vamos a ver cual de los dos es más hombre, y quién manda!"

Pero no se fueron a las manos como hubiera creido el sinsonte que en la rama de un anón interrumpió su trino para atender mejor a aquella escena.

Propuso Hicotea:

- —"Talemos cada uno un pedazo de monte. El que acabe más pronto su faena, ese mandará sin discusión en toda la finca... Es decir que será el único dueño de estas tierras, ¡el único!"
- -- "Bueno" -- dijo "Pata de Aire" tristemente.

Era domingo, día que acostumbran los compadres vestirse los pantalones de dril listado y lucir en el pueblo las camisas de estopilla bordada y los pañuelos de rica seda. En vez de enamorar ventaneras, jugar a la brisca, o pelear sus gallos finos en la valla, afilaron los machetes y fueron a desbrozar sus respectivos campos. Y

tala y tala, Compadre Hicotea, y tala y tala Compadre Venado. A los quince días, los dos a un mismo tiempo, taja y destaja, remataban la labor.

- -"'Ni usté ni yo, Compadre Hicotea."
- -"Ni usté ni yo, Compadre Venado..."

En vista de lo cual resolvió Hicotea:

- —"Pues quememos los campos: cuando el mío arda, entraré en el fuego y en él me estaré hasta que todo se consuma... Si me quemo como un gajo, por ley será usté el amo. Si Dios consiente en que usté se queme, yo, con su conformidad de muerto, haré lo suyo mío. Y en paz. No veo otro modo de zanjar asunto tan delicado."
 - -"Pero, ¿quién se ariesga primero?"
- --"Yo, naturalmente"-replicó Hicotea con arrogancia-"y mientras dure la fogata yo cantaré al rojo vivo y usté desde su puesto, fresco, me contestará!"

La solución pareció buena y justa al Venado: fogareó el desmonte de Hicotea, y lo vió desaparecer tranquilamente entre las marañas de las llamas. Hicotea, que conocía el terreno, se me-

tió en una cueva, tapó cuidadosamente la abertura con una piedra, y el fuego pasó y repasó crepitando sobre su cabeza, invadiéndolo todo. Muy seguro en su esconddrijo cantaba:

> —"Bibiribiriquiá, bericó, Bibiribiriquiá, bericó, Bibiribiriquiá, bericó."

Se extinguió el fuego, y Hicotea salió de la cueva: arrastró al medio del monte la piedra que tan bien lo había encubierto, y se tendió sobre ella boca arriba.

Sonriente, los brazos cruzados detrás de la nuca lo encontró Venado, sin una quemadura en todo el cuerpo: como si despertara de una siesta, suave dormida en el hueco más fresco de un simple incendio de flores de framboyán.

—"Aquí he pasado la prueba como usté me ve, corriéndome encima un río de fuego; a brasa me sabe la saliva, y gusto a candela debo tener yo todo: rojo lo veo... pero no estoy frito... Animo, compadre; ahora le toca a usté arder un poco."

Y a "Pata de Aire", que se lanzó confiado al fuego, lo cercan, lo atrapan, lo enredan las llamas, y a poco, no es más que una llama entre las llamas. Cuando Hicotea, irónica, canta:

--"Bibiribiriquiá, bericó, Bibiribiriquiá, bericó, Bibiribiriquiá, bericó"...

sólo le contesta la leña chisporroteando.

Luego Hicotea buscó por el quemado el cuerpo carbonizado de su compadre.

-"; Ay, "Pata de Aire", —lloró Hicotea"Pata de Aire", mi carabela, mi hermano! Cuando viniste al mundo, nada tenías..."

Le rezó un Padre Nuestro, y le cortó los cuernos que el fuego había lamido sin consumir.

Con los cuernos de su compadre, hizo Hicotea un instrumento de música. Todas las tardes, un poco antes de ponerse el sol, Hicotea lo tañía en el colgadizo de su casa. Uno que escuchó aquella música se quedó paralizado de delicia. Fué Buey, "Mariposa" nombrado, que bajaba al pueblo, a asunto de mucha importancia sin darse prisa.

Venía la música de la casa de Hicotea, el solitario. Buey recuerda que dejándose llevar por la cadencia, turulato, se halló frente la Hicotea, quien los ojillos entornados y como en otro mundo, empuñaba un raro instrumento en llamas, y del que se desprendían los sonidos que lo habían arrobado.

--"¡Por lo que más quieras Hicotea, dame tu música!"—dijo el Buey.

Hicotea bajando de las cimas de una dulzura inefable calló un largo rato, considerando melancólicamente la enorme masa exaltada y suplicante del cuadrúpedo.

- -"¡Dame esa música Hicotea!"
- —"¡Ay, amigo! tus patas son muy fuertes y las mías, demasiado cortas... Pudiera suceder que te llevaras mi música tan lejos que, yo viejo y cansado, no te pudiera atrapar.
- -"No me ofendas, Hicotea; ; los bueyes no hacemos ciertas cosas!"
- --"Eso dicen los bueyes... y de un mal deseo, nadie se libra. No puedo complacerte, vaya."

Pero Buey seguía implorando que le hiciera oir una vez más "aquello" divino que lo hacía temblar de emoción como una hoja, que le arrancaba lágrimas del fondo del alma, más que el

"Bogguará arallé".

de los lloros de la media noche. Y Hicotea acabó por decirle:

- —"Tranquilieise, camará; le daré gusto...
 pero antes déjeme que caliente un poquito de café". Y puso al fuego un pailote lleno de chapapote.
- —"Vaya,"—dijo alargándole los cuernos, ya apagados y silenciosos, atravesados por una sola cuerda, delgada y azul como una vena,—"al calor de la mano y en virtud de la sangre, la música se produce sola"... Así Buey, apenas lo tocó, todo se inundó de música. Y creyó que bailaba en medio de las estrellas, y que su cuerpo que a veces le pesaba tanto, era una brisa. Estaba como hecho de nada, de algo más leve, más sutil que el perfume que exhala el jazmín. Sus patas aladas, no tocaban el suelo. Danzaba, ahc-

ra la más graciosa y ligera de las criaturas, feliz, de una felicidad sin límites, y jamás sospechada. Y como el que hace un alto en la delicia de un sueño, para prolongar el sueño, Buey pensó:
—"Por nada le devolveré yo esta maravilla a Hicotea!"... E iba a emprender el vuelo, etéreo, inasible como la música que lo hacía inmaterial.

Hervía el chapapote en la caldera...

De la región de lo inexpresable, el Buey "Mariposa" cayó pesadamente al suelo duro, recuperando entre atroces escozores, la noción de su cuerpo, carga abrumadora; y cubierto el lomo de aquella pasta incendiaria huyó como pudo, con su peso a rastras, y un cuerno de menos, "para recuerdo", dijo Hicotea.

Otra vez fué un caballo penco que iba muy triste cuesta arriba, al "velorio" de su novia quien al cruzar la guardaraya oyó tocar a Hicotea: llorando y jurando que no se robaba—aún con hambre—ni una brizna de maloja, también intentó, en estado de trance, robarse la música que le hizo relinchar de alegría creyéndose por

los potreros del cielo... Hicotea le lanzó a la cabeza el chapapote, lo dejó tuerto y con las tijeras de podar le cortó una oreja y su gastada cola de espantar los moscas...

Casi todos los días algún animal venía, atraido por la misma magia, a pedirle prestado su instrumento. Gracias a su astucia,—entre dos platos, única herencia que le legaron sus padres-y al chapapote bien aplicado a cada arrobamiento, Hicotea seguía cortando tarros, rabos, patas, orejas, sin agitarse él más de lo preciso,--"del apuro no se saca más que el cansancio''-, y rescatando su milagrosa música de la codicia de todos, que aún en quien menos se pensaba, le tendía un lazo. Y no se diga la Urraca, de profesión ladrona, sino de honorable matrona como la Lechona, tan considerada, tan ajena y apartada de toda frivolidad por su gordura y sus santas ocupaciones,—a quien sólo en realidad, interesabon sus preneces continuas y sus partos envidiables: Se coló un anochecer en casa de Hicotea, y esforzándose en ser muy hábil y pasar inadvertida al favor de la penumbra, robó el soñado instrumento. Pues si no se gruñe a sí misma, al caer en el abismo del quicio de la puerta, que no había previsto, no la pilla Hicotea con el cuerpo del delito en la mano.

Por tratarse de una dama, Hicotea no usó en tal ocasión del chapapote que siempre, por precaución, estaba ardiendo en la hornilla: pero consideró de justicia descargarle un violento puñetazo en la parte posterior que hizo gritar a la matrona, más dolida en su dignidad que en sus carnes opulentas.

-- '; Oh, Caballero Hicotea, Caballero! El trasero de una señora es sagrado! ¿Por quién me ha tomado usté?''

De tanto ponderarse la música de Hicotea por todas aquellas tierras,—aunque al hacerse lenguas nadie fué hasta confesar porqué le faltaba algún pedazo ostensible de su anatomía,—Tigre, muy señor nuestro, que iba a celebrar proximamente su santo, con baile, banquete, voladores y discursos en su honor, también hubo de antojarse de ella y se plantó una mañanita en casa de Hicotea. Éste le recibió muy extremoso como

a Animal Grande que tiene en sus muelas la autoridad y con las muelas la mantiene. Le regaló con lo mejor de su hacienda; ordenó que tomaran los seis pollos más gordos de su cría, y prepararan una "guacabina" de frutas y viandas para que la llevara en su nombre a la familia...

Entonces el Cacique le explicó a Hicotea que el objeto de su visita era el de invitarlo a la fiesta de su santo y pedirle prestado su instrumento, que al decir de todos los tullidos que lo habían oído, valía por sí solo las mejores orquestas de la capital y del mundo civilizado.

-"Favor que usté me hace. Este instrumento, Señor Compadre, es el consuelo de mi vejez. Yo le llamo "cocoricamo" (1). Lo he hecho como el que dice con mi corazón malo y bueno. Mi único entretenimiento desde que me apercibí que la juventud se me había ido! Un día abre uno los ojos, es decir los cierra, mira hacia adentro, y se ve uno viejo... y eso que las mujeres se lo

hacen comprender a uno con su aire displicente y pidiendo dinero. ¡Ay, Capataz, prestar es perder, y si me lo diste no me acuerdo: pero basta que sea usté, el prócer, el hombre más honrado, el más vertical, el más carnívoro, el salvador de la patria,—y ésta es la verdad—, para que yo. aunque mucho me cueste por lo engreído que me tiene, vaya a rehusarle a "Cocorícamo".

"Grín, Grín, Grín...
Grín, Grín, Grín,
Grín, Grín,
Grín, Grín,
Bongo Monasengo, Ci kengó!
Bongo Monasengo, Ci kengó!
Grin... Bongo Monasengo, Si kengó!"

La música, levantándolo imperiosamente del taburete, le impidió a Tigre contestar... Una cosquilla,—grín, grín, grín—de la nuca a la cola, y luego el "cocorícamo", un placer tan intenso, dolor de placer sin tregua, que le hizo perder el juicio, y toda la noción de su importancia. Se retorcía, se revolcaba, se remeneaba; daba vueltas, aullaba, peloteaba boca arriba: como el gato loco

⁽¹⁾ Lo imponderable, según Fernando Ortiz. "Catáuro de Afrocubanismos".

callejero que se emborracha en el tejado de amor y de luna, el poderoso Compadre, que tenía entre los grifos, la voluntad de todo un pueblo, de porte tan temible como majestuoso, no era más que un gato grande en contorsiones, cubriéndose de ridículo!

Cuando, en vez del rugido imponente que hacía temblar de un extremo a otro de la isla, salió de su gloriosa garganta un sonido equivalente a un ¡miau! particularmente despreciable, Hicotea lo abatió vertiéndole encima el contenido del pailón de chapapote hirviente. Y Tigre no podía moverse en la pastosa charca de fuego, adherida a sus carnes y abrasándolo entero: así fué que Hicotea le cortó nueve dedos y un lado del bigote; le extrajo un colmillo admirable, y como si no fuera bastante, le administró una tunda, llamándole "Maricón" a cada trancazo.

En condición muy lamentable, atado y atravesado sobre su caballo, volvió Tigre a su casa, con la "guacabina" y los seis pollos de regalo que siguieron injuriándolo el penoso trayecto, tratándolo de pío, pío.

Su pobre mujer que aquel día se había lavado la cabeza, al ver la sangre que chorreaba todo su marido sufrió un desmayo en brazos de dos esclavas oportunamente robustas; las hijas también lograron desmayarse por turno, una vez se convencieron que su padre aún alentaba. Sus hijos,—ya en edad de vengar las afrentas de una sola dentellada—, le preguntaban quien le había puesto de tal guisa herido, llagado, brumado, abrumado, desbigotado y descolmillado...

En su mutismo feroz del que nadie podía socarlo, envuelto en hilas y emplastros de tela-araña y aceite de alacrán añejo, Tigre convalenció lentamente.

Recomiéndose los higados.

Una palabra le martilleaba incesantemente el tímpano:

- --"¡ Maricón!"
- -"¡Quien sabe!"

Cinco años pasaron. Cinco años (y se dice pronto) durante los cuales el Tigre se miraba sus patas mutiladas, meditando secreta vesganza.

Otros tantos hacía, que su amigo y compinche el Conejo, se había ido de viaje, a conocer mundo; cuando una mañana, sin que nadie lo esperara, se presentó en el batey.

-- "¡Dios me lo manda, Compadre Conejo!" -- « exclamó Tigre abriendo los brazos.

Toda la tarde la pasó con él encerrado en su alcoba. Sin levantar la voz,—porque las paredes no solo tienen oidos, ojos y memoria, sino lengua, lengua viperina de mujer—le contó la verdad referente a sus nueve dedos ausentes, al hueco de su hermosa dentadura, a los tolondrones y cicatrices de su lomo; omitiendo sin embargo, algunos datalles inútiles, cuyo recuerdo le amargaba más que otros.

Conejo, con un jolongo y un tambor, salió a recorrer la comarca:

"Sandemania, sandemania

Elúero quéngueré, cángara uirimacánga obba Sandemania, sandemania.''

Bando del rey, que citaba a todos los terratenientes a una asamblea...

Fué a batir su tambor y a pregonar la Real Orden, donde una viuda, Vaca sitiera, cuyas tierras lindaban con las de Hicotea.

-- "Si ve a Hicotea, Comadre Vaca,-y así me evita ir a buscarle-dígale que no debe faltar a esta reunión."

Lo mismo le dijo al Burro y al Toro Pinto, arrendatarios vecinos, quienes se apresuraron a anunciarle a Hicotea, que el rey los mandaba llamar.

—"Para aumentar impuestos seguramente", refunfuñó Seña Vaca, quien untándose de cascarilla, a toda prisa se calzó los zapatos de raso amarillo canario, se entró en el vestido de muselina azul celeste con amplios vuelos de tirabordada, y aballenada y sofocada, pero contenta de poder lucir sus aretes y su collar de oro francés, se puso camino del pueblo montada en una mula.

Un poco más tarde, Hicotea oyó el tambor repiquetear en su portada.

—"¿Todavía está usted aquí, Compadre Hicotea? Allá en el pueblo la Asamblea se habrá reunido, y sólo faltamos usted y yo".

- —"¿Qué asamblea?" preguntó Hicotea—. "Algo he oido, algo me han dicno, pero no puse atención. Un tanto distraido soy de orejas..."
- -- "El rey, el rey que nos cita de urgencia... Asunto será de muchísima importancia".
- -- ''¿Y también me parece haberle oido decir a mi Comae la Vaca, que Tigre preside la Asamblea con el rey?''
- —"; Compadre Hicotea, está soñando! ¡El Tigre, Santísimo Sacramento! En paz descanse y Dios lo tenga en su gloria. ¡Si hace más de dos años que se ha muerto...! Yo asistí al entierro, que fué muy lucido. Le cayó un campanario en una pata, le dió el sereno en las heridas, y a las pocas horas se lo llevó la gangrena!"
- --"¿Qué me está diciendo, camará? Primera noticia... Verdad que vivíamos muy lejos, pero yo lo respetaba y lo estimaba en lo que valía. Y aunque ya no es hora, me afecta la noticia. ¿Gongrena en una pata? ¡Parede mentira!"
- -'¡Pst! Nadie se escapa de la muerte, aunque sea Tigre!"

- -"Ansina mismo. Por eso cuentan que una vez la muerte tenía hambre..."
- -- "Vaya compadr, no nos demoremos más. Póngase el "jipi", y andando. Eso me lo contará por el camino. Si quiere lo llevo metido en el jolongo."
- —"¿En el jolongo? Más vale ir a pie"—pensó Hicotea,—y echó a andar a gusto con Conejo, que era hombre muy simpático y de buen conversar. Pero al cabo de un rato dijo Conejo:
- —"¡A este paso no llegaremos nunca! Ya estaría yo en el pueblo, si no fuera por su bendita conduerma... Vamos Hicotea, acomódese en el jolongo, le repito que no es tanto lo que pesa, y emprendo una carrera como bala de rifle."
- -"Es que no me parece decoroso, Compadre, que yendo a una asamblea como hacendado, me vean llegar en canasta como pollo!"
- -- "A la entrada del pueblo lo bajo y nadie lo verá."

Hicotea se metió en el jolongo y Conejo se abrió a correr.

CUENTOS NEGROS

—"¿Estamos llegando?"—preguntó Hicotea alzando la tapa con la cabeza, cuando calculó que una hora había pasado.

--"¡Falta mucho todavía!" (Sánsara, sánsara, sánsara.)

Transcurrió otra hora de brincos y sacudidas.

- --"¡Compadre Conejo, no puedo ya del mareo que tengo!¡Se columbra el pueblo?"
 - -"¡Un trecho largo todavía!"

(Y sánsara, sánsara, sánsara.)

El estómago, las tripas heladas colgándole de la boca, volvió a preguntar Hicotea, alzando la tapa del jolongo:

-"; Hasta cuándo, compadre?"

Por fin cesó el zarandeo, las náuseas, el mareo... Hicotea se encontró delante de Tigre, cara a cara, rodeado de toda su parentela.

—"Ya lo creo que está completa la Asamblea!" Y escondió instantáneamente la cabeza, por no presenciar su muerte.

Con frases lapidarias, mandó el Tigre traer una cepa de plátano. -"Saca la cabeza,—rugió—saca la cabeza o te la aplasto con estuche y todo. Mira esta cepa de plátano. ¡Mírala bien, canalla! La plantaré yo mismo, hoy día de San Isidro Labrador. Cuando dé frutos y estén en madurazón, te comeré en guiso de plátano y quimbombó. ¡An, tu sangre, me la beberé en "sambumbia"! (1) Pero antes, te condeno al tormento de la sed y del hambre. He dicho."

Lo encerró en un baúl, y ordenó que lo llevaran a la barbacoa, sin más eonsideraciones.

Luego Tigre, intimamente satisfecho, se sentó a jugar una partida de tresillo. Aquel día, no solo perdonó a sus negros que sufrían castigo, si no que después de comer, le rogó a su mujer tocara al piano, "La Paloma" y "La Monona": lo cual no había sucedido en cinco años.

Y así que dió el plátano un hermoso racimo, Tigre fué a comprar una cazuela y a invitar a su amigo Conejo, que desempeñaba el lucrativo car-

⁽¹⁾ Bebida de caña fermentada, con ají.

go de Presidente del Tribunal Supremo y Jefe de los Bomberos, con reconocida competencia.

Aprovechando la ausencia del padre, los tigres más pequeños, subieron a la barbacoa y abrieron el baúl. Dentro, seca, reseca, renegrida, agonizaba Hicotea: el chirrido penoso de la cerradura, lo hizo volver en sí, solo para recordarle que su última hora había llegado... y por equivocación, en vez de afligirse, se puso a bailar. Bailando pues creyeron sorprenderla, y ésto les gustó mucho. El aire nuevo, el día claro, pequeño, que se abrió en el baúl después de un año de tinieblas, le devolvieron vagamente las fuerzas.

Uno de los tigres,—el que era tres minutos mayor que sus tres hermanos—aplaudió:

- -"¡Bravo, Hicotea, sabes bailar muy bien!"
- -"¡Oh, tu padre baila mejor que yo''-contestó él con la voz lejana y vacía de los que se han muerto mucho rato antes de morir.
- —"Desde que lo asaltó una manada de elefantes y cincuenta leones, que venció él sólo, Papá cojea!"

-"¡Ah, hijitos,-suspiró Hicotea aprovechando un destello de lucidez—. Si me echaran en una palangana llena de agua, verían entonces lo que es bailar! Lo seco no es del todo mi elemento..."

Impelidos por la curiosidad, los tigres se precipitaron escaleras abajo, y no tardaron en volver con una palangana desbordante.

¡Agua! ¡Bendita sea! De sentirla tan cerca de su boca, adorada, apasionadamente bebida antes con los ojos, todo Hicotea, en cuerpo y alma revivía de alegría.

> "¡Pongueledió, el bongué Pongueledió, el bongá Pongueledió, el bongué Pongueledió, el bongá!"

Y bailó, ante los tigres encantados, un baile de gracias, por amor del agua y de la sed saciada.

- —"¡Iebbé, iebbé! Hicotea, más...; arriba!
 —gritaban ellos alrededor de la palangana coreándola y ya ganados por el ritmo.
- --"; Ah,--volvió a decir Hicotea--pero aquí apenas puedo moverme! Si pudiérames ir a un arroyo..."

-"¡Sí, al arroyo, al arroyo!"

En el arroyo, Hicotea no hizo más que insinuar algunos movimientos canturreando:

"¡Pongueledió, el bongué!"...

-"Hijos míos, ¡qué lástima que no pase por aquí cerca un río!"

Anora los tigres no pensaban más que en bailar. Lo llevaron al río. Y en la corriente ancha, libre, Hicotea bailó con tal frenesí, que los tigres, incapaces de seguir la rapidez de sus movimientos, vieron confusamente, en vez de una, mil Hicoteas; imil Hicoteas como un milagro!...

-"¿Si la llevásemos al mar?"

Pero el mayor de los Tigres, espantado de la brujería, y sintiendo que iba a perder la cabeza, y la cuenta de tantas Hicoteas que debían ser una sola, dijo:

-"¡Dios nos libre! Ya es tarde. Si el Taita sabe que hemos sacado a Hicotea del baúl, nos pegará, como el día que le untamos el sillón de cola."

Y la llamaron:

- --"; Hicotea, basta! Ven, acuérdate que hoy te come mi padre con plátano y quimbombó."
- -"Casi lo tenía olvidado; aquí estoy, hijito" -contestaron mil Hicoteas, y Hicotea otra vez, al quedarse inmóvil—. "Deja que baje un momento al fondo y me despida del río."

Escogió una piedra de su mismo tamaño, la envolvió con fango, le dió su forma, y los signos que en su concha, nadie ha podido descifrar, los gravó con una uña.

Enturbiando el agua, la impulsó suavemente hacia la orilla; los tigres la recogieron y echaron a correr camino de su casa...

Cuando Tigre, sonando espuelas de plata, regresó con su amigo Conejo,—las alforjas llenas de provisiones—los tigres jugaban tranquilamente en el portal.

¡Diente por diente, ojo por ojo! Subieron los compadres a la barbacoa, y descerrajaron el baúl: allí estaba Hicotea, tal como la habían dejado un año atrás. La cabeza escondida de vergüenza, de terror. En la misma postura, y en el mismo ángulo de desesperación.

Para anunciarse, y porque ya no podía retener más su odio, Tigre le dió un machetazo, y la hoja se partió en dos...

--"¡Cómo endurece el dolor!"

Le hicieron pasar por una serie de tormentos espantosos, humillantes. Al fin no era más que una piedra. Ni una gota de sangre le pudo esprimir el Tigre, para bebérsela en Sambumbia, como había jurado. Ni una fibra de carne, para darle sabor al quimbombó. ¡No importa! Ahí estaba, en el fondo de la cazuela... !Ejemplar había sido el castigo!...

Y Conejo creyó su deber decirle al Tigre, a una señal que éste le hizo empuñando el tenedor:

-"¡Cómaselo usté solo, Compadre!¡Su honor está vengado!"

LOS COMPADRES

Todos somos hijos de los Santos, y lo de la malicia y el gusto de pecar ya le viene al hombre de los santos.

Por enredos de mujeres, de tierra Tácua,—el más santo de todos, Changó—llegó una cez huyendo a la tierra de Ochún: Changó (Santa Bárbará) que también se llama Bakoso, Alafi, Agadgú, Dádda, Obaiye, Lubbeo,—Lubbeo su nombre de pila.

Enamorado y pendenciero,—que no hay sin él rebambaramba,—el Rey del Mundo, un hampón —muy valiente y muy bien parecido—se crió en el arroyo... Allí donde estuviere, a la par que hacía milagros, cometía tales fechorías, que al fin tenía que salir huyendo. Huyendo de pueblo en

pueblo, pasaba su vida, porque muchos querían matarlo, aunque él los burlaba siempre.

Le gustó Ochún (la Caridad del Cobre) en la tierra de Ochún, la lucumí.

La conquistó bailándole; y ella en seguida le dijo que sí, y vivieron juntos. Y un día Ochún, le dice a su hermana mayor Yemayá (Nuestra Señora de Regla):

-"; Si vieras el negro que yo tengo, se te ponían los dientes largos!"

--"¿Qué negro?"-pregunta Yemayá.

Porque siguiendo a Changó por todas partes, sombra de su sombra, iba siempre un viejo para cuidarlo; y este viejo le había dicho a Yemayá:

-- "Cuando encuentres a Changó, llámale Lubbeo. Es tu hijo."

Yemayá quiso ver a Changó... Y Changó que la enamoraba y Yemayá que se dejaba enamorar: cuando iban a unirse, Yemayá se acuerda y exclama: --"¡Lubbeo! ¡Tú eres mi hijo!" Y le da a beber de su pecho.

Se entera Ochún: por poco se le cae, del respingo, la cabeza. Se la agarra con las dos manos, se la encaja...

CUENTOS NEGROS

-- "¡Mi sobrino, era mi sobrino!" Si, pero muy tarde ya. No había remedio.

Dolé no era mala. Era hija de Ochún, y le estaba prohibido comer calabaza; porque en la calabaza está el secreto de Ochún: pero mayormente, por aquello que ocurrió en el pozo.

Esto: que Yemayá, cuando era mujer de Orula, (San Francisco de Asís) andaba recelosa de Ochún. Orula vivía en un pozo y Ochún se metía en el pozo.

Yemayá en acecho, y ve que Ochún baja furtiva al pozo: sin hacer ruido, en puntillas, fué a buscar al Ser Supremo a su bohío.

--"¡Babami! ¡Ay, venga a ver ésto, Babami!" Al Ser Supremo, Babami, quien los gobierna a todos; a Cholá, a Orichaoco, a Ollá, a

Olóku, a Ogbá, a Ogún, a Ochosi, a Babaluayé, Obaoddé, Sodgi, Nanú, Nanáburukú, a Obatalá, a los Ibedgé, los Elegguá... Ese Babami, más viejo que el tiempo, está por encima de todos, y Changó por encima de todos los Santos.

Yemayá se inclina sobre el brocal del pozo, tira

a Babá de una manga...

-"Papá, Kuanchaca okkó con ocó!!" y le señala al Ser Supremo, lo que están haciendo allí escondidos, Ochún y Orula.

-- 'Anjá,-dice el Padre Eterno-pues quédese de una vez San Francisco con la Caridad del Co-

bre." (Ochún con Orula.)

No, Dolé no era mala, pero no era fiel. Todos los hombres le apetecian, y quien menos le gustaba era el suyo, un negro manumiso, torcedor de tabaco, que pasó en el campo gran parte de su vida, y no era ladino, como negro de ciudad.

Dolé tenía a su amante en el cuarto, cuando llegó su marido de la calle, a hora que no acostumbraba. Lo esconde debajo de la cama, y va a abrirle la puerta, desatadas las "pasas", (1) la cara descompuesta y llorando. No hay mujer torpe para mentir.

—"¡Ay, qué dolor, qué dolor en el vientre!¡Ay. Evarito! Si no me procuras el remedio que el brujo me recetó, me muero Evarito, me muero en un grito, te lo juro!"—y con la misma se echó en la cama revolcándose y mordiendo la manta.

-- ''¿ Qué remiendo y qué brujo, y qué doló?''preguntaba Evarito de la Torre estupefacto.

Le explicó Dolé lo mejor que pudo, sufriendo tanto, que aquella mañana cuando él se fué a la factoría, y ella empezó a trajinar, le había acometido una punzada en la boca del estómago... tan aguda, que apenas se calmó un tanto, salió a consultar a un brujo. El brujo "preguntó", y le había dicho de parte de Oyá, que aquello era muy malo: un animal tenía alojado en el estómago, velludo, de forma estrambótica, sapo, araña, esponja o cangrejo, con dientes de alfiler. No la expulsaría, si antes no se sorbía ella, un huevo fresco de caimán. Solo el huevo de caimán aplacaría la gandizón del bicho, que de lo contrario, sin domeñar, acabaría con ella, royéndole las entrañas. ¡Y venga la negra a sufrir! ¡Cómo hincaba los dientes el animal!

⁽¹⁾ Se dice en Cuba, al pelo lanoso de los negros.

--"¡Hazte de cuenta Evaristo lo que pasa en mi gandinga!"

El pobre Evaristo, que es muy bueno, que quiere mucho a su negra, se apiada de que un animal le muerda así las tripas, es la primera vez que la oye quejarse: de prisa se va al río por el huevo de caimán.

Dolé hace salir al amante, todo entumido y sudoroso, y los dos se divierten a costa del tonto, que el caimán se engullirá:

"Saúla bómbo, saúla bómbodil,

Saúla bómbo, saúla, ¡bobo se va!"

La hembra del caimán había puesto cuatro huevos: pero deja un guardián vigilándolos, y no se aleja mucho cuando va a comer. Apenas siente ruido, un guijarro que rueda, un cohombro agitarse, zahondarse unos pies en la orilla, se avalanza a defender sus huevos. Evaristo tiene que correr para salvar la vida.

Muchas veces fué al río a robarle un huevo a la caimán: y Dolé sin temor, se quedaba gozando y riéndose de él con su "ále" (1). "Saúla bómbo, saúla bómbodil Saúla bómbo, saúla ¡bobo se fué!"

Frontero vivía Capinche el estivador, compadre de Evaristo, en querindango con una lavandera de buenas prendas, que era santera, y dicen que cuando se le subía el santo, se comía la "mangoma" (1) lo mismo que Yánsa. Evaristo le había bautizado una hija que tuvo Capinche de otra mujer, María Virtudes. De noche iban a la bodega a jugar dominó... En otros tiempos,—siendo de una misma dotación—juntos habían tumbado mucha caña: y ahora libres los dos, Evaristo torcía tabaco en la fábrica, Capincha cargaba en los muelles, y se estaba volviendo zambo.

Aquel cuento de huevos de caimán y mordidas en el estómago, que hacían perder el sentido, Capinche no lo tragó, porque él y la lavandera, veían entrar y salir al otro negro de Dolé, muchas veces que Evaristo corría en busca del huevo salvador.

-- ''¿Y qué, no me has traido el huevo?''-le preguntaba Dolé desfallecida a Evaristo, cuan-

⁽¹⁾ Amante.

⁽¹⁾ Candela.

do éste volvía jadeante, los pantalones chorreando barro y las manos vacías.

- --"¡Poco faltó para que el caimán me trabase hoy una pierna!"
- -"¡Ay de mí, Mamá, no me curaré nunca!"
 -suspiraba Dolé--. "Aunque ya el dolor se me
 va pasando. Parece que el bicho está cogiendo
 sueño...; Ya no mastica!"

El animal se dormía y no molestaba más. Dormido era un bendito. Dolé se levantaba, andaba de un lado a otro, trajinaba y se conducía como buena y sana.

Un día el Compadre Capinche, por una copa de más que había bebido, le dice a Evaristo, en el café:

—"Usté es un mentecato, mi Compadre. Un bobo de faldeta y maruga, y no por ofenderlo. Su mujer no tiene nada en su barriga. Lo que sí tiene es la "sinvergüenzura"... y cuando le entra la punzada, un negro chévere escondido debajo de la cama, que se lleva los pesos que usté le gana soltando el pulmón."

Evaristo no contestó nada; trancó las quijadas, y sin despedirse se fué a su casa...

Dolé ya medio dormía. Evaristo, por si acaso, deseó estrangularla: pero era hombre moderado, que si había matado a un congo, años antes—un tal Rufino, ñáñigo—fué sin pensar lo que hacía, por que se le fué la mano. Y nunca se supo. Lo mismo que a otro individuo, a quien dió un navajazo, en la confusión de una riña de comparsa... Por la calentazón del baile, de la farola, y del "malafe" (1) no por mala intención. Y para eso, tampoco nadie se enteró: y es bueno, quien la gente no sabe que es malo.

Evaristo se arrancó la camisa, los pantalones, a puñetazos, metiendo mucha bulla: tiró los zapatos contra la pared, le preguntó a Dolé, la voz ahogada:

- -"¿Con que el bicho... el bicho?"
- —"Sió"—contestó Dolé—"; que se despierta!" Evaristo escudriñó debajo de la cama, abrió el armario...

⁽¹⁾ Aguardiente de caña.

El Compadre Capinche estaba bebido,—era sábado—y a lo mejor, una mala oeurrencia de borracho, por no decir falso testimonio, tratándose del compadre... El nunca había visto negro sospechoso rondando su puerta,—y temiendo que si el animal de Dolé, de veras se despertaba con el antojo del huevo, ésta iba a ponerle en el compromiso de ir al río, ¡y a oscuras!—se cubrió la cabeza con la sábana, destapándose involuntariamente los piés, (los pies, no es prudente dejarlos desnudos fuera de la sábana, no sea que alguna Anima del Purgatorio que va de camino, los agarre con su mano fría) y se durmió resoplando, como todas las noches.

La crisis, la sufrió Dolé pocos días después, y más terrible que nunca: esta vez era el mismo animal quien le gritaba, le apremiaba, le increpaba a él, hinchándose en la garganta de Dolé:

-"¡Pronto, canalla, cobarde, tráeme mi huevo! ¡ya estoy cansado de esperar! Si no me lo dás, me la como toda, por culpa tuya... y luego, me meto en tí, te como a tí!"

Evaristo se marchó muy impresionado, de la bravata, jurándose que aún a trueque de dejars; en el río, la mitad de su persona, volvería con el remedio aquel mismo día...

Al doblar de la esquina le asalta un resquemor.

—"Niño y borracho, dicen verdad. Mi Compadre estaba como una uva. ¡Si fuera verdad?"

—y retarda el paso. Evaristo está perplejo. No sabe qué hacer. Una vecina, abre su postigo y le grita con sorna:

-- "¿Con que otro huevito de caimán, amigo?"

-"Anda, anda con Dios, só buen hombre"-lo saluda el gallego bodeguero, que juega con los
megros al dominó-. Desde su mostrador, en camiseta, y muy abierta la camiseta, brazos y pecho de nudos, todo pelos y blanca encarnadura.
Le despacha a una mulata, medio real de vino
tinto, en una lata que fué de aceitunas: y el gallego le habla en voz baja, con una risita, que le
tuerce el bigote de malicia. La mulata mira a
Evaristo de reojo. Hace un mohín eonmiserativo.
Tropieza luego con Mateo, el vendedor de pollos:

-"; Pollero... Pollo grande, barato!"

--"Adiós, Mateo."

—''¿Ya le pillaste el huevo a la caimana''? le pregunta Mateo con picardía bonachona.

Todos le reparan y murmuran. ¡Se están riendo de él! Y Evaristo, de pronto, olfatea la chunga en el aire de su calle...—'Eres un bobo de faldeta y maruga''—en sus adentros está oyéndole decir a Capinche, no ya borracho, sino en sus cabales. Vuelve a su casa, descerraja la puerta de una sola patada, y allí se encuentra a Dolé, en la cama, muy cariñosa y desvestida, en gran familiaridad con un individuo!

Lo que más indigna a Evaristo, y con razón es que el negro intruso, ha colgado la ropa en su percha, y que está acostado, en el hundido, que el peso de su cuerpo le ha hecho al bastidor...; y en su almohada!

Empuña una botella, lo primero que halla a mano, y se la rompe al negro en la cabeza. Lo acomete a mordidas, a coces, a trompazos, en un furor bestial.

 caló... Ese é un pariente que yo tenía, que llegó del campo cansáo."

El negro escapa, huye por las calles casi desnudo; algunas mujeres gritan: —"; Atája, atajaló!", y a Evaristo lo sujeta el bodeguero, otros dos vecinos y el pollero, éste, con una sola mano, la izquierda, mientras agita en alto con la diestra, su racimo de pollos alborotados. Todo el vecindario estaba pendiente de lo que iba a ocurrir tarde o temprano. A nadie le tomó de sorpresa.

--";La pareja, la pareja! ¡Todos quietos!"

Barruntó gazapina la guardia civil... El negro descamisado, roto; Dolé gesticulando, hablando por hablar, sin saber lo que dice, y sin poderse contener. Se calma y enmudece como por encanto el enjambre agitado de curiosos.

— "Una discusión, Orden Pública. Sí señor...
pero ya se acabó. ¡Aquí no ha pasado nada!

Y Orden Pública muestra los toletes de modo significativo. Enarca las cejas muy negras, greñudas. (Uno es cejijunto.) Símbolo de la justicia inexorable, se aposta en la acera, contra una ventana de las de vientre bajero y de rodi-

llas: Orden Pública, atuzándose los mostachos amenazadora y mal dispuesta siempre con los negros.

Hablando sola, se aleja la mulata que compraba vino, con la lata en la mano, vacía; ¡medio real de tinto, perdido en el jollín! Van muchas vecinas a la "accesoria" de Dolé, a darle tila, a meterse gustosísimas en todo... Allí Evaristo no levanta la cabeza. Un palmo de hocico. Los hombres lo aplacan a manotazos cordiales en la espalda. "¡Si no aparece la guardia civil, ya tendría aquel negro, frío el cielo de la boca!"

La guardia civil se retira al fin, dominadora, gallardeándose sobre sus juanetes...

Esa noche, se reune todo el vecindario en casa de Evaristo, por si hace un disparate... Parece que allí hay fiesta o velorio,—que viene a ser lo mismo. Se meten a opinar hasta los pasantes desconocidos, que se detienen a indagar en el umbral de la puerta abierta en grande, y a quienes se les informa detalladamente de todo lo ocurrido. Luego, cada vecino trae algo para pasar la velada. Quién galletas de sal, quién un trozo

de queso, guayaba, café, una lata de sardinas, cerveza, aguardiente. -- "¿Sobre todo, que no se queden solos todavía, Dolé y Evaristo!" - "Que no haya desgracia"'—dice la santera, lavandera. Y Evaristo continúa sentado sobre su baúl,—jinete a la mujeriega-emperrado, bembudo, repitiendo, mordiendo con obstinación en una misma palabrota y rodeado de hombres... Dolé en un sillón, muy ligera de ropas, suspira y suspira. Habla haciendo quiebros de sollozos, sube y baja los brazos: se queja de su suerte y de la cabeza... ¡qué se le salen los sesos de la sesera! Las mujeres se turnan para echarle fresco, pero no hay manera de desatarle un nudo de hierro que tiene en la garganta.

Cuando llega el Compadre, su compadre Capinche, a quien todos aguardan, resuelve la situación con la autoridad del compadrazo, en dos palabras:

-"¡Evaristo, que no se diga, hombre! Vamos a dar ejemplo de buena educación. Dése por terminado el incidente, de resultas del cual usté a quedado, como un caballero."

—"No,—dice Evaristo—el pleito no se ha acabáo. Esto no me lo ha debido hacer a mí Dolé, sin mi consentimiento."

—"¡Mi alma,—protesta Dolé, gipiando—si tú quieres que me vaya, me iré! Pero mátame, mi negro... porque mi "santo" eres tú, y mi debilidad, y yo a quien quiero es a tí!"

—"Y en como vuelva a encontrarla en la cama con otro, la haré a usté también papilla, grandísima..."

--"¡No lo haré más, Evaristo!"

Capinche traía licencia para tocar tambor. Llegaron unos "tamboleros" amigos de los dos: y una ahijada de Dolé, con siete meses de embarazo en punta, que se había enterado del disgusto de la Madrina, y venía de carrera, para lo que hiciera falta.

A Evaristo, se le iba pasando la rabia...

A las tres de la madrugada estaban bailando.

El gallego bodeguero, oía arreciar el tambor, desde las trastienda. Las risotadas y la alegría irrefrenable de los negros. El calor y los mosquitos,—las chinches, que fielmente lo acompañaban desde la Península—no le dejaban dormir:

CUENTOS NEGROS

—"Estos morenos, ¡por mi madre! Todo lo arreglan bailando... Bailan para nacer, para morir, para matar... ¡Se alegran hasta con los cuernos que les plantan las mujeres!""

Murió de pasmo la santera, la negra lavandera que vivía con Capinche. Lo cierto es que murió de un "trabajo" que le hizo un mayombero. ¡Nadie muere de muerte natural! Contaba con enemigos entre la santería. Algunos de cuidado. Cuando le avisaron que habían oído mentar su nombre arriba de la "prenda", ya el "bilongo" lo tenía muy adentro y el "resguardo" que se nizo para el cuerpo, de nada le sirvió... Le habían cogido la delantera. Así es la brujería, guerra continua, en emboscada. Un clavo sacando a otro clavo, pero si el daño lo sazona y viene de un brujo que sabe su oficio, es muy difícil librarse; muy difícil. Por eso, boqueando, decía la santera:

—"Ya no me vale ni Santa Bárbara. ¡Ni un cambio de cabeza!"

Y se fué de esta vida miserable, dejándole a Capinche, un negrito de tres años, barrigón, ya gambado como él, que le bautizaron Dolé y Evaristo. Dos veces cruzaron sacramento: dos veces compadraban aquellos hombres... El negrito crecía al lado de Dolé, y Capinche pasaba los ratos que le quedaban libres, en el cuarto de su Compadre.

Ahora Dolé tenía máquina de coser. A Evaristo, el tabaco, le había picado el pecho: y muchas veces, que amanecía escupiendo sangre, días en que parecía que iba a quedarse, sin gota en las venas, no podía ir al trabajo. Dolé se había hecho costurera para ayudarlo; porque Dolé no era mala. Tenía corazón. Los "Santos", después de un "sarayayeo" que se le hizo a Evaristo, seguían pidiendo chivos, palomas, gallos, en sacrificio; y mandándole a comer mucho bisté crudo, a beber mucha leche batida con huevos: y el boticario, por su lado porfiaba que le curaba la tísis, con "patente" francesa de a centén...; Un centén que les costaba la medicina, y duraba tan poco! Capinche también proveía. Es decir daba cuanto tenía, todo. Por él no se quedaba su Compadre sin la "patente". Pero Capinche, que andaba sin mujer fija, sino que hoy una, mañana otra, y pasado, a lo mejor, ninguna, se iba enamoriscando de Dolé... Se enamoró de Dolé.

Un día no fué al muelle... Ella estaba sola, pespunteando en su máquina. Capinche se acomodó a su lado, y la miraba mudo; la miraba hinchando las narices. De repente, dijo Capinche abrazándola:

--- 'E cumari, mi cumari, qué me gusta mi cumari! Vamo a timbé, cumari?''

Dolé lo rechazó; se persignó. La verdad: a ella no le desagradaba su compadre... ella de buena gana. Pero... i y el sacramento? ¡El sacramento! Y los dos negros se quedaron confusos, temerosos.

-- '; Ay, Dolé, Dolé ¿por qué sacramentamos?''
-- '; Para adivino Dios!''

El cochino, antes de ser cochino, por fuera era igual que el hombre... Era un hombre. Ofendió a su madre. Ésta la maldijo... Se volvió cochino; cuatro patas, una barrigota, un hocico para

hocear la basura, un rabo como un garabato... Por dentro como un hombre.

El compadre que incurre en falta con su compadre,—Corpus Christi de por medio—sucumbe entre calamidades sin cuento. Atroz es su castigo. La comadre que se conduce aviesamente son su comadre, o con su compadre,—es igual—asiste a su propio entierro, verá como la comen los gusanos. Su alma pedirá misas durante siglos. Ahí estaba Cecilia Alvarado, de Arroyo Naranjo: veinte y dos días agonizando en pleno conocimiento, por haber traicionado a su comadre. (Se gastó un dinero que ésta le había confiado... y como para justificarse, habló de ella perrerías.) Habían hecho consejo de familia y acordado llevarle a la comadre, para que le perdonara el agravio. La Comadre a pesar de su concomio, perdonó, y ella logró morir tranquila, volviéndose a la pared. Pero... ¿si no la perdona? ¿Qué no la esperaba bajo la tierra?

Ni con el Sacramento, ni con los Santos se puede gastar chacota.

A un conocido de Evaristo, lo aplastó un carretón de mangos. ¿Por qué? Le había ofrecido un altar a San Lázaro, a Babalúallé, si le concedía una lotería. Ganó, cobró cien monedas; alquiló un puesto de frutas, se compró un caballo, un carretón... El resto se lo gastó rumbeando. Se le olvidó el altar de San Lázaro. San Lázaro le mandaba a decir por los caracoles: "que del altar que hubo... si se ha creido que yo soy muchacho, para jugar conmigo; que si no me cumple lo que me debe, se prepare a morir de mata muerte". Y el hombre remoloneando y contestando con guasita: --"Pues el viejo que se espere, ¿qué prisa tiene?" Lo espanzurró yendo al mercado el carretón de otro frutero, ni se sabe cómo.

¡En mala hora encompadraron Dolé y Capinche!

Y los dos negros se emberrincharon: se querían y no se atrevían...

Capinche llegaba a horas en que no estaba Evaristo. —''¡Ay, cumari, mi cumari, qué me gusta mi cumari! ¿Vamo a timbé, cumari?''—era su estribillo. Y Dolé hacía un gran esfuerzo: por fin vencía el temor y le recordaba el sacramento. Capinche bajaba los ojos, se mordía los labios, hasta sacarse sangre, y se marchaba maldiciendo

Un día Capinche le dijo a Dolé, mientras ésta forcejaba por librarse de los brazos del negro.

-- "Evaristo está cada vez más ético. Ya tiene la muerte en la cara."

--- "Cuando se muera, Capinche; espera que se muera. Entonces sí."

Y Capinche pensó: —'Puesto que mi Compadre se ha de morir, no importa que muera un poco antes. Penará menos.''

El Compadre se postró sin fuerzas; faltábanle hasta para incorporarse en la cama sin ayuda de alguien. Sin embargo, los ojos se le encendían de esperanza cuando Dolé llegaba de la carnicería, y le mostraba sopesándolos con orgullo, los trozos de carne roja, sangrienta. Pero ya no podía pasarlos. Comer fué lo más penoso, y cuando lo desgana terrible, lo venció de un todo,

aún seguía cifrando fé en las cucharadas de aquella "patente", infalible por lo cara. La reclamaba a todas horas y la bebía con un fervor doloroso; pero un día ya no hubo con qué comprarla, y Capinene aconsejó sustituirla por unas yerbas de negrería.

El Compadre, al declinar la tarde, sufrió un poco de ahogo. Tosió por última vez, una tos chica, de madera. Le molestaban las sábanas; le molestaban sus manos sin paz; quería ver la luz, luz grande, de mañana de hombre sano. Habló de levantarse; dijo que se iba de paseo al campo, al ingenio donde había nacido. Allí en el barracón, lo estaba llamando su madre. ¿Para qué lo querría? Todos sus parientes difuntos lo llamaban... Luego se sosegó, se adormiló. Debió quedarse muerto como un pajarito, porque Dolé no advirtió que hiciera ningún ruido. Fué a encender la lámpara de petróleo y se acercó para darle una taza de leche.

"¡Santo Dios, se murió Evaristo! Se apagó como una vela, pobecito; no molestó ni para estirar la pata. Así era él... Sufrido y callado. Mo-

derado también para morir. ¡Ave María Purísima, después de tanto empeño, tanto bisté, tanta rogativa, tanta patente de a centén! Cuando lo sepa su Compadre..."

Fueron al muelle con la noticia.

—''¡Dispense lo que tenemos que decirle, Capinche: que se murió su compadre Evaristo!''

Y corrió Capinche con todos los gastos del entierro. ¡Qué no ha de hacerse por un compadre! Si con él se bebió dulce, con él hay que tragar amargo.

Lo estaba llorando tan afligido, que verlo partía el alma.

—"¡Capinche, los hombres no lloran!"—y se secaba las lágrimas con un pañuelo a rayas coloradas, que era un recuerdo del mismo muerto.

¡Quién lo iba a decir, que tan pronto,—pero todo llega—un negro tan bueno como aquel Evaristo! En el barrio todos lo estimaban. Jamás ni un sí ni ni. Siemepre dispuesto a hacer un favor. Se ponderaban sus virtudes. Su buen sentido, su urbanidad. Sobre todo su urbanidad: ahora que los negros se habían vuelto tan pe-

rros, tan ordinarios, que ni daban los buenos días. Para criar bien a sus nijos, en el respeto, los africanos, bozales. Se maleaban los criollos, hijos de criollos. ¡Qué distinto los negros de corte antiguo, como Evaristo! Cuando en Cuba había aún señores y fiebre amarilla...

Y Dolé, desesperada, salía de un ataque de nervios para entrar en otro.

Ya Evaristo está tendido entre cuatro velas que lloran también. Ahora sí que no se le nota, lo flaco que se había puesto. No era más que huesos. Sin embargo...

--- '¡Qué buena cara tiene! Qué naturalidad...'

Llegan circunspectos, ceremoniosos, negros de su cabildo Congo Real; otros del Cabildo Pueblo Nuevo, del Santa Bárbara; los compañeros de la tabaquería, los estibadores que trabajan con Capinche, amigos de amigos, conocidos del muerto o de nadie, a hacer acto de presencia.

- -- "Acompañando en el sentimiento..."
- -- "Acompañando en el sentimiento..."

Todos los vecinos han traido sus sillas. Se sientan apretados, codo con codo, alrededor del cadáver. Se trajina a tropezones en la cocina, donde han abierto un catre, para acostar a las mujeres, que sufran ataques en el curso de la noche. Avanza Dolé tambaleándose como quien anda entre sueños.

Se despierta:

-"¡Aay, mi Evaristo!—le dice al cadáver—abri ojo, mi cielo. Mira a Dolé, mira a tu Compadre, mira a tu ahijado José... Mira "tó" Carabela que te acompañan... (Subiendo el diapasón) ¡Ay, Dió mío, Dió mío, ¿por qué me lo quitate, Señó? Amaneció vivito y coleando, con gana de paseá, y ya no me dice Dolé! ¡Ay, ay! ¡Que se me fué mi Evaristo! E que me pagaba el cuarto, mi negro que me quería. ¡Ay, mi negro ma bueno que el pan! ¡Ay, mi negro, se me acabó mi marío..."

Se estrecha al cadáver. Lo zarandea.

-"¡Hay que apartarla del muerto, que no lo vea más! Está como loca, es natural"—y las mujeres gritan como Dolé, a quien más, más. Dos o

tres a la vez, creen oportuno caer rígidas al suelo. Luego vienen las convulsiones, los espumarajos por la boca.

Un viejo, un "Bangoche", satisfecho de aquella explosión de dolor, que hace honor al velorio, le dice a Dolé:

—"Moana, vamo a rezá al cadaver..."
El coro:—"Vamo langaína, ainganso

Vamo langaína, ainganso..."

Dolé: -"¡Se murió!"

Coro: -"¡Vamo langaína, ainganso!"

Dolé: —"¿Tú te acuerda?"

Coro:. — "Vamo langaína, ainganso Vamo langaína, ainganso..."

Dolé - "¡Ay, mi Dió! ¡Qué dolo!"

Muy entrada la noche contaban historias de velorios. Había que divertir a los "carabelas"— y de paso al muerto—. Recordaba un criollo, el velorio de un negro de nación,—puro africano—allá en un cafetal de Pinar del Río.

—"Era un moreno guardiero, que murió muy viejo. Lo tendieron "en cueros", en un rincón del boliío, envuelto en una sábana. Los candeleros eran dos botellas de barro. Tenía la cara pintada con yeso... A las ocho de la noche, la negrada de la finca llenaba el bohío, que no cabía un alfiler. A eso de las once, compusieron un canto como es costumbre, para pasar agradablemente un tramo de la noche. "Tú te sientas aquí"—"Yo me pondré allí", y el que dirigía, con un tambor, y daba la tonada, se vistió un chaquetón. Empezaron con la cantaleta.

— "Soñando cabobolla, soñando cabobolla, soñando cabobolla, requetétén, quereketén..."

En eso se alza el muerto, haciendo que remaba como en una piragua...

—"¡Carabela tá levantá pa bailá tambó también!"—y el muerto baila, ¡ya lo creo que baila! Con su pañuelo blanco que le cierra las quijadas, y da los tres golpes frente al tambor, como cualquier vivo. Los criollos espantados, arrancan a correr. Los africanos, no; siguen bailando con el muerto... Así era antes. Hasta que el difunto volvió a envolverse en su mortaja, y esperó que lo llevaran a enterrar, muy serio y muy tieso, en unas parihuelas."

--- "Donde ve usté,--dijo sentencioso Capinche--que con tambor se levanta a un muerto."

Así a las cinco, clareando, ya estaban las moscas muy impertinentes... Ya trascendía a cadáver ligeramente. Se acercaba el momento: y renováronse los ataques y los lloros. Dolé juró que se iba a empapar las ropas en alcohol, y a encenderse con un fósforo, si se lo llevaban...

-"¡Da gusto ver lo bien que llora a su muerto! No se puede pedir más..."

Llamaron a Capinche para que la consolara. Cerraron la caja de pino pintada de negro, que no ajustaba bien: y al despedirse de Evaristo, Capinche, como era el compadre a quien éste más había querido, se tomó su medida con un cordel y echó el cordel dentro del féretro. Así crée el finado, que se lleva a su compadre, y no lo viene a buscar ni a embromarlo desde la otra vida. Las mujeres se quedaron todo el día jerimiqueando con Dolé, compadeciéndola, y siguieron después algunas ceremonias que se deben a los muertos.

Aquel Evaristo —requiéncantinpánche— quien había sido hombre de tan buen natural, apenas

se cerró sobre él la tierra, en crujiendo los pinos del cementerio, con el viento de la primera noche de su muerte, abandona su cuerpo putrefacto, y torna oscuro y turbado a la querencia de su rincón...

Allí están Capinche y Dolé. Capinche que se aprieta a las caderas de Dolé y dice:

-- '; Ay, cumari, mi cumari!, ¡qué me gusta mi cumari! ¿Vamo a timbé, cumari?"

Y Dolé que se niega y alega:

-- "Entodavía no, Capinche. ¡ No acabamos de darle tierra! Espera unos días más... Hay que tener precaución."

El ánima del muerto, que descubre como siempre, las traiciones de los vivos, se vuelve iracuuda, vengativa, malévola...

Y el alma de Evaristo les dice:

-- '¡Muy bonito! Así me guardan consideraciones... Vaya un luto: y éste era mi compadre, en quien yo tanto confiaba. No hago más que empezar a podrirme y..."

Dolé escucha ruidos inexplicables. Pasos alterados recorren la pieza, cuando está sola. Gol-

pes secos, de nudillos en las maderas. En la puerta, en la mesa, en las vigas; muy fuertes, de maza. Cuenta uno, dos, tres; y dan de prisa y tan repetido, que pierde la cuenta... Ondula la bata que cuelga de un clavo, y el aire sin embargo está parado. Se levanta una manga con voluntad de brazo. El bastidor de la cama chirría, cuando se va a acostar, cediendo a un peso que no es el suyo. Un frío se estampa sobre su espa!da. Se tapa y la destapan. Le dan un soplido en la oreja. Imperceptiblemente, como con disimulo, hasta tomar impulso, se mece el sillón de Evaristo. Cuando se consume la vela, la oscuridad se aprieta; la noche del cuarto respira angustiosamente. Nada duerme.

Le sacuden la cama, tamborilean unas uñas en la pielera. En el rasgar, reconoce la uña larga del torcedor de tabaco. Que la máquina de coser echa a andar tras de habérsele desplomado algo en las entrañas: rechina una cerradura y se abre en plañido extenso la hoja del armarrio. La verdad es que en aquel cuarto no se puede sosegar. Dolé despierta extenuada. Ya se inunda la habitación de

sol en los muros blancos, y se diría que alguien adrede empujó la mesa vieja que cojea de una pata y tiene una calza, que le suple los dos dedos que le faltan para estar a plomo: el jarrón que perdió el asa, donde refresca un manojo de berros, la botella del aceite-que se ha puesto rancio-y dos platos hondos y una mantequillera, de buena procedencia, azucarera en uso, caen al suelo con estruendo. Dolé nunca se sabe sola, a solas. Con frecuencia se vuelve vivamente porque siente a su espalda tenacidad de presencia. Ella no ve nada en la luz, preciso, ni en los juegos indefinidos de las sombras; pero siente. Oye clarisimo que la llaman: --"¡Dolé!"

En mitad de la pared pende, con inclinación vertiginosa a veces, el retrato de Evaristo, y en el cual, Evaristo tanto se admiraba... (Dolé lo endereza con el mayor respeto). Un Evaristo, —socio de honor—al difumino, de tres cuartos, con cuello y corbata, y leontina,—la corbata muy negra,—como estampada en humo. Parece un retrato del "Centro Espiritista"; y ya parecía el de un muerto, cuando Evaristo vivía. Dolé le tie-

ne miedo... y Capinche que la apremia, que la exige, que la fuerza a cumplir lo prometido.

—"Se acabó el perro, se acabó la rabia"—dice Capince—. "El muerto al hoyo y el vivo al pollo!"

Dolé se desnuda, pero sus ojos tropiezan con el retrato.

—"¡Por tu madrecita, no te propases!"... lloriquea Dolé retrocediendo espantada—. "¡Mira a Evaristo!... Su escupidera y su reloj de nickel. Lo mismo que si estuviera aquí, ¿tú crees que hay gusto así?"

Y tampoco pudo ser. Pasó un día más... A causa del maldito retrato.

Regresaba Capinehe de los muelles, con un cartucho de "alegría de coco" para Dolé. Encuéntrase a la puerta de su casa, gente aglomerada, y dentro, en la "accesoria", un bullidero de mujeres que cuchicheaban, visajeando y accionando. Una templando de prisa una taza; otra, sofocada, que arropa a Dolé, quien tirita de frío en su cama, con roncar de agonía; otra se asoma y le pide pre-

miosa, a alguno de los que están en la acera fisgoneando, que traiga un sinapismo y dos o tres frazadas, prestadas.

-"A mí me mandaron a buscarlo, como la otra vez''-le dice un mulato a Capinche, cediéndole el paso y empujándolo a la puerta-"pero no lo encontré"....

Dolé se había que jado de un frío que le subía en ramales al corazón. Le había pedido auxilio. por el patio a una vecina. Apenas le entendieron; unicamente-porque balbuceaba con tal dificultad, y se les desmayó en los brazos—, "que se moría", "que la muerte la helaba". Después de unas convulciones, en medio de las cuales, la negra parecía sostener una lucha desesperada, había caido en un estado de indiferencia absoluta. Creían que también se le había congelado el entendimiento, los cinco sentidos.

Le hablaban: —''¿Dolé, qué es eso, hija?''—y no respondía.

No hacía más que temblar, castañetear los dientes, y de tarde en tarde, abrir muy grande los

ojos, como buscando algo o pidiendo con ellos, angustiosamente lo que nadie acertaba a darle.

Ya tenía encima siete frazadas. Las que había en el barrio... y no entraba en calor. El frío, decía la buena vecina que le frotaba las piernas con un cepillo, la arropaba y la tentaba; era cierto, el mismo frío que emana de la muerte... Conoció un instante a Capinche, la moribunda. Aquellos ojos, dos luces intensas que escapaban al infinito, le mostraron el retrato de Evaristo. En el retrato, súbitamente, se apagó la mirada.

Los que estaban allí presentes se erizaron de terror: comprendieron que el muerto había venido a buscarla, que era él quien se la llevaba...

En su frío se heló el corazón de Dolé. No podía haber remedio...

-- '¡Qué no hicimos por salvarla, qué, dígame usté! Dolé a morirse, a morirse, a morirse más: y Dolé se murió. ¡Se nos fué de las manos, como si nos la hubiesen arrancado!"

Y todas se frotaban para entrar en calor.

En menos de una semana, Capinche perdió dos compadres. La desgracia llovía recio sobre su cabeza...

Capinche no lloraba; se mordía los puños, rabiaba contra la muerte; se volvió un energúmeno.

—"Consuélate, hombre"—,le decían por despenarle de algún modo; y él contestaba un "¡No!" como un rugido. Si el Juesto Juez, si Dios en persona, el blanco, con patilla y su ropón azul, hubiera bajado del cielo a darle explicaciones:

-"Mira Capinche, yo doy la vida; por lo tanto la quito cuando me viene en ganas. Tal ha sido mi voluntad..." lo batía contra el suelo, le arrancaba las barbas, le hundía las costillas con sus piés de orangután. ¡Que viniera Santa Bárbara con la maza, Cumabondo, y Ogbá con la espada, y Oyá con el rayo, y todos los santos negros! Pero éstos, lo mismo que el Dios blanco, tiran la piedra y esconden la mano. Nunca dan el pecho. Su placer es jugar con el hombre, como

el gato con el ratón. ¡Abusar con el poder! (Capinche odiaba, blasfemaba.)

Tendieron a Dolé, donde mismo habían tendido a Evaristo, corriendo la cama al medio de la habitación.

Velaron los mismos que habían velado a Evaristo. Pero estaban todos desmalazados, encogidos. ¡Había silencio! ¡Señor! Un velorio silencioso, sin la natural animación; triste, donde se pensaba seriamente en la muerte, que así en un santiamén, sin motivos aparentes, podía ocurrirle a cada cual, al más sano de todos. La vida -tan querida-tan insegura... un sueño. ¡Un préstamo, vaya! Y les agobiaba de pronto, la vieja novedad del descubrimiento. Además, en aquella muerte había algo "distinto", que ponía la carne de gallina. No era una muerte como todas las muertes. "No señó." Lo sabían tan bien, en lo más oscuro de sus almas, que no se atrevían a hablar de ello: ahí estaba el retrato de Evaristo, más cenizo, más vago, más lejano,-solo una corbata-imponiéndose y dominando la reunión

de los negros. Mas presente de lo que jamás lo estuvo él, vivo, en ninguna parte.

-"¡Ay, Capinche se ha vuelto loco de una locura muy mala!''—estalló al fin una vieja de mantilla, dando rienda suelta a sus nervios. "Aquí va a pasar algo. ¡José María, déjame salir!...''

Y lo que pasó fué ésto, ni más ni menos. Nadie podrá olvidarlo.

Que al decir la vieja, presa de pánico, "Capinche se ha vuelto loco", Capinche venía bufando y arrastrándose por el suelo, hasta los piés de la muerta.

- -"No alborote, póngase a llorar tranquila" -refunfuñó el otro viejo, José María, intentando aplacarla-"nadie se vuelve loco por una comadre muerta. ¡Se busca otra!"
- -"Yo me voy; no quiero ser testigo de lo que aquí se va a armar. Usté sabe muy bien, que los "Santos" están como un temporal sobre nuestras cabezas..."

Capinche era un animal horrible, una bestia del infierno.—Así lo vieron.—Babeando fuego, se dirigió a la muerta y a la concurrencia, respectivamente. Esta, como movida por un resorte, se puso de pie en expectativa...

Capinche:

-"Dolele no quié pondé Vamo a ilamá Dolé. Dolele no qué pondé... Dolé, endolé! ¡Dolé, Dolé, Dolé!

- --"; Dolé, Dolé, Dolé!"-corearon todos.
- —; Dolé no quié pondé

Vamo a llamá Dolé, Dolé, endolé!"

Le lamió los piés, las manos. (Ella le había jurado que aquella noche, a pesar del retrato...)

Algunos, en la obligación de compadecer y consolar, se acercaron al atribulado compadre...

--"Vamos a echar un trago en la bodega."

Se lo llevaron entre todos. Quizás eran los mismos que contuvieron a Dolé, cuando días antes, se había acercado a su muerto gritando: —''¿Ay mi marío, mi marío se me fué!"

Pero Evaristo dió un bote, los rechazó embistiendo, amenazándolos, moviendo la cabeza como si tuviera cuernos, dando a todos la ilusión de un torro bravo; y volvió a hincarse ante el cadáver. Agarrado a sus piés, gruñía ahora como un perro que defiende su hueso...

--"¡Dolé, Dolé, Dolé, Dolé!
¡Dolé no quié pondé!"

Deshizo el sudario. Se echó encima del cadáver. La estrujaba, la besaba en la boca, era una culebra revolviendo en el cuerpo de Dolé.

-- '¿Yo no se lo advertí, José María-dijo la negra encrespándose con el viejo-. ¿Cuándo ha visto usté que así se llore muerto?''

Los movimientos de Capinche eran muy lascivos...

--"; Ah, cumari, mi cumari, que me gusta mi cumari!

¿Vamo a timbé, cumari "...

lascivos al extremo que las mujeres horripiladas, se cubrieron los ojos con sus mantos; y las que no tenían mantos, se subieron las faldas a la cabeza. Los hombres se arrojaron con ímpetu sobre Capinche, dispuestos a empedirle por la fuerza de los puños, que realizara del todo su sacrílego intento...

Lo alzaron en peso; pero era una masa dócil e inerte lo que cargaron hasta el medio de la calle. El corazón de Capinche había dejado de latir.

Los vivos acabaron la noche en el vivac. A los muertos se los llevó la "lechuza", despreocupada y ligera: y no hubo quien derramara un poco de agua detrás de sus cadáveres malditos, ni quien rezara un responso por la paz de sus almas, que buena falta les hizo.

Y en la oscuridad sin límites, en la siempre noche:

- —"Dolé, ¿yo no te dije que si volvía a encontrarte con otro negro te hacía papilla? ¡Todavía, si no hubiera sido con mi compadre... me hubiera hecho de la vista gorda!"
- -"Es verdad, es verdad que tú me lo advertiste. Pero, Evaristo... tampoco yo podía desairar a mi compadre. ¡Ponte en mi lugar!"

LA LOMA DE MAMBIALA

No era secreto en el pueblo que el negro Serapio Trebejos, estaba dispuesto a todo, menos a ganarse la vida trabajando.

Para ello le sobraban pretextos, razones de vocación. Y como tenía labia y gracia, y le daba bien a la guitarra, a fin de cuentas, era difícil negarle lo que pedía: sobre todo, porque parecía que no pedía nada. Unas calderillas para la tagarnina y el aguardiente; lo que sobrara de las comidas, y de tarde en tarde alguna ropa vieja, gastada,—ya que no era posible andar sencillamente desnudo.

Vivía con su familia, casucho sin dueño ni cobrador, que dudando derrumbarse de una vez para siempre, en soplando fuerte el viento o arreciando un chubasco, se mantenía en suspenso. (Frente a la loma de Mambiala, donde el camino se tuerce al salir del pueblo, y baja como un reptil hasta la costa, entre palmeras.)

De limosna, bendito sea Dios, y sin más complicaciones, habían comido con bastante regularidad, él, su mujer y sus hijos; dos negras barrigonas, con las "pasas" revueltas y llenas de piojos; sucias, remolonas, siempre tumbadas en un catre cojo, ya en edad de merecer: y dos negros zancudos, harapientos, mataperros,—sin oficio, beneficio ni buena voluntad—. En realidad, gente con la cual no podía contarse para nada de provecho. Pero llegó una época muy mala, muy mala,—como nunca se pensara—y la comida se hizo chica para todos...

Al negro Serapio nadie lo socorría...

Nadie se acordaba de haberlo visto cortando caña, guataqueando un pedazo de tierra,—¡ni siquiera sembrando un boniato!

En vano se anduvo ahora improvisando décimas, tocando la guitarra, alargando el sombrero agujereado de cucarachas...

-"¿Por qué no trabajas Serapio? ¡Se acabó la sopa boba, la guaracha, negro manganzón!"

Y las buenas amas de casa, amantes de la justicia:

-- "Que le digan al negro, -- en la cancela, ¡no dejarlo entrar! -- que lo que hoy sobró es para las gallinas."

-"Perdone, hermano; pase otro día."

Así empezaron a sentir, él y su prole, los dolores del hambre.

La Loma de Mambiala, que no lejos se alzaba, de verde claro, felpuda y redonda como una naranja, estaba cubierta en el tope de calabazas. Calabazar sin calabazas. Era sabido; no daba frutos.

Hacía algunos días, que el negro y los suyos se acostaban sin probar bocado, y aquella mañana, que fué la de un Domingo de Ramos, Serapio despertó soñando, que estaba metido dentro de una calabaza, de la misma suerte que una criatura nonato, en el seno de la madre; y con todos sus dientes intactos, mordía en la pulpa, y la calabaza saltaba y corría rebotando y gritando:

"¡Socorro! ¡Guardia!"—que le hacían cosquillas; que se iba a volver loca...

-"¿Será un aviso del cielo?"-se preguntó el negro persignándose-. "¡Si encontraré hoy en Mambiala tan señora calabaza!"

Y después de contarle—muy confortado—el sueño a la familia, subió a lo alto de la loma, y estuvo mucho rato buscando con gran ahinco. ¡Hojas y tallos, y más hojas! En todo el tupido, peludo, trenzado calabazar, no había una sola, menguada calabaza: y no quedó sitio por registrar. Busca y busca, le dieron las doce del día; la hora en que otros hombres, se estaban sentando a almorzar.

Lloró Serapio, implorando a Dios y a Mambiala. Volvió pacientemente a explorar, mata por fata, de punta a punta, el calabazar.

-"Dámela, Mambiala, Mambiala, Ay, Dío, Mambiala!
Yo pobre, Mambiala,
Ay, Dío, Mambiala!

¡Yo se muere de hambre, Mambiala, Mambiala!"

Estaba ya rendido, pero antes de abandonar una última esperanza, se hincó de rodillas y alzó los brazos al cielo. Se acordó de una estampa que coutaba un milagro, y se puso a declamarle al cielo.

El cielo no le hizo el menor caso. No llovió sobre su cabeza ninguna calabaza. En el colmo de la aflicción se dejó caer de bruces. Cuando, después de haber llorado contra el suelo, todas las lágrimas de sus ojos, se incorporó para marcharse, vió a su lado una cazuelita de barro roja, en cuyos bordes, el sol rebrillaba como un oro húmedo. La más graciosa y juvenil, que ha debido salir nunca de manos de alfarero. Tan simpática, que sintió alegría y un deseo de acariciarla... Le habló como si fuese muy natural que ella le comprendiese, y aún más natural, que pudiese consolarlo.

-"¡Ay, qué bonita eres, y qué redondita y nuevecita! ¿Quién te ha traido aquí? ¿Algún desgraciado como yo, buscando una calabaza?"—y le preguntó, suspirando:—"¿Cómo te llamas, Negrita gorda?"

La cazuelita, moviéndose sobre sus caderas, con mucha coquetería, le contestó:

- -"Yo se ñama Cazuelita Cocina Bueno."
- --"El hambre me hace oir disparates"--pensó Serapio--. "¿Cómo te llamas? ¿Eres tú quien hablas, o soy yo mismo que soy dos, uno cuerdo y otro loco, y los dos hambrientos?"
 - -"Cazuelita Cocina Bueno."
 - -"Pues cocina para mí"...

Se hizo un rehilete en el aire la cazuela. Tendióse sobre la yerba un blanquísimo mantel, y en vajilla fina,—de plata cuchillos y tenedores—le sirvió un almeurzo exquisito al pobre, quien no sabía emplear otros trinchantes que sus dedos; pero que comió hasta decir, no puedo más, y bebió hasta sentir que la loma de Mambiala se bamboleaba...

Y fué que ésta se desprendió de la tierra; era un globo que se elevaba a suaves tumbos, por el hondo azul, y cada vez más alto, cuando el negro, asido a la hojarasca para no caerse, se quedó dormido... 150

Perdiendo el sol las fuerzas, con la cazuelita bajo el brazo, volvió a su casa.

Lo esperaba la familia, famélica. Apenas lo divisaron, empezaron a gritarle: —"¡La calabaza! la calabaza!" Pero él les hizo un gesto extraño, un gesto que ninguno le conocía,—por lo tanto difícil de interpretar—y que resultó negativo, cuando el negro estuvo junto a ellos. La consternación se pintó en la cara de aquellos sin ventura, quienes habían pasado un día más, a agua con azúcar, confiados en el milagro de Mambiala: y se revolvieron contra Serapio, acusándole de habérsela comido él solo. ¡Allá arriba, aprovechando que ellos no lo veían!

Sólo la madre, la vieja larga y enjuta, para quien todo era indiferente, no se movió ni alborotó, clavada en su taburete. El hambre la había vuelto de palo, o era de palo duro, la Mama Tecla. No hablaba nunca; si acaso confusamente, se gruñía a sí misma o daba contestaciones brúscas e ininteligibles, a algún ser que no era visible más que para ella, y que parecía molestarla con preguntas inútiles. Debían estar sin embargo, tan de

acuerdo, que probablemente, lo que Mama Tecla farfullaba, mirándolo de reojo, impaciente, y movienedo apenas el labio inferior que le colgaba con un cabo de tabaco apagado:

--- "No necesitas decirme nada: lo sé muy bien."

La mayor parte del tiempo, la vieja, en su rincón de miseria, tan muda y tan rígida, estaba sólo presente como un objeto, que expresaba, en su abstracción, intensamente... nada.

Y ninguno reparaba en ella; ya era mucho que se acordaran de pasarle,—si algo quedaba—las sobras del comistrajo. Los dedos largos y secos de Má Tecla, enrollaban los desperdicios, les daban la forma de una bola, y se los tragaba maquinalmente, sin tomarse el trabajo de gustarlos ni masticarlos, con una indiferencia, que entonces alcanzaba la perfección del desprecio...

-"Vayan a invitar a los vecinos, ¡Sí, señor; a hartarse con nosotros esta noche!"-ordenó el negro, mostrando la cazuela con orgullo: pero una de las hijas, la que tenía paperas, replicó:

-"; Hartarse con qué? ; Con ratones? ; Esto sólo nos faltaba! ; han oido? ; Mi padre se ha vuelto loco!"

Y no obedeció ninguno de sus hijos. Tuvo que ir Serapio a convidar la negrada del pueblo, a procurarse, como pudo y donde pudo, unas tablas y dos burros.

Unos para reir, otros por curiosidad, no se hicieron esperar los invitados: en fin, muchos que vieron la mesa armada, a lo largo del camino, y en mitad de la mesa, limpia de todo comestible, una cazuela pequeñita y vacía,—gente de buena fe—se declararon agraviados y querían marcharse sin aceptar explicaciones...

Trabajo le dió a Serapio reunirlos a todos en torno...

-"Banquete de camaleón", dijo Cesáreo Bonachea, el cojo que fué pailero, siempre de humor jaranero. "A abrir la boca, que entre mucho aire!"

Cuando Serapio, se dirigió a la cazuelita, con voz dulcísima y haciéndole "maforivale" (1).

- -"¿Cómo te llamas?"
- -- "Cazuelita Cocina Bueno."
- -"Pues cocinale a esta gente como tú sabes, linda."

Y no se habían repuesto de su asombro, que la cazuela había cubierto la mesa de platos, a cual más suculentos y apetitosos. ¡Qué pollos, qué guanajos rellenos, qué chilindrón!; jamones, embutidos, lechones tostados, viandas, frutas y dulces de todas clases. Todo excelente y sin medida. Y comió el pueblo entero y no hubo quien no se emborrachara con el vino delicioso, que fluía incesantemente de una fuentecilla que había en el fondo de cada vaso.

Y fué inevitable bailar toda la noche; todo el día siguiente con su noche.

Las comilonas se sucedían con la misma esplendidez, a toda hora, y así Serapio, de pordiosero,

⁽¹⁾ Saludo reverente que le hacen los negros de la regla "lucumi" a sus "aylochas" y "babalaos".

I 54

se convirtió en amado benefactor de la comarca. Llamáronle Don Serapio: aun sus más allegados sin darse cuenta. Y con el Don, el negro, a la par que su vientre aumentaba, (digno de leontina de oro y goterón de diamante) sintió, que algo nuevo se le entraba en el alma y le hablaba en un idioma, tan oscuro para él mismo, como el de los breves rezongos de la Mama Tecla: quien seguía clavada en su taburete, en su mismo mutismo, y mirándolo todo con los mismos ojos fijos, impasibles, duros.

En fin, aquello metió ruido y se supo en las cinco partes del mundo. Habló el papel periódico: y el Papa, ante la evidencia del milagro, se apresuró a mandar una encíclica a las calabazas, prohibiéndoles que hicieran otro más, sin su consentimiento.

En tanto a Mambiala, la dejaron calva los peregrinos.

Pero la suerte que cae de repente sobre el hombre humilde, raro es que no le traiga aparejada su perdición al mismo tiempo...

Porque vinieron los ricos a comer con Serapio, y a los postres, dijo uno de ellos:—uno que tenía la barba negra de charol, como los zapatos—:

CUENTOS NEGROS

- —"Te doy diez buenas caballerías ya sembradas de caña, por tu cazuela."
- -"No, señor"-contestó Serapio-"que caña le sobra a ella, y raspadura y melado, y todo lo dulce"...
- --"Yo"-dijo otro señorón, eruptando con elegancia---"te daría uno de mis cafetales."
- --"Yo"-dijo el dueño de la Compañía Naviera, negrero muy honorable—te daría, mi goleta "Gaviota", que no va por los mares otra más bella, con carga de ébano"...

Y estaba entre los ricachones, un millonario. -muy usurero-un tal Don Cayetano, Marqués de Zárralarraga,—quien por no perder ocasión de ganar dinero, vendía el pelo, los dientes, la grasa y los huesos de sus muertos—, haciendo cálculos y más cálculos, en su cabeza de roca, mientras comía...

--"Yo"-dijo Zarralarraga, soñando para si, el monopolio de la comida del mundo—"te

ofrezco...; ni un centavo más!, un millón de pesos por la Cocina Bueno!''

Cuando el negro oyó, "millón de pesos", salió corriendo a buscar un notario, y a poco lo trajo, por los faldones. Ahí mismo se redactó la escritura de venta: al final de un pliego con un sol, como un huevo frito, estampado y cruzado por una ciuta, Zárralarraga trazó su ilustre nombre en letra gruesa, terminada en punta, con rúbrica de tres curvas sujetas por la cintura.

- -"Firme V. Don Serapio."
- —"Es que yo no sé escribir" —dijo el negro, percatándose de ello por primera vez en su vida—"y ahora que me acuerdo, tampoco sé leer"...
 - -- "No hace falta. ¡Estamos entre caballeros!"

Y héte aquí que el documento era nulo. Que el Marqués de Zárralarraga, aquella misma noche, resbaló sobre una cáscara de mango, al bajor de su volanta, y se rompió la cazuela: que el negro Serapio,—él ya se veía de bomba y frustraque, con un tresillo de brillantes en cada dedo, y todos los dientes de oro; de día arrastrando coche,

la noche, dulmiéndola en colchón de plumas—, se quedó tan miserable como había nacido...

En el curso de los días, ahora muy amargos, pues fresco era el recuerdo del bien tan mal perdido, una mañana Serapio volvió a mirar hacia la loma de Mambiala... Tenía el estómago en un hilo.

—"¡Qién sabe",—le dijo Serapio a sus hijas, (las hijas que hubiera podido vestir de seda, y que tenía descalzas y andrajosas, mostrando fatalmente los traseros)—"quien sabe si Mambiala compadecida, nos hace otro milagrito! Si no encuentro una eazuela, quizá encuentre una calabaza"...

Subió a la loma: ya no había el calabazar. Algunas pobres yerbas, entre las piedras.

—"¡Ay, Dío Mambiala!
Mambiala, déjala Mambiala.
Yo pobre, Mambiala,
¡Ay, Dío, Mambiala!

¡Me muero de hambre, Manbiala, Mambiala!" y repetía su ruego gimoteando, sin esperar nada, cuando el dedo gordo de su pie derecho, tropezó con un bastón. Un bastón de Manatí.

- -- "¿Cómo te llamas?" -- le preguntó en seguida, abalanzándosele, radiante de alegría.
- --"; Señó Manatí, Buen Repartidor!"-contestó el bastón con bronca voz de hombrón de pocos amigos...

--"¡Pues reparte conmigo, Señor Manatí!"

Incontinenti, Manatí se escapó de sus manos: celoso cumplidor de su deber—; zúava, zúava, zúava!—lo molió a palos... y hubiera acabado con él, si el negro, después de descender a infalibles estacazos, media loma de Mambiala, no le dice entre golpe y golpe, escupiendo un pedazo de lengua, dos muelas y un colmillo...

-- "; Está bu-e-no Señor Manatí!"

El Manatí se detuvo repentinamente en el aire y vino apaciguado a colocarse a su vera, esperando órdenes muy quieto.

— ''¿Qué haré?—se preguntó el negro perplejo, contándose los chichones que tenía en la frente—. Este Señor Manatí, no sé si es prudente presentárselo a la familia... (¡Y sin embargo, buena falta les está haciendo!) Cuando lleve a casa a Cocina Bueno, todos se hartaron y cebaron: ni yo ni ella le escatimamos nada a nadie, i no es justo que compartan todos la paliza?"

Abajo en el camino real, la familia impaciente esperaba.

Habían prevenido a los vecinos y a los compadres. ¡Estaban muy seguros, se los decía el corazón, que su padre no volvería con las manos vacías!

- -"¡La cazuela, la cazuela!"-gritaron, al ver que se acercaba, andando de un modo extraño que no le conocían...
 - _''' Hay invitados a comer?''
 - --"Algunos."

—"; Anda a avisarle al Alcalde, al Juez, al Cura, al Notario: todas las autoridades! A aquel señor Zárralarraga, que me compró la cazuela.; No falte nadie, que habrá para todos!; Ah, niña... y el médico y el dueño de la funeraria!"

Se supo en seguida, que Serapio volvía con otro portento de Mambiala: lo cual demostraba a todas luces, que Dios protege dos veces a los vagos, y que no hay por qué desanimarse, sino tomar ejemplo... y pacientar.

Le aprestaron, como él dispuso, larga mesa en la carretera, mientras afluía un gentío ansioso de presenciar el nuevo hallazgo de Serapio.

Los ricachones, los notables, se presentaron de los primeros. Amarillos de envidia, ocuparon sus puestos. Zárralarraga en la cabecera.

La chusma, rodeaba la mesa, alborozada, prometiéndose banqueteo y luego baile, por todo lo alto. Serapio volvía a oirse llamar Don Serapio, cercado de halagos y sonrisas.

- ("—Pero no es cazuela... jum, que dicen que es bastón",—recalcó una vieja; y arrebujándose en su manto se volvió a su chinchal, acordándose que había dejado unos frijoles al fuego y podían quemarse.)
- —"Atención,—gritó al fin Serapio, colocando el Manatí en medio de la mesa.—No se mueva nadie."
 - -"¡Papá, yo quiero jamón!"
 - -"; Papá! ¡ Pollo!"-pidieron las niñas.

Se hizo un silencio de ojos muy abiertos, de alientos contenidos.

Serapio se alejó cuanto pudo.

Se trepó en un árbol. Pero nadie apartaba los ojos del bastón. Escondido entre las ramas, dijo Serapio, no sin que le temblara la voz un poco:

- -- "Al que está en la mesa... ¿Cómo se lla-ma?"
 - -- "Señó Manatí, Buen Repartidor."
- -- "Pues reparta, Señor Manatí, equitativamente."

¡Pákata! ¡Pákata! ¡Pákata! ¡Pákata!

Empezó la tunda. ¡Zúmba y túmba! Túnde Manatí... No se oyó más que pákata, pákata, pákata, pákata, rápido y seco, a un mismo tiempo en todas partes; sobre las cabezas sorprendidas, brotándoles instantáneamente estrellas de fuego. En menos de un segundo, los palazos en remolino habían barrido la turba, que escapó a diente de uña, llevándose su parte del festín en calderones.

Más recios llovieron los golpes sobre las costillas de los notables; tan pronto se volvía contra uno que estaba cerca, como arremetía contra el que estaba ya más lejos, huyendo a gatas con su vida... Caían en racimos unos sobre otros, las earnes abiertas, como granadas maduras, los huesos rotos. Y Serapio, entre las ramas, agitándolas de contentura, como su autepasado Mono, azúzaba...

—"¡Duro con el Alcalde, Señor Manatí, por tantas multas que pone! Duro, más duro y en la crisma ¡al usurero! A la Guardia Civil...; en los juanetes!

Patas arriba, la Autoridad, desbalazada y dando los últimos ronquidos, Manatí se entró en la casucha donde se refugieron los hijos del negro alrededor de Mama Tecla imperturbable, haciéndose ovillos. A cada bastonazo que le descargaba Señó Manatí, Mama Tecla le decía al otro.—a su amigo invisible—; abriendo un poco más sus terribles ojos blancos...

-"¡Ya lo sé, ya lo sé!"

La casucha compendió que era el momento preciso de venirse abajo...

Cuando Serapio los vió a todos exánimes,—al Marqués de Zárralarraga, con la boca monstruosa en diagonal, la nariz berengena, un ojo pendiendo como una lágrima, la cabeza de roca, un amasijo de sesos y astillas... sus cuatro hijos en pedazos, la vieja muerta, sentada tiesa en su taburete, entre los escombros,—y aún el glú-glú de la sangre, que se chupaba la tierra—recogió su bostón y se alejó del pueblo...

--"; Hemos exagerado un poco, Señor Manatí!"
Vagó sin rumbo toda la noche, apoyado en su
bastón, llevado por su bastón.

—"¡Ay, Mambiala. qué regalo espléndido me has hecho! No te pedí tanto, ¡Mambiala, Mambiala! Un pobre hombre como yo, que nunca quiso mal a nadie... ¡Abrirse paso a golpes por la vida! ¿Qué me queda ya? Mandar si quisiera... pero ni uno solo de aquellos parásitos que mantener..."

Amanecía. Rompían a cantar los pájaros en la aurora de los árboles. Se encontró sentado sobre el brocal de un pozo, que exhaló su guardada frescura, su olor de agua recóndita, de piedra húmeda que no toca el sol. Miró hacia adentro y el agua le hizo una seña.

—"¡Sí, dijo Serapio, es mejor descansar!" Dejó caer el bastón, y se echó después al pozo.

Este es el pozo de Yaguajay.

Las negras sabían la historia. Se la contaban a los niños, que iban por encanto de miedo a lanzar-le piedras al silencio del fondo. A escupirle la cara al agua. A mirar, a mirar sin cansarse nunca de mirar, el Alma del pozo; al Aliogado, que no alcanzaban ver, pero que los veía a ellos, hundiéndose más hondo.

De noche, el pozo, el Ahogado, los despertaba haciendo cantar las ranas en las cuencas vacías de sus ojos: y volvían en sus cuerpos de sueño, atraidos por el misterio intenso—por la delicia de miedo—a mirarlo, a romper de otra pedrada, el negro espejo sumido, la pupila redonda como un plato. A escupir, inclinándose peligrosamente, en su oscuridad, la tranquila presencia irresistible. ¡Pozo de Yaguajay en la noche! El Ahogado subía entonces en el agua inmóvil; de lo profundo silencioso, escalando el silencio.

Un sordo clapoteo que desleía las estrellas caidas, y todo el Ahogado, volvía en dos manos abiertas y desesperadas, subiendo por el olor de la Yerba Buena. Las habían visto las negras, que al oscurecer no se acercaban al pozo. Demasiado tarde para salvarse, demasiado tarde para que sus gritos se oyeran, solos en el sueño con el pozo, las manos que asomaban por las piedras del brocal, se apoderaban de ellos, frías y duras como las piedras, y los sumergían en el fondo pavoroso de innarrables secretos.

LA VIDA SUAVE

Un hombre haragán de nacimiento se unió a una mujer poltrona: no barría, no lavaba, no planchaba.

Tuvieron un hijo, que nació sin querer. Vivían felices sin hacer nada, nada que al cuerpo le diera pena. Dormir a pierna suelta, cantar y bailar, y los otros cargados de trabajos, andando el tiem po pero con fatiga, cáminito de la muerte, mientras a ellos no les faltaba nunca, por casualidad de qué comer.

Así llegó a viejo el hombre, sin amargura, sin darse cuenta: la mujer también, y el hijo se hizo un hombrón, un negro fuerte, altísimo, como un pilar de la noche.

Y no daba un golpe.

Decía siempre que estaba cansado, y "¿para qué?" y "¿qué más da?", iba por el mundo arrastrando los pies,—cuando no bailaba—. Lo mismo que su padre, lo mismo que su madre.

Este viejo haragán tenía un pariente de quién no se acordaba: como todo lo suyo, muy lejano. Y este pariente que no tenía padres ni mujer, ni hijos, ni hermanos, solo un pedazo de tierra muy bien sembrada, murió de repente. Sin agonizar siquiera.

Le tendieron los amigos, lo velaron y lloraron al uso africano.

(Le ataron un pañuelo blanco, como si al pobre le doliesen las muelas).

Dieron vueltas y vualtas alrededor de su cuerpo: "E careteyo vira, caretó. ¡Ay, careteya vira!" Rezaron Padre Nuestro y Ave María. Cantaron:

- --"Embámbálele, embámbálele y tú-tú bamba, embámbálele."
- -''; Ay, Imbarilla, ta amimian túmba, Aínbarillalla!' (Dios, mira; mi hermano de cuerpo presente.)

CUENTOS NEGROS

169

Contaron historias los viejos hasta que cantó el gallo, y con los jícaras de agua que derramaron detrás del cadáver, para que su espíritu se aventurara fresco por la otra vida, lo llevaron a enterrar.

El haragán que nada esperaba y lo aceptaba todo, se vió dueño de un campo en ciernes.

La novedad de poseer alguna cosa, al igual que tanta gente, hizo que durante unos días los haraganes creyeran que tenían gran quehacer: iban los tres a limpiar las siembras,—a mirarlas más que nada—y con ésto se quejaban de dolor en la cintura por exceso de trabajo. Pero muy pronto se cansaron. Tanto, que dejaron el campo en completo abandono.

Un día alguien les advirtió que los totíes se estaban comiendo los granos.

El viejo dijo: —"; Ahora mismo corro a matarlos!"

A la mañana siguiente mandó a su hijo, que fué con una escopeta prestada, y allí se tendió en acecho, boca arriba.

Empezaba a amodorrarse cuando llegaron los... mayitos. (No era Totí. Totí carga la mala fama y Mayito se llena el buche.) Una inmensa bandada de mayitos, con su jefe a la cabeza, quien no esperando encontrarse hombre alguno, y mucho menos a aquel gigante armado, dió tres saltitos títubeando; y el negro bostezó, se estiró dos veces cuan largo era, se puso a despegarse el sueño de los ojos, y apuntó al cabecilla con displicencia.

Su gesto iba a sembrar el pánico entre los ladrones—''¿qué va a pasar aquí?'' '¿hoy no se come?''—cuando rápido, el jefe fué a posarse en
una rama desnuda, frente al enemigo, y les dijo:—encantando al hombre, al cielo y a la tierra,
que oyeron purísimo:

--''|Tío! |Tío!

Tío, tío candenboca

tío candenboca

tío candembo furumina gandenbesú!"

Entonces los mayitos se dividieron en dos grupos, y el jefe guardó unos segundos de silencio pa-

CUENTOS NEGROS

ra decir con mucha dulzura,—una dulzura y tanta gracia—que obligó al negro a desviar la mira de su escopeta:

-- 'le chiérre néné...'
Chiérre néné, chiérre néné...'

Y apremiando leugo al enjambre de mayitos, continuó:

- 'Dió maní chácháchá
Dió maní chácháchá
Dió maní chácháchá
Chá, chá, chaá
Chá, chá, chaá
¡Cumpari coman!''

Y todos rompieron a cantar en coro haciendo la mañana esplendorosamente alegre; y el negro arrojó la escopeta, y con los espíritus del aire, de la luz y de las hojas verdes, se dió a bailar la música de los pájaros:

—"¡ Arillállá, Kinyánya! Kinllánllállá, Cumpari coman. Arillállá, Kinyánya!"

Al día siguiente dijo el viejo:

—"Venga esa escopeta mohosa."

Y fué, muy decidido a defender su hacienda.

La hora estaba fresca, buena para dormir. Llegaron los mayitos:

—"Tío, Tío, Tío, Tío!

Tío candenboca, tío candenboca.

Tío candenbo, furúmina gandenbesú

Ie chiérre néné, chiérre néné,

Chierre néné...

¡Dió maní, chá chá chá

Dió maní, chá chá chá

Dió maní, chá chá chá

Chá, chá, chaá

Chá, chá, chaá

Cúmpari comán!

Arillallá, Kinyánya, Cúmpari comán

Arillallá, Kinyánya!"

Una brisa jugaba en la frente del viejo haragán tendido en la tierra, los brazes en cruz, que le pesaban de bienestar.

LYDIA CABRERA

-"¡Qué bueno dermirse así,—pensaba el viejo—oyendo a estos pájaros cantar! ¡Blandito sea Dios!" (Y dejó que su alma se fuera a vagar con las nubes sin rumbo.)

Cuando despertó, echó mano a la escopeta. ¡Oh, los estragos que habían hecho los mayitos en lo que duró la siesta!—pero el jefe alerta, le atajó:

— "Ven acá, chéchéVen acá, chéchéVen acá, chéchéQue abukiá kéngue...

Manguáncha dale má, dale manguánche Que abukía kéngue Manguáncha dale má, que abukía...

¡Kitíkin!

—"¡Kitikín!"... Pegó un brinco de juventud el corazón del viejo. Arrojó la escopeta. Bailó hasta que la Noche vino, llamó a los mayitos imponiéndoles silencio y se los guardó todos en el pecho.

Y al otro día fué la vieja.

Vió su campo arruinado. Le dió mucha risa. Sin embargo cargó la escopeta, y el jefe la increpó:

-"Tú eres más chéché

Tú eres más chéché

Tú eres más chéché.. ¡que abukía kéngue!"

-- "Mayito, te voy a matar, le dijo la vieja. Pero antes tendré tiempo de bailar un poco... ¿Cómo no?"

Los mayitos cantando, la vieja bailando, dieron fin a su obra.

Ya no quedaba un solo fruto.

¡Nada!

Cerró la noche. La vieja miró al cielo; ¡al Gran Indiferente!...

Se encogió de hombros y se fué a dormir.

APOPOITO MIAMA

Era una mulata de ojos claros que tenía el pelo lacio; sandunguera —más retrechera que Ollá—, (1) sonsacadora de maridos, y siempre soltera. Enamoraba a los hombres, y los hombres por ella abandonaban a sus mujeres.

Este fué su placer y en ello cifraba orgullo.

Las casadas, que por usadas y feas no podían competir,—ni ilusionar—la temían más que al Diablo y la Viruela. La maldecían.

Y llegó una vez al pueblo donde ella vivía, un matrimonio de afuera, que parecía dichoso. Se instaló a dos puertas de su casa, casi frente por frente en la calle de la Cruz Verde, en el número 7, donde había un farol.

Juana Pedroso, negra achinada, carigorda—recibidora—, muy encomadrada y muy diligente, no tardó en ponerse mantilla y hacerle a la mujer visita de cortesía.

—"Juana Pedroso, para servir a Dios y a usted, y que viene a ofrecerle su casa, pobre pero honrada; bajando, la tercera a mano derecha: la de la cotorra que grita; Viva el Presidente!"— y a renglón seguido, creyó de su deber endilgarle a la vecina:

nir a este pueblo con ese negro tan lindo que se ha traido, y que Dios se lo conserve por muchos años con agrado. ¿No sabe que a la otra puerta vive la mujer que solivianta a los hombres? Le digo, vecina, la mulata de ojos verdes que no se quita del postigo, y siempre le está comprando al chino jabones y sederías... ¡Es muy parejera! Ya estará ella en remojo, afilándose los dientes y gandisiosa de su marido. ¡Cuidado vecina, tiene jiribilla!... No sea cosa que después diga que porqué yo no se lo dije... O que a mí se me quede en la conciencia clavado como una es-

⁽¹⁾ La Virgen de la Candelaria.

177

pina. Ahora mismo me lavo las manos. Esa individua separa cuanto matrimonio se tropieza en su camino, y no hay negro ni blanco a quien no revire. ¡Ay, mi alma! si no fuera porque da la casualidad, que por ahora yo no tengo marido, no estaría en este momento abanicándome tan a gusto en su portal, sino muy lejos de sus alrededores, que con mi oficio donde quiera me ganaría la vida. ¡Y el que no guarda lo suyo y lo amarra corto...!

"Pregunte, pregunte por Juana Pedroso, la comadrona, que no dice mentira, ni le gustan habladurías, ni cuando las cosas no van bien en el
vecindario, va ella a casa de nadie con "ñé-ñéñé", no sea que una mala lengua, que nunca falta, aventure que fué ella quien llevó "algo". No
la duerma con cuentos esa mulata cachorra y
pindonguera... A tiempo se la odvierto, vecina.
Que cuando venga (porque es muy entrometida),
¡"vecina, tiene un poco de aceite, que el mío se
acabó", "¡vecina, me presta una cebollita?", le
dé con la puerta en las narices porque es otra cosa lo que anda buscando la muy atrevida"...

Cerró ruidosamente Juana Pedroso su pericón de visiteo, y se puso en pie.

—"Con ésto se retira una servidora... Si no tengo para brindarle más que pobreza,—Orula (1) es pobre y todos lo quieren, y yo de la consideración en que me tienen vivo agradecida—, me sobra, hijita, un corazón, jun corazón, por mis santos se lo juro!, que no me cabe en el pecho, para darle un buen consejo"...

— "Mi negro y yo—dijo la vecina sin inmutarse, quien oyó con atención a Juana Pedroso—y la encontró muy fina, aunque un tanto redicha—estamos casados, sacramentados a estilo de blancos. Nos casó con cura la Señora nuestra ama, allá en la capital. Y...; con sacramento no se juega! Si se les falta, se sufre para morir, y en el hoyo, aunque sea debajo de una cruz, se morderá la tierra. Con que si la mulata se me lleva a José María... Mire, no le arrancaré el moño, ni armaré escándalo; pero juro que la haré andar hasta que encuentre a Apopoito Miamá!..."

⁽¹⁾ San Francisco de Asís.

Entonces Juana l'edroso,—cumpliendo su deber—fué de allí a contarle a la mulata, todo lo que la recién llegada le había dicho.

Ella entornó los ojos, se contoneó y se echó a reir.

-- "¡Pues ande a decirle, Juana Pedroso, que su marido ya es mío, con sacramento y todo!"

Y no pasaron muchos días sin que el hombre la viera-que parecía de ambar-en su ventana; sin que se le tropezara en la calle, con su pañuelo de burato rojo, y tanto tronía para moverse, y haciendo tanta música con las chancletas, y lo dejara envuelto y turbado en un olor de canela y jazmín,—que aquella mulata olía mejor que un cafetal-. Sin que se hablaran en la bodega, y allí la mulata lo enamorara y lo embaucara. No hay peor brujería que la de los ojos lindos. Así lo prendió mirándole muy hondo la mulata... Y el negro se puso triste. No iba al trabajo; no dormía, no comía. Ni fumaba su tabaco. Emperrado, pensando y pensando siempre en la vecina. Y ya no quiso más que a ella y su sabrosura.

La mulata triunfante al fin, se lo metió en su casa, y con ella lo tuvo encerrado una semana.

Decía Juana Pedoso, muy sofocada, corriendo de puerta en puerta, como una cucaracha loca:
—"¡Mi boca es un templo! ¡Un templo! ¿Yo no se lo dije a la oira, que al "chéche" se lo llevaba?"

Y aquel hombre era de buena condición... Cuando a la mulata se le pasó el capricho y lo echó de su lado, su mujer ya no estaba en el pueblo.

Dicen que él de allí se fué a un ingenio, y en el trapiche perdió los brazos.

Pasó un año...

Ya no lucía la mulata; ya no le compra al chino perfumerías, ni se pone a la ventana, ni daba en su casa el sol.

Se acabaron las medias de seda, los pañuelos de precio y las rumbantelas.

Quien la viera no la conociera. Se le cayó el pelo,—su vanagloria—porque era lacio, y cubriéndola hasta las corvas, brillaba igual que azabache; como el pelo de la Virgen de Regla

CUENTOS NEGROS

181

que hizo para el Cabildo Juan Kilate, con pelo de blanca, hija de blanca.

Perdió los dientes.

La juventud se le fué de los ojos y el baile de los piés. Todo lo bonito en su cuerpo se había muerto. Seca, flaca como bejuco de Altibisí.

- -- "Está lazarina" -- rumoraba la gente.
- —'Dicen que no la remedia ni el agua de San Pedro que le dió el congo de Barrio Azul: y eso que todo lo cura el agua de los santos''—aseguraban las vecinas que ahora podían ser compasivas, añadiendo:
- —'Castigo de Dios... por puta y jactanciosa de sus carnes, así está podrida.''

Con ella se iban también muriendo en su patio los helechos, las albahacas y las maravillas; la enredadera de coralillos que subía hasta el alero y la higuera retorcida que daba de almibar los higos.

No cantaba el canario... ¡Qué tristeza decían las gotas del tinajero!

Todo lo que a su lado había vivido con alegría, vivía sin vida, empañado, sumiéndose en desgracia.

¡El espejo, la luna que para mirarse entera le regaló aquel gallego rumboso de Rivadeo, —el almacenista dueño de "Las Cuatro Brisas", cuando la dejó para irse a España, a curarse del pecho con vino rojo,—se hizo como un agua turbia, jabonosa, una neblina donde se formaba y se deshacía la cara de una vieja en muecas horribles!

Cuando el sol caía a plano, en la calle de la Cruz Verde, relumbraban como si fueran a estallar de luz, los cristales del farol, y los muros encalados cegaban de blancura, las paredes de su casa, quedaban en sombra... La casa a todas horas, se hundía en una penumbra de atardecer cansado, que encogía el corazón. De ella nunca salía la noche, como si hubiera agonizante o tendido. Ni un ruido; una voz que se mezclara a las otras voces del vecindario.

Era la casa de la Mala Sombra,—de la muerta viva,—de la ventana cerrada.

No se supo cuando se fué la mulata del pueblo, ni nadie se acordaba de ella.

Andaba arrastrándose por los caminos del mundo; años, siglos, penando por los caminos solos.

Los árboles todos le negaron su sombra, huían de ella... El suelo se erizaba de púas, le mordía la planta de los pies. No hubo yerba ni blandura que no se le convirtiera en piedra. Frescura que no se tornara polvo. El sol se ensañó en sus espaldas, ulcerándolas, y la lluvia se hizo helada y afilada para penetrar en su huesos y dolerle más agudo. Padeciendo hambre, sin poder comer; muriéndose de sed, viendo correr agua, sin poder beber.

Cubierta de lacras, roido y recorrido el cuerpo de gusanos, camina y camina noche y día. buscando a Apopoito Miamá.

—"Apopoito MiamáApopoito MiamáApopoito MiamáApopoito Miamá

Y yo hiciere, a mi justiciere.

¡Con qué Mambelle, Mambelle, oh!"

Las bocas de los pozos hondos, no más le contestaron:

-"; Sigue, sigue tu camino!"

Y los caminos no tenían fin.

-- 'Apopoito Miamá
Apopoito Miamá
Apopoito Miamá
Apopoito Miamá

Y yo hiciere, a mi justiciere.

¡Con qué Mambelle, Mambelle, oh!"

Nadie la quiso enterrar, porque vieron que no estaba bien muerta cuando la tierra se negó a envolverla.

Era lunes de encenderle velas a las Animas, y de ponerles comida. "Maiz finado". Pasadas las doce, todos los perros de aquella noche le ladraron a la luna manchada de lepra.

Algunos viejos y las santeras vieron un fantasma que atravesaba la sabana... El aire que pasaba, quejándose y perseguido. Pero nadie tu-

vo el valor de oir lo que la luna pugnaba por decir, como en secreto.

-"¡Endumba picanana!", (1) clamó la vieja voz que vive en el fondo de los pozos y se extiende por el silencio como una culebra de tiniebla.

La cabeza inerme de Apopoito Miamá descansaba en mitad de la llanura sobre un fúnebre cojín de terciopelo negro, bordado con gruesos hilos de plata. La cabeza gigantesca y lívida de Mambelle.

—"Apopoito MiamáApopoito MiamáApopoito MiamáApopoito Miamá

Y yo hiciere, a mi justieiere.

¡Con qué Mambelle, Mambelle, oh!"

—"¡Acércate!"—le dijo a la mulata Apopoito Miamá, la cual juntando las manos y temblando, avanzó penosamente.

Entonces Mambelle levantó los párpados espesos, verdes,—de cera—que le pesaban mucho, y no vió más que el cielo: no sabía mirar de soslayo, y los ojos se le quedaron inmensamente abiertos; dos charcas ciegas de luna...

—"Sube a mi cabeza",—dijo Mambelle. Y la mulata obedeció, trepado como pudo, por las sogas gruesas que eran los cabellos de Apopoito Miamá.

"¡Yo hiciere, a mi ajusticiere!"

--"Ven al medio de mi frernte. Acércate a mi oreja, que te oiga bien."

La mulata no podía hablar: Mambelle no escuchaba más que el crujir de su miedo.

-- "¡Acércate a mi nariz, que te huela bien!"

Y la "Endumba picanana", tuvo vergüenza...

—"¡Acércate más, más!"

Mambelle abrió la boca. La noche eterna de bajo tierra, su fosa cavada... La mulata gritó:

-"; Morir no, morir nunca!"

Y la oyó un Cangrejo. El Cangrejo que todo lo había presenciado y en quien Mambelle, imposibilitado de mover la cabeza, no había repara-

⁽¹⁾ Mujer de mal vivir.

do... Tirándole con una tenaza, de un girón de la bata, la hizo vacilar y caer: la mulata en vez de hundirse en la boca de Mambelle, en la nada, rodó al suelo y se salvó.

Mambelle escupió de rabia. La saliva le cayó al Cangrejo en la cabeza; desde entonces no tiene cabeza y anda hacia atrás, por precaución, y lleva en el carapacho estampada una imagen que es la cara de Mambelle, de Apopoito Miamá.

Inmortal y sabio es el cangrejo; untó de sal y sol las bubas de la mulata y le volvió la alegría, la juventud y la gracia.

Eterna Endumba Picanana...

TATABISACO

Las mujeres se iban desde muy temprano a laborar la tierra. Sembraban maní, ajonjolí, arroz, yuca y ñame y quimbombó. Los hombres a la selva, a cazar.

Esta mujer labraba ella sola su campo en una margen de la laguna. Tenía un hijo de pocos meses que se llevaba atado a la espalda, como un fardo. En llegando a su campo se deshacía de él prontamente, lo dejaba a la sombra de algún matojo y se ponía a guataquear. El matojo se quedaba sin sombra, el sol empezaba a caerle a borbotones, en plena cara, al negrito; lo invadía todo abrasando. Lo picaban los mosquitos, las hormigas. Las moscas se le metían en la boca; se levantaba el viento y le llenaba los ojos de

polvo ardiendo. Lloraba todo el día. La madre nunca interrumpía su faena. No lo oía. El Amo Agua de la Laguna tuvo compasión del hijo de aquella mujer.

Una mañana la llamó desde la orilla. Era muy viejo, el pecho de lodo negro, verdoso; sus barbas se extendían por toda la superficie del agua.

— "Moana, (1) le dijo, dame tu hijo. Soy Tatabisaco, el Padre de la Laguna. Dámelo, lo cuidará Tatabisaco mientras trabajas. Cuando termines llámame y subiré con él."

La mujer le entregó el niño.

--"Tatabisaco, Tatabisaco, Tatabisaco, toma hijo."

No sabía hablar: no supo darle las gracias como era debido.

Desde aquel día, en cuanto llegaba a su campo, al amanecer, se asomaba al borde de la laguna—que dormía todavía—y llamaba a Tatabisco.

El viejo Padre Agua contestaba desde el fondo:

-"Tatabisaco, Tatabisaco, Tatabisaco,

Tatabisaco, Tatabisaco, Tatabiasco,
Tuá dila Moana a mé
Cuenda y bricuendé
¡Tatabisaco!"

Invisible le tomaba de los brazos a la criatura; la mujer no veía nada. Nada más que la transparencia del agua, sin color. Las primeras puntadas de los peces más pequeños, que cruzaban sus hilos imperceptibles en la superficie.

Se entregaba ella a su labor. Trabajaba sin descanso hasta ponerse el sol. Entonces Tatabisaco, a las voces que le daba, aparecía con el niño. La mujer volvía a colgárselo a la espalda y corría a su choza, sin detenerse a hablar con las mujeres que bajaban en grupos de sus campos.

Preparaba la comida. Llegaba el marido del bosque. Comían, y rendidos de fatiga se echaban luego a dormir pesadamente en sus tarimas.

La mujer seguía guataqueando, dormida. El espíritu del hombre se tornaba al bosque... Fantasma en los senderos de la caza, con su arco má-

⁽¹⁾ Mujer.

191

gico y su gran cuchillo, perseguía toda la noche los fantasmas alargados de los animales en fuga: cacería vertiginosa, del bosque a la esplanada del firmamento.

LYDIA CABRERA

Cuando la mujer echó en los surcos las simientes, le hizo regalo de un chivo a Tatabisco. Pero hablaba muy mal. No supo ofrendárselo con palabras justas. Le dijo:

--"Coma chivo con hijo tó."

Y el viejo se retiró muy ofendido en su corazón.

Así fué que aquella tarde, al acercarse la muje ra la laguna, llamando:

--- "Tatabisaco, Tatabisaco" -- y así llamó muchas veces—el viejo no acudió.

Aun era la tarde grande y clara, puro el azul. La laguna dejó de reflejar el cielo para ponerse, toda, color de encerrada tormenta. Y la mujer, muy lejos de comprender el enojo del agua, siguió gritando e impacientándose:

--"Tatabisaco, Tatabisaco, Tatabisaco."

Los juncos de la orilla, extrañamente, se retoralargaron ondulando, cieron—silbaron—y se

transformados en negras culebras venenosas; las piedras avanzaron solas, enormes cocodrillos con las fauces abiertas. Los Güijes, grises, llorones, —hijos de las lluvias inconsolables, de tristeza inmemorial-mitad de plumas, mitad de hilachas de agua de fiebre, le lanzaron señudos sus guijos, por tantas lágrimas afilados. Hirvió la laguna negre, roja de sangre. La voz de Tatabisco retumbó como el trueno:

> ¡"Ungué, wó! ¡Ungué, wó!"

Y la noche, torva, maléfica, subió de la laguna. Una noche de fango y de sangre.

La negra se encontró en el camino con las otras mujeres que volvían de sus campos.

"-El marido de la hermana menor de la Luna,—oyó que contaba una de ellas—le mató su hijo y se lo dió a comer."

En cuanto llegó a su choza, le cortó la cabeza a un carnero, lo metió en una cazuela y la puso a cocer, al fuego.

A poco apareció su marido, pidiéndole de comer, y ella comenzó a dar alaridos y a revolcarse por el suelo.

El hombre creyó que su mujer sufría de cólicos, o que la había mordido en el vientre, algún perro rabioso. Fué a acarrear un poco de agua del pozo, para calmarla. En tanto ella sailó a llamar a los vecinos, lamentándose y alborotando por todo el villorrio. La preguntaban qué había ocurrido, y redoblaban sus ayes y sus lloros, sin que nadie lograra comprender por qué se afligía a tal extremo.

Al fin se sacó en claro, que el marido de esta mujer, había metido a su hijo en una cazuela y puesto al fuego, asegurándole que no le sucedería ningún mal. Luego el hombre había tapado la cazuela, y su hijo había dicho:

¡"Ungué, wó! ¡Ungué, wó!"

parecido al trueno... y lo que había en la cazuela, era una cabeza de carnero: el hombre se iba a comer esta cabeza de carnero, que era la cabeza de su propio hijo...

Al escuchar todo aquello, también el hombre comenzó a dar alaridos y a revolcarse como un hechizado por el suelo.

Gritaron las mujeres y se mezaron las greñas, con la madre, que se hería la cara y los pechos; jóvenes y viejas se lamentaban en coro, llorando a lágrima viva. Los niños se apretaban contra ellas, espantados, y arreciaba el griterío. Pedían gimiendo que se ajusticiara al asesino de su propia carne, de sus propios huesos. Los hombres, los viejos, hallaron que ésto era justo. Pero el jefe tenía a aquel hombre en mucha estima. Era un buen cazador: nunca volvía de la selva con las manos vacías. Sabía atraer a los animales. Comprendía su idioma. Conocía el origen, las trastiendas de cada uno; y el canto que los cautiva de antemano, untado en la flecha. (Y todo esto dicen que se lo enseñó, por miel, el Pájaro Demonio de la Selva.) El jefe antes de tenir su cuchillo en la sangre de este hombre, quiso consultar a Babá, el Adivino. Este vivía a poco más de una legua, solitario.

Babá tenía una "prenda" que mandaba al Aire Grande y un cuerno de venado, que mandaba el Aire Chico: Aire Grande le traía intactas todas las palabras que se decían; Aire Chico le contaba todo lo que había visto. De modo que mucho antes de que viniese a buscarle el mensajero, ya él se había puesto en camino, y todo lo sabía.

--- "Este hombre es inocente" --- fué lo primero que dijo el Adivino.

No había manera de acallar al mujerío, que se había cubierto de cenizas y sentadas en redondo, llevándose las manos a la cabeza y a la cintura, balanceaban sus cuerpos a compás del llanto.

Babá ordenó que hicieran silencio, y oyeron como el ruido que hace lejos en la oscuridad un agua candalosa, al desbordarse.

El Aire Chico va y viene, y le dice al Adivino, que Tatabisco se hincha y se dispone a inundar la tierra, a arrasar los sembrados; que en su cólera el Viejo Agua, no perdonará a ningún hombre, que todos perecerán ahogados, porque subirá hasta las últimas ramas de los árboles más

altos. Y el Adivino manda a Aire Grande que contentga las aguas, y vaya disuadiendo al viejo de su propósito: escoge doce chivos y doce cabras y se los lleva a todos, hombres, mujeres y niños, a la laguna, y allí hacen un "ebbó" (1); y es la media noche.

Babá, desnudo, se pasa por el cuerpo una paloma blanca, se purifica y purifica... Luego, llama tres veces:

— "Tatabisaco, Tatabisaco, Tatabisaco, Tatabisaco, Tatabisaco, Tatabisaco;
Tuá dila Moana a mé
Tatabisaco, Moana y tuá dila mé
Tatabisaco, cuenda y brincuendé
¡Tatabisaco!"

Echó a flotar una calabaza, que se dirigió al medio de la laguna, y allí se detuvo.

"; Ungué, wo!"

respondió Tatabisaco.

⁽¹⁾ Purificación.

CUENTOS NEGROS

El Adivino metió a los doce chivos en el agua. Nadaron hacia el medio de la laguna y allí se hundieron.

"¡Ungué, wó!"

volvió a decir Tatabisaco.

El Adivino mandó después las doce cabras, que desaparecieron en el mismo punto que los chivos.

Dijo en el fondo Tatabisco:

—"Tatabisaco, túa dila Moana mé,
Tatabisaco, cuenda y bricuendé
Tatabisaco, cuenda y brincuendé
Cuma imbinbo yo, yo!"

Ante la tribu sobrecogida y muda, apareció el Viejo, las barbas resplandecientes de plata viva, de peces despiertos; porque al mismo tiempo brilló la luna.

El negrito dormía en el hombro del Padre Agua; dormía acunado en la noche grande, ya serena.

Tatabisaco dijo que se daba por desagraviado, que no les harían ningún daño.

Le extendió su hijo a la mujer, que no se arevió a tomarlo, ni a levantar la cabeza del suelo.

El Cazador se llevó a su hijo. El negrito dormía... Y ella, la mujer escondiéndose como un animal entre las sombras, como un animal que va a morir, se fué muy lejos—y para siempreno se supo nunca adonde...

CUENTOS NEGROS

ARERE MAREKEN

La mujer del rey, que ara muy bella, parecía doncella. El rey la quería siempre a su lado, pero ella iba al mercado todas las mañanas. Mientras se vestía el rey le estaba diciendo: —"Arere, no dejarás de cantar. Arere, no dejarás de cantar." Este rey era celoso, porque Arere parecía doncella y él empezaba a ser ya viejo.

Este rey tenía una piedra que el mar le había dado. Cuando Arere cantaba, cantaba la piedra con la voz de Arere y el rey guardaba el canto en el hueco de su mano.

La reina se iba cantando a la plaza con bata de cola muy larga, muy blnca y la cesta al brazo: la reina Arere cantaba así: "Arere Marekén, Arere Marekén,
Arere Marekén, cocho ví, cocho vá
Arere Marekén; ¡rey no pué estar sin yo!"
Corriendo como una nube, llegaba al mercado:
"Arere Marekén, Arere Marekén,
Arere Marekén, cocho ví, cocho vá
Arere Marekén; ¡rey no pué estar sin yo!"
Llenaba su cesta de muchos colores: corriendo

Asomaba Arere: la mañana, la calle, todo se/alborozaba, pero nadie, nadie se atrevía a mirar-la de frente, si no era Hicotea: Hicotea que estaba enamorado de la mujer del rey, de Arere Marekén.

y cantando volvía al palacio, y ya el rey se im-

pacientaba.

Un día por el camino sólo venía la reina...

Hicotea, escondido en un matojo, ya oía el oro de sus manillas y un oleaje de enaguas y volantes como camelias dobles: ya estaba de vuelta la reina cantando:

"Arere Marekén, Rey no pué estar sin yo!"
(Y el rey, atento, en su palacio.)
Hicotea salió a su encuentro.

-"Reina, el mismo Dios te bendiga!"

Arere tuvo miedo, pero dejó de cantar para decirle:

-"Gracias, Hicotea!"-y luego-"; qué imprudencia! Si el rey lo sabe..."

-- "El rey lo sabe y me matará" -- y le cerro el paso ... "Espera un poco; que te gocen mis ojos, Arere, y nada más..."

Hicotea era joven; Arere no podía dejar de sonreír.

"Arere Marekén, Arere Marekén,

Arere Marekén, cocho ví, cocho vá

Arere Marekén; ¡rey no pué estar sin yo!''

- -"Adiós, Hicotea"...
- --"Arere, un poco más"....

En la mano del rey, se fué apagando el canto. Después Arere corrió mucho y el corazón le temblaba; temblaba en el canto, temblaba en los dedos crispados del rey, su dueño.

-- '¡Arere! ¿Por qué callaste, Arere Marekén?"

-- "Hoy el camino estaba lleno de charcas. Me recogí la cola. Por cuidar de no mancharla, rey, me olvidé de cantar."

CUENTOS NEGROS

"Arere Marekén, Arere Marekén, Arere Marekén, cocho ví, cocho vá Arere Marekén; ¡rey no pué estar sin yo!" El rey estaba atento en su palacio.

Por el sendero solo, ya la reina volvía de la plaza, entre el revoloteo de sus palomas blancas de percal: otra vez Hicotea la detuvo; otra vez Arere dejó de cantar.

-- '; Arere! ¿Por qué callaste, Arere Marekén?"

- 'Hoy perdí una de mis chinelas nuevas, rey. Buscándola, me olvidé de cantar."

"Arere Marekén, Arere Marekén, Arere Marekén, cocho ví, cocho vá Arere Marekén; ¡rey no pué estar sin yo!" El rey estaba atento en su palacio.

Hicotea en la emboscada. Arere venía corriendo, corriendo como una nube. (Y los guardias del rey, la seguían a distancia.)

Hicotea besaba los pies de la reina.

—"Ven, Arere: se ha secado el rocío... ya la yerba, tibia, huele a sol."

Y la mano del rey se heló de silencio.

Pero llegaron los guardias, se apoderaron de Hicotea, se lo llevaron al rey que lo vió mozo y dijo:

-"¡Muera a palos!"

"Arere Marekén, Arere Marekén"...

Aquella mañana murió Hicotea de tantos palos que el rey mandara: y la reina lloró, pilando maíz, tostando el café...

Por fin llegó la noche, con la luna lunera, cascabelera. Hicotea—todo en pedazos—, resucitó.

¿Y quién diría que su cuerpo no era áspero, sino duro, liso y suave?

Tantas cicatrices, por el amor de Arere, de Arere Marekén.

EL LIMO DEL ALMENDARES

El Alcalde dió un bando proclamando, que en todo el mundo no había mulata más linda que Soyán Dequín.

Billillo, un calesero, quería a Soyán Dequíu, pero nunca se lo había dicho por temor a un desaire: que si ella era linda, pretenciosa, resabiosa, él no era negro de pacotilla.

Hubo fiesta en el Cabildo, en honor de Soyán Dequín. Fué el Alcalde. Y Soyán Dequín, reina, pavoneándose. Arrollando con la bonitura. Y baila que baila con el Alcalde.

A Billillo ésto se le hizo veneno en el corazón. Sin querer mirarla tan fantasiosa,—porque desprecio no repara—se le iban los ojos detrás de su brillo y su contoneo: y siempre la encontraban con el blanco, paliqueando o de pareja.

Contimás, cariñosa.

¡Caramba con la mulata! que debió haber macido para untarse esencias y mecerse en estrado. Era de ringo-rango. ¡Y con aquel mantón de seda que coquetea, y la bata de nansú, buena estaba la mulata, buena estaba Soyán Dequín en su apogeo, para querida de un Don! ¡Y a echárselas con los negros de lirio blanco!

Billillo afiló su odio.

Para no desgraciarse dejó la fiesta: y los demonios se lo iban llevando por las calles oscuras. Y el cornetín, allá en el Cabildo, tenía a la noche en vela. Y Billillo,—ya Dios lo haya perdonado—fué donde el brujo de la Seiba, que vivía metido en la muerte y solo se ocupaba de las malas obras.

Soyán Dequín dormía las mañanas con señorio. Ni los ruidos de la calle tempranera, ni la rebujiña del vecindario en el patio común, le espantaban el sueño. Hasta muy sonadas las once, no pensaba en levantarse: y por su cara bonita, nunca hacía nada. Era su madre,—planchadora inmejorable—quien trajinaba en la casa, y quien ganaba el sustento: ella al espejo o en la ventana. ¡Zangandonga!

Soyán Dequín volvió del cabildo de madrugada. Y no se acostó. A la hora de las frutas y las viandas, cuando la calle se llenó de pregones, y el chino vendedor de pescado, llamó en el postigo, Solán Dequín le dijo a su madre:

- --"Dame la ropa sucia; voy a lavar al río."
- --"¡Tú tan linda, y después del baile lavando la ropa!"

Pero Soyán Dequín, como si alguien invisible, se lo ordenara susurrándole al oido, gravemente repitió:

-- "Sí Mamita, venga la ropa: "hoy", tengo que lavar en el río."

La vieja, que se había acostumbrado a no contrariarla en lo más mínimo, hizo un lío de toda la ropa que había en la casa, y se lo entregó a

su hija, quien se marchó llevando el burujón en la cabeza.

Y dicen, que el sol no ha vuelto a ver criatura mejor formada, ni más graciosa, ni más cimbreña,—la brisa en su bata, y por nimbo la mañana—, que Soyán Dequín aquel día, camino de Almendares. Ni en todo el mundo ha habido mulata más linda que Soyán Dequín: mulata de Cuba, habanera, sabrosa; lavada de albahaca, para ahuyentar pesares...

Donde el río se hizo arroyo, y el agua se hizo niña, jugando a flor de tierra, Soyán Dequín desató el lío de ropa, y arrodillándose sobre una piedra se puso a lavar.

Todo era verde como una esmeralda; y Soyán Dequín se fué sintiendo presa, aislada en un cerco mágico: sola en el centro de un mundo imperturbable de vidrio, circular.

Una presencia nueva en la calma, la hizo alzar los ojos, y vió a Billillo a pocos pasos de ella, metido en el agua, armado de un fusil e inmóvil como una estatua. Y Soyán Dequín tuvo miedo:

miedo al agua niña, sin secreto, al silencio, a la luz; al misterio, tan desnudo de repente...

-"¡Qué casualidad, Billillo, encontrarte aquí! Has venido a cazar, Billillo? Billillo, anoche en el baile te anduvieron buscando Altagracia y Eliodora, y María Juana, la del Limonar... Y yo pensé Billillo, que bailarías conmigo. Billillo... no te lo digo po falacia, nadie borda el baile en un ladrillo como tú."

Pero Billillo no oía, ausente de la vida. Tenía los ojos fijos, desprendidos y vidriosos de un cadáver. Sus brazos empezaron entonces a moverse rígidos y lentos; como un autómata cargaba el fusil y disparaba al aire en todas direcciones.

-";Billillo!"

Soyán Dequín quiso huir. No pudo levantar los piés: la piedra la retuvo... El lecho del arro-yo, de tan poco fondo, y donde los guijarros, al alcance de la mano, brillaban como las cuentas azules, desprendidas de un collar de Yamayá; se iba ahondando: el agua límpida y clara que an-

tes jugaba infantil a flor de tierra, se tornó grande, profunda y secreta.

La piedra avanzó por sí sola, llevándose cautiva a Soyán Dequín, que se halló en mitad de un río anchuroso, turbio, y empezó a hundirse lentamente.

Tan cerca, que casi podía rozarlo, Billillo seguía inmutable, cargando y disparando su fusil a los cuatro vientos: y el agua no se abría a sus piés, insondable, para tragárselo como a ella, poco a poco.

—"¡Billillo!—gritaba Soyán Dequín—¡Sálvame! ¡Mírame! Ten compasión de mí. Yo tan linda... ¿cómo he de morir?"

(Pero Billillo, no oía, no veía.)

-- "¡Billillo, negro malo, corazón de piedra!" (Y Soyán Dequín se hundía despacio, fatalmente.)

Ya le daba el agua por la cintura. Pensó en su madre y la llamó...

-"¡Soyán Dequín. Dequín Soyán! ¡Soyán Dequín, Dequín, duele yo!" La vieja que estaba planchando con arte, pecheras blancas de mil alforzas, tembló toda de angustia.

-- '; Soyán Dequín. Dequín Soyán! ¡Soyán Dequín, Dequín, duele yo!'

Se lanzó a la calle desesperada, medio desnuda, sin echarse a los hombros su pañolón; fué a pedir auxilio, llorando, a las vecinas. Llamaron a un alguacil.

-- "¿ Quién ha visto pasar a Soyán Dequín? ¿ Soyán Dequín, que iba al río?"

Recorrieron las dos orillas del Almendares.

La vieja seguía escuchando los lamentos de su hija, en la celada del agua.

--'; Dequín! ¡Duele yo!''...

También la oían altora las vecinas y el alguacil. Todos, menos Billillo.

Ya Soyán Dequín sólo tenía la cabeza defuera.

—"¡Ay, Billillo, esto es bilongo! (1) Negritillo, adiós... Y yo que te quería, mi santo, y tú

⁽¹⁾ Maleficio.

que me gustabas, negro, y no te lo daba a entender por importancieso. Por no sufrir un desaire!"

Billillo pareció despertar bruscamente de su sueño. Un sueño que hubiera durado mucho tiempo o toda la vida.

El río había cubierto totalmente a Soyán Dequín: flotaba su cabellera inmensa en el agua verde, sombría.

Rápido Billillo, libres todos sus miembros, la asió por el pelo; tiró de ella con todas sus fuerzas.

La piedra no soltó su presa... Billillo se quedó con un mechón en cada mano.

Tres días seguidos, las mujeres y el alguacil, buscaron el cuerpo de Soyán Deequín.

El Almendares lo guardó para siempre. Y aseguran.—lo ha visto Chémbe, el camaronero,—que en los sitios donde es más limpio y más profundo el río, se ve en el fondo, una mulata bellísima. que al moverse dilata el corazón del agua.

Soyán Dequín en la pupila verde del agua.

De noche, la mulata emerge y pasea la superficie, sin acercarse nunca a la orilla. En la orilla, llora un negro...

(El pelo de Soyán Dequín, es el limo del Almendares.)

CUENTOS NEGROS

SUANDENDE

El celoso. El hombre que penabadormido y despierto porque tenía un pulpo en el corazón, huyó del pueblo con su mujer. Joven, ella.

Fué al monte: plantó su casa en lo más escondido. (Ya está seguro.) Ahora, él solo con su mujer. Como la yedra.

Hermanado a los árboles vivía en paz.

Año va, año viene sin llevar ni traer.

El hombre está fabricando trampas para pájaros. Un día de verano, de fuego blanco el cielo, la mujer fué sola al río. Y se apagó el sol que traía prendido en el cuerpo y estaba jugando con el agua, cuando la vió un hombre, que venía de muy lejos, siguiendo la orilla del río.

Era un tímido. Se llamaba Suandénde y de ofi-

cio tinajero. (Ocultó la cara entre las manos y la miraba por las juntas de los dedos.)

También lo vió ella, y muy inocente—indecente—, salió del río que la cubría un poco hasta la cintura.

El tenía vergüenza. Ella, no.

El hombre dijo:

—"¡Allállabómbo, Allállabón! Yo vá pasá.

¿Se pué pasá?"

La mujer contestó:

—"Sí señó, Allállabómbo, Allállabón Uté pué pasá…"

El hombre adelantó un paso.

--"¡Allállabómbo, Allállabón! ¿Se pué mirá?"

Y la mujer, haciendo brillar sus joyas de agua, rotas.

--"Sí señó, ¡Allállobómbo, Allállabón! Uté pué mirá."

CUENTOS NEGROS

-- '; Llállabómbo, allállabón!
¿Y me púo acecá?''

-- '; Allállabómbo, allállabón! Uté se pué acecá!''

Iba a su encuentro con la misma suavidad que llevaba la corriente.

Estaban muy cerca uno del otro.

El dijo:

-- '; Allállabómbo, allállabón!
¿Se pué tocá?''

Y ella:

—"¡ Allállabómbo, allállabón! Uté pué tocá."

El hombre la acarició.

-- '¡Ay, llállabómbo, allállabón! ¿Sí se pué besá?''

La mujer le ofreció su boca.

-- "Ay, ay! ¡ Allállabómbo, llállabón! ¿Se pué abrazá?"

La mujer abrió los brazos.

-- '¡Sí señó, llállabómbo, allállabón! Uté sí pué abrazá...' (Se la llevó detrás de unas cañas bravas.)

Y el agua casta...

Cuando levantó la brisa, la mujer volvió cansada del río. Muy débiles las rodillas. La mirada muy blanca.

El celoso despertó a la media noche.

El monte estaba henchido de luna. Abriendo, las flores de castus, milagrosas.

Requirió de amor a su mujer, que lo rechazó, y jurando que estaba muy enferma...

A día siguiente, el celoso la acompañó al río, porque ella dijo que el baño era bueno para aquellos males, y ya el hombre había acabado de armar todas sus trampas.

Mientras la mujer se desnudaba y se entraba en el agua, el hombre la consideraba tendido en la orilla:—crujieron sin viento unas cañas bravas.

Se dijo:—"Mi mujer está enferma", y quiso pensar en otra cosa; pero el deseo crecía en el calor inmenso. Fué a su mujer, y ella se le negó.

La tenía asidas las muñecas, diciendo en fuego:

—"Yo quiero, yo quiero", y la arrastraba de por fuerza.

Ella dijo:—"Espera un poco", y le habló al oido.

El hombre se quedó atónito.

--"¿Aquí en el río?"

--"Ayer,-dijo la mujer cruzando las manos. ¡Se m ecayó!"

Entonces el hombre, doblándose de pena, la voz en pedazos, le preguntaba al agua:

-- '; Ay! ¿Cómo fué? ¿Cosa dúce de mi mujé, se pedé?

¡Ay, ya pedé, cosita dúce mi mujé!"

Ella quiso darle ánimos; y advertirle a Suandénde.

-- "Mi marido vamo a bucá...
Suandénde, Andende súa
¡Ya pedé!"

Y se pusieron a mirar entre los guijarros y los juncos. El hombre retiraba una corteza, un poco de limo o una hoja, y se lo mostraba.

-- "Cosa dúce ya pedé,

Mi mujé, mira a vé si ese é."

—"Suandénde, Andende súa

Así no é..."

Le propuso que cada uno buscase en dirección contraria, y el hombre se fué al río abajo, y ella, retrocediendo:

—"Suandénde, Andende súa, Mi marido registra pá allá."

Se iba aproximando, pasito, a las cañas bravas.

El hombre se alejó enturbiando el agua, escrutándolo todo desesperadamente, quejándose:

> -- "Cosa dúce de mi mujé ¡Ya pedé! Cosa dúce...; Se pedió!"

Suandénde salió de su esconditee. Rodeó la cintura de la mujer, quien todavía,—mientras se complacía—gritó otra vez:

—"Mi marido, búca pá llá..." —"¡Ay, Dió mío, ¿cómo fué?"

Suandénde, el tinajero, se llevó del monte a la mujer. Volvió con ella al pueblo.

Y todos se rieron del hombre que quiso ser como la yedra.

Es triste...

¡SOQUANDO!

Gorrión, que era un bambollero, reunió a todos los miembros de su especie. Llamó a Buey, con quien andaba siempre de pique y en tiquiriquití, y le dijo:

- -- "Les voy a cortar a todos la cabeza. Después se las vuelvo a poner."
 - --"No, dijo Buey. Tú no puedes hacer eso."
 - --"; Pst! Nada más sencillo. Vas a verlo."

Los gorriones confabulados formaron una hilera interminable. Eran todos los gorriones de Cuba, y no faltaba uno.

__'', Listos, señores y señoras?''

Gorrión, machete en mano, se acercó al primero de la fila, que alargó el cuello tranquilamente. Empezó la carnicería.

Y Buey, con atenta estupidez, vió que en efecto, Gorrión, decapitaba uno a uno, a todos sus semejantes.

-- "Eséquere Uán.; Soquando! Eséquere Uán.; Soquando! Eséquere Uán...; Tú Ale?" (1) le gritaba al Buey mostrándole cada cabeza que cortaba.

Cuando terminó, con la mayor rapidez y limpieza del mundo, aquella siega inconcebible, Buey dijo:

- --"Muy bien: me consta que has muerto sin piedad a tus hermanos. Pero dudo mucho que les devuelvas la vida."
- —'; Ahí está la gracia!—contestó Gorrión muy contento. Y a toda prisa empezó a colocar las cabezas tronchadas en sus cuerpos correspondientes. ¡Y a contar todos los gorriones revividos!

(Eran montocitos de plumas lo que había cortado: los gorriones escondieron la cabeza debajo del ala.)

⁽¹⁾ Lo ves!

Ante la evidencia, Buey quedó convencido y muy admirado.

Ahora Buey congrega a todos los Bueyes de Cuba, y cita a Gorrión y a toda su compaña, y dice: que a él cuadrúpedo muy honrado, pájaro farandulero no lo disminuye.

Para hacer la misma proeza que Gorrión con sus gorriones, le siguen no solo los bueyes, sino las vacas y los terneros. Uno detrás de otro van llegando al matadero. Y Buey empuña el jifero. Tienen miedo. Son muchas veces que titubean, que reculan, que se espantan—sin disimulo—, antes de prestarse a la prueba del cuchillazo.

—"Eséquere uán. ¡Soquando! Eséquere uán. ¡Soquando! Eséquere uán... Caen las cabezas y la sangre fluye a borbotones.

—"¿Tú ále?"—grita Buey alzándolas con trabajo (porque es asombroso lo que pesan) y mostrándolas a Gorrión, que siente un poco de náuseas.

Cuando después de varias horas muy bregadas, Buey jadeante y satisfecho,—en sangre tinto hasta los cuernos—dió por terminada la degollina, Gorrión dijo:

--"Muy bien. Me consta que has muerto a conciencia a todos tus hermanos. Pero dudo que les devuelvas la vida, porque no tienen alas."

—"¡Ahí está la gracia!"—contestó Buey gravemente, cobrando resuello y limpiándose el sudor.

Se puso a la obra de ajustar cabezas...

Adaptábalas al cuello y en cuanto retiraba las manos, ¡cataplún! la cabeza se desplomaba. Y así fué que ni una sola se quedaba fija; y por más empeño que tomó e nsoldarlas, no hubo cuerpo que recuperara su cabeza, ni cabeza que reintegrara viva el cuerpo del cual había consentido en separarse—hay que confesarlo—sin grandes entusiasmos.

Como el Buey recomenzaba una y otra vez, pacientísimo, la misma operación, Gorrión lo dió por vencido, y se fué de rumba con todos los suyos, a celebrar el triunfo.

Al fin, en pegar cabezas que se despegaban, se le pasaron al Buey las veinte y cuatro horas necesarias para que sus decapitados, por el gran calor, hedieran como es de rigor. Y Buey, aunque un poco tarde comprendió.

-"He matado a mi madre, a mi padre, a mis hermanos, mis mujeres, mis hijos, y mis nietos y biznietos; a todos mis tíos, los hijos de mis tíos, nietos, y biznietos. ¡A todos mis "carabelas!" ¡Ah! Esto es lamentable... ¡lamentable!"

Raboteando con mansa tristeza se entró en un estanque y del modo característico a su noble raza, se ahogó...

Tal día aciago hubiera perecido íntegra la nación bovina, si un buey ya viejo y una vaca flaca, no se hubieran abstenido de concurrir a aquel acto extravagante. Es cierto que presenciaban la escena de bastante lejos, y que en un momento dado, la vaca alborotándose, le dijo a su compañero:

mos. Esos juegos buenos son para los jóvenes, la gente fuerte..."

De esta pareja desgraciada, nació sin embargo un ternerito y una ternera, que se unieron en honesto concubinato y procrearon mucho: y gracias a ellos, aún hay bueyes y vacas en Cuba, la bella.

^{-&}quot;¡Magnífico! ¡Vamos también nosotros a que nos corten la cabeza!"

^{--- &#}x27;Mira,--contestó el buey reteniéndola por la cola--. Tú y yo ya estamos viejos. No servi-

NOGUMA

En casa de Tigre no hay cocinero. Nadie busca allí acomodo. ¿Quién va a cocinarle a los Tigres? ¿Quién se atreve? Se comen la comida que les presenta el cocinero, en pailas. Después se comen vivo al cocinero. Siempre han hecho así. Es la costumbre.

Había en tal fecha, un carpintero llamado Nogumá: y decían que sabía más que las cucarachas. Era a la vez, cocinero y repostero fino.

Allá se fué a casa del Tigre, a pedir colocación...

—"Nogumá, en ese "munansó", (1) a todos los cocineros, se los han comido. ¡Tú no vayas, Nogumá. ¡Dios te libre!"

Pero a nadie hizo casi, ni a su comadre la Ma Teodora. No tenía miedo, y estaba aburrido de carpintear.

La señá Tigre tiene ahora muchos hijos. No le gusta meterse en la cocina, que se pringa.

- --- "Bien, Ñogumá, prepara el almuerzo en seguida."
 - -- "¿Entete?" (2).
 - --"Entete, sí, nos gusta."
 - --"; Engombe?" (3).
 - --"Engombe comeremos."
 - --- "¿Enuni?" (4).
 - --"Enuni comeremos."
 - —"¿Susúndamba?" (5).
 - -- " 18 ??"
 - -"¿Chulá?" (6).
 - "-¡ No, chulá, no, no que hincha!"

Nogumá se ató su delantal, blanco como azucena. Juntó la candela. La candela en el fogón

⁽¹⁾ Casa.

⁽²⁾ Venado.

⁽³⁾ Buey.

⁽⁴⁾ Pájaro.

⁽⁵⁾ Lechuza.

⁽⁶⁾ Sapo.

dijo: —"Ya estoy." Y pasó curioseando un tigrecito. Lo mató, lo cocinó. Los Tigres comieron tigre y dijero: —"¡Está muy rico!"

Pasó otro tigrecito curioseando, gulusmeando. Lo mató; muy bien que lo sazonó, y los Tigres comieron tigre y dijeron: —"¡Muy sabroso!"

Cada día Nogumá mata un tigre, y los tigres se relamen y dicen: —"Con qué gracia cocina el negro..."

Hasta que mató el último Tigre, Ñogumá.

Pavo Real desde la rama lo ha visto todo.

-- "Lo que es hoy, dice Nogumá, -- y la candela se ahogó de risa--, Nogumá se irá muy lejos... ¡Jum! Con diente de Tigre rencoroso, Nogumá no juega."

(Las cazuelas, culnegras, barrigonas, en hilera. Muy serias. Todas con sombrero.)

Y Nogumá, al cuchillo, le guiñó un ojo... Y no volvió más nunca.

Tigre, buscando a Ñogumá. Porque tiene hambre. Ya es hora de almorzar.

La señá Tigre, buscando a Nogumá. Llamando a sus hijos.

Ninguno está en casa.

La hora de comer, que ya se va el día. ¿Dón-de está Ñogumá? Señor... y los tigres. ¿Jugan-do en el bosque se habrán perdido?

Tigre grande tiene hambre, HAMBRE.

¡Aa!...¡Ha!

Llegó la hora de dormir. No falta arriba, una estrella... El sueño volvió a la casa. Ni Ñogumá, ni los tigres.

Pasaron tres días.

Pavo Real, desde su rama, está mirando. Con sus cien ojos... Todo él está mirando.

--"; Tu húrria!; Tu húrria!; Tu hurria!" (1).

"Mira Tigre, fogón apagado, ceniza fría.

Mira Tigre, las cabezas cortadas..."

Doce, son doce las cazuelas que Pavo Real va destapando, y aparecen las doce cabezas decapitadas de doce tigres cachorrillos, que abren y cierran los ojos, helados en espanto. Las lenguas de fuera, babeando gusanos...

⁽¹⁾ El chillido del Pavo Real, en lengua, querría decir: "¡tú comiste!"

Ya muy podridas, las doce cabezas hediondas se quejaron...

- -- ''; Ay de tí, Ñogumá!''-rugió el Tigre--.
 L'ómo he de vengarme?''
- -- "Si me das lo que te pido, yo te traeré a Nogumá ; con grillos!--contestó el Pavo Real.
 - -"¡Yo te daré cuanto pidas!"
- —"¿Me darás otras patas; otras patas lindas, de platería?—y al oído—Porque éstas que llevo, Tigre, son mi vergüenza..."
- -"Yo te daré lindas patas, nuevecitas. ¡A todo lujo!"
- -"Bueno. No pierdo un segundo. Ya estoy en camino."
- --"¡Nogumá, Titigumá, Titirigumá, Nogumá!"

Nogumá estaba en su carpintería cepillando una tabla de caoba, color de miel.

El cepillo decía:

-- "Sigueñé siguañé, ¡silé!
Siguañé siguañé, ¡silé!
Siguañé siguañé, ¡silé!"

-"¡Nogumá, Titigumá, Titirigumá, Nogumá!"

Así los gritos de Pavo Real, mucho antes que él, recorrieron medio mundo buscando a Ñogumá. Por las colinas verdes de la lejanía. En el valle. En el bosque. Por el río. En cada soledad.

Se subía a la última rama de un árbol cimero y lo denunciaba a los cuatro vientos, acuchillando a chillidos el espacio:

-- '¡Tu húrria!¡Tu húrria!¡Tu húrria!"

Atravesó un palmar que soñaba muy denso. Y el grito fué derecho a la cabaña, donde estaba Ñogumá cepillando sus caobas, color de miel.

-- "Sigueñé siguañé, ¡silé!
Siguañé siguañé, ¡silé!
Siguañé siguañé, ¡silé!"

-- ''¡ Nogumá, Titigumá, Titirigumá, Nogumá!''

Y oyó el negro que de muy lejos y tan cerca. lo llamaban, y tuvo miedo de no sentirse solo.

Del corazón a las yemas de los dedos, hebras de agua helada; y el corazón que la habló de justicia, a Nogumá.

LYDIA CABRERA

--"¡Nogumá, Titigumá, Titirigumá, Nogumá!"

Los gritos se acercaban como un pelotón de gente armada.

-"¡Ñogumá, Titigumá, Titirigumá, Ñogumá!"

Que están muy cerca, tan cerca...

-"¡Nogumá, Titigumá, Titirigumá!"

Y una cola de plumas, que rozó las hojas secas:

--"¡Ñogumáa!"

Y es Pavo Real, parado en la ventana; que vió un hombre encorvado sobre un tablón.

La mano tiene miedo, el cepillo tiene miedo, —muy despacio, resbaló un secreto en la madera: —"Sí... le."

Nogumá apartó la tabla sin volverse, deslizó como un lagarto, desapareció bajo un montón de virutas.

Pavo Real con sus cien ojos está mirando. Todo él está mirando.

-"¿Nogumá?"

Silencio.

-"¿Nogumá?"

El silencio se hizo ausencia. Todo le contestaba intensamente mudo. Allí estaba Ñogumá; pero como un muerto en su casa, después del entierro.

-- '¡ Ya no está aquí!''-se dijo el Pavo Real, dándose por satisfecho. Y siguió de largo desandando medio mundo.

Tigre lo aguardaba contando las horas y los minutos.

- -"¿Y Ñogumá, qué, me lo has traido?"
- -- "No, pero he andado mucho. Un hombre vi de espaldas, carpinteando, muy lejos... tanto, que allí debe acabar la tierra. Quizá era aquél, el mismo Ñogumá; aunque estaba de espaldas. No sé cómo, desapareció."
 - -"¡Imbécil!"-rugió el Tigre.
- —"¿ Qué quieres que hiciera, si me cansé de llamarlo, si no me respondió? Un hombre de espaldas es cualquier hombre: podía ser Ñogumá, y no ser Ñogumá. Un hombre de espaldas, es siempre un desconocido!"
- -- "Entonces," dijo el Tigre, señalando con desprecio las patas grotescas, doloridas de tantos

caminos—"quédate con tus patas feas toda la vida!"

-"¡Tigre! ¿Será posible?"

¡Paf! Pavo Real saltó a la rama.

--"Tchit-Tchriii..."-abre el abanico.

Todo su cuerpo de brillos, pedrerías, de metal rico, flexible. El pecho de zafiros, la cola de esmeralda. ¡Su cola fabulosa de ojos de oro!

-"Tchít-Tchriii...; Ah, yo! Gran yo... Soy bellísimo, incomparablemente. Una joya... y nudie vale lo que yo valgo.; Nadie!"

Pero a veces, sin querer, tan gran señor, se ve sus pies y entonces grita, (empingorotado, desesperado):

-"¡Tu húrria!

¡Tu húrria!

¡Tu húrria!"

EL CABALLO DE HICOTEA

Hicotea estaba leyendo "La Habana Ilustrada" a la orilla del arroyo donde Compadre Caballo Blanco, dos veces al día iba a beber.

— "Buenos días, Comadre Hicotea" — dijo el Caballo.

Hicotea lo miró fijamente por encima de los lentes, y con desprecio, dejando caer una a una las palabras, le contestó:

--"Caballo-es-mi-caballo."

Compadre Caballo se quedó en una pieza: no supo que responder. Así de pronto no se le ocurrió nada. Pero cuando volvió al arroyo al atardecer, dejando también caer una a una las palabras, le gritó a la comadre:

-"; Hicotea-no-tiene-caballo!"

Poco después Hicotea fué a la corte y le dijo al rey:

-"El Caballo-es-mi-caballo."

(Lo cual dió lugar a muchos comentarios.)

El rey hizo venir al Caballo y le dijo:

-- '¿ Con que tú eres el caballo de Hicotea '

Caballo no supo responder. Así de pronto no se le ocurrió nada... Reflexionó. Fué a casa de Hicotea y le dijo:

- -- "Vamos a ver al rey. Me debes una aclaración."
- -- '; Ay!-gimió Hicotea. Precisamente hoy me estoy muriendo. ¡Si no puedo andar Compadre Caballo!''
 - -- "Si no puedes andar, te llevaré cargada."
- --"¿Con estos dolores que tengo, Compadre Caballo?"
 - -- "Móntate en mi grupa."
 - -- "¡Me caeré Compadre Caballo, me caeré!"

Hizo un esfuerzo supremo. Subió a la grupa... Cayó al suelo, dura y redonda como una piedra.

--"Espera, me pondré una manta. Irás mejor." (Pero al menor movimiento de Compadre Caballo, Hicotca, dolorida, se desplomaba.)

- -- '¡Espera! Me pondré la montura."
- -- '¿Y cómo he de sujetarme, Compadre Caballo?''
 - --"Me pondré el freno y las bridas."
 - -"¿Y si los perros nos asaltan en el camino" Compadre Caballo le entregó un látigo.
 - -"Los espantarás silbando el látigo."
- -"¡Todo sea por el amor de Dios, Compadre Caballo! Si trotas mucho, me costará la vida."

Y emprendieron la marcha.

—"¡Góngorin-kinyón-kinyón-kinyón Gorín-gogorín-gogorín Kinyón-kinyón-kinyón!"

Los árboles se reían con todas las hojas al verlos pasar...

- -- "Apéate ya, Comadre Hicotea, no me vea de esta suerte algún cortesano."
- -"¡No, Compadre Caballo, de ninguna manera!"-y le arreó un latigazo.
 - -"; Apéate, Comadre Hicotea!"

Empezaron a discutir; pero el rey desde su mirador había visto a Hicotea muy bien montada en "su" caballo, y a poco más les salió al encuentro dando voces:

-- "¡Ah!,¡Oh!...¡Tú eres el Caballo de Hicotea! No cabe duda."

Entonces Compadre Caballo se encabritó y se lanzó a campo traviesa como si en aquel momento le hubieran hundido en los ijares unas espuelas de hierro candente.

Hicotea, agarrada a su crín, se sostuvo un largo trecho. Al cruzar un riachuelo: —"Gracias", —dijo la Comadre, y cayó al agua.

Compadre Caballo Blanco, perdida la razón huía de este mundo.

Corrió, corrió, corrió, hasta que se acabó la tierra. Rodó al fondo de un abismo. Rodó al fondo de la noche ciega.

Y aún huye, muerto, el Caballo Blanco.

Por soledades de estrellas. Por el sueño desierto de las estrellas...

OSAIN DE UN PIE

Ocó ebín kuamín...

La negra cansada, recién casada, que tenía antojos, cual dama blanca.

- ---"Mi marida, yo quiero comer gallina y fufú, cocinado por tí."
 - --"Cocina tú, negra haragana."
 - —"No, tú, tú."
- -- "Chón, chón obini. Anda y traeme ñame. mientras preparo un caldo de gallina."

Debajo de la casa estaba el ñame apilado: debajo del ñame, se había instalado Hicotea, dispuesta a pasar allí el resto de sus días.

-- "¡Suerte envidiable la mía! Ya no más ajetrearme, buscando qué comer...; Gracias, Señor Dios Santo Bendito, por haberme deparado tan buen refugio!"

Esto le decía Hicotea al Creador, creyéndose allí muy dueña y segura, cuando adviritió, que la bóveda de su guarida se entreabría, y rodaban en torno suyo las paredes.

La negra cogía el ñame más voluminoso; el mejor y más digno de su apetito. Hicotea, reconoció la sombra de una mano—animal de rapiña—y empezó a gritar, con la entonación que hace inconfundible, la cólera y el celo, de todo propietario.

—"Alá lubiaba!

Teregóngu, Teremova. ¡Tére! Teregóngu, Teremova. ¡Tére!

Bosi lubiaba masere cuché cómo aberillélle: ¡Palaba!"

Lo cual quería decir terminantemente:

-- '; Atrevida! ¿Quién eres tú, para robarte ese name que es mío?''

Empavorecida, la negra soltó el ñame como si éste le hubiese mordido las yemas de los dedos. Se abrió a correr, sin volver la cabeza, sin dar tiempo a que sus ojos se metieran en averiguaciones.

- -"¿Qué pasa Obiní?—le preguntó el hombre, al verla que traía, el corazón en la boca, la color ceniza.
 - -"¡Ña... ña... Ñame está hablando!"
- -"¿Ñame hablando? ¡A qué no habla conmigo!-y dejando una gallina a medio desplumar, salió a buscar el ñame. Amenazador, se acercó en puntillas, sin embargo.

-"Alá lubiaba!

Volvió a vociferar, iracunda, Hicotea.

Y el hombre huyó: lo mismo que su mujer, sin mirar hacia atrás. Fué a dar al palacio del rey. Pidió audiencia.

- -"¡Rey, ñame está hablando!"
- --"Name no ha hablado nunca-contestó el rey-.; Nunca!"
 - -"¡Rey, ñame está hablando!"
- -"Pues he de oirlo yo mismo,"-dijo el rey, muy contrariado."

Salió el hombre seguido del rey; detrás del rey, todo el ejército, lanzas en ristre. Llegaron al bohío, y el rey, al más valiente de sus hombres, ordenó que tomara un ñame y viera si tenía boca. E inmediatamente se oyó a éste prorrumpir colérico, terrible, en una gritería que no dejó lugar a dudas:

—"Alá lubiaba!

Teregóngu, Teremova. ¡Tére! Teregóngu, Teremova. ¡Tére!

Bosi lubiaba masere cuché cómo aberillélle: ¡Palaba!"

Tuvo miedo el más valiente, entre los valientes del rey. Se aflojaron las rodillas de todo el ejército. El ñame hablaba; ñame bramaba cada vez que una mano, medrosa, insinuaba ademán de asirlo.

El ejército hubiera emprendido la fuga; el rey también, pero aquel era un buen gobernante, reflexivo y terco. Se dijo:

--"¡Hay que prohibirle a los ñames el uso de la palabra!"

Ordenó que viniese en seguida Osaín de Tres Piés. Y vino Osaín de Tres Piés, Santo de yerbas, Santo adivino. Que se impuso de la gravedad del caso, se ató la frente con un pañuelo y pidió en consecuencia, tres pesos plata, como tres lunas llenas; tres cazuelas nuevas, lustrosas, tres gallos y tres cocos.

-- ''; Olorún madge!--dice Osaín de Tres Piés--. Enciende la candela. ¡Soldado! ¡Coge ñame!''

—''Alá lubiaba!
Teregóngu, Teremova. ¡Tére! Teregóngu, Tere-

mova. ¡Tére!

Bosi lubiaba masere cuché cómo aberillélle: ¡Palaba!"

Protestó el ñame con tanta energía, que Osaín de Tres Piés le dijo al rey:

-- "Yo no puedo hacer nada. Llama a Osaín de Dos Piés. Él sabe más que yo, porque es más viejo."

Y vino Osaín de Dos Piés, con las Siete Albahacas y las Mil Flores.

Pidió dos pesos plata, dos gallos, dos cocos, dos cazuelas nuevas.

-"; Ochíché! Ahora, soldado, enciende la candela.; Chisporrotea, leña!; Y tú, soldado, agarra ese ñame!"

Pero otra vez, indomable, habló el ñame. Aún más embravecido.

Dice Osain de Dos Piés, le dice al rey:

-"No puedo hacer nada. Llama a Osaín de un Pie. Yo no había nacido, y ya era viejo en el mundo, y sabio, Osaín de Un Pie."

-- ¡ Cán-cán-cán!

Viene Osaín de Un Pie, apoyándose en un pincho. ¡Cán-cán-cán! Canilla sola. ¡Cán-cán-cán...!

Del fondo del monte, como ur árbol viejo, torcido, rugoso; las espaldas sonoras de zumbidos de insectos; doradas, de sueños de lagartos lentos.

- --- "A mí,--dice Osaín de Un Pie--me basta con un peso plata, una cazuela, un coco y un gallo."
- -"¡Ochiché! Aviva el fuego. ¡Tumba yayita, y afuera miedo! Eh, soldado...; Coge ñame!"

Gritó el ñame violento, y más fuerte gritó el viejo del monte. Palo duro era, bayacán.

-"; COGE ÑAME!"

Trémulo de sentir entre sus dedos la ira del ñame, el soldado,—al fin—retiró de la tonga un primer ñame. Y éste no tenía boca. Ni corbata.

-"; Coge ñame! ¡Todos, todos, a cargar con ellos!"

-- 'Alá lubiaba!

Teregóngu, Teremova. ¡Tére! Teregóngu, Teremova. ¡Tére!

Bosi lubiaba masere cuché cómo aberillélle: ¡Palaba!''

-- "Coge ñame!"

Hicotea se ahogaba de rabia. Tronaba, gangueando:

—"¡A... lá lubiaba! lubiaba...

Teregóngu... Tére...'

Y los soldados obedeciendo, bravos, enteros.

Hasta que apareció en limpio Hicotea, corrida, indefensa, ronca.

- -- ''; Osaín, fódde nure! Perdóname. Osaín, perdóname!..''
- -- '; Ah, vieja bruja, cómo si no te hubiese conocido tu dejito de arará!...'

Osaín con su pincho le descalabró el carapacho. Feroz y burlón, se complació en triturarla, hasta que Hicotea cesó de gimotear, rendido, como una negra esclava a los pies del mayoral.

-"¡Osaín, fódde nure, fódde nure!...

Aquí se fueron todos muy circunspectos: el hombre dueño del ñame; detrás del hombre; cáncán-cán Canilla Sola; cán-cán-cán Osaín de Un Pie; podrido, reverdecido, dos ramitas nuevos en los hombros; el rey detrás de Osaín, y el ejército victorioso detrás del rey. Lanzas en ristre.

La negra cansada, recién casada, comió gallina, comió fufú.

El negro salcochó su ñame. Su ñame, ñame—mudo—. Y después se acostaron y se durmieron. Y el sol también se fué a dormir; y luego la noche se durmió en la noche, hasta que un silbido la despertó, y se puso en acecho.

Un ojo diminuto, redondo, intenso, apareció sobre un guijarro. Otro, en un cactus, a poca distancia... Una mano tronchada, apenas del tamaño de una hoja de romerillo, removía levemente entre las yerbas, el silencio estancado. Empezaron a

hormiguear ruidos pequeños: un menudo trajín de miembros, que dispersos y mutilados, se buscaban, se coordinaban y revivían...

Hicotea, sentada en las races del árbol del Pájaro que Vela,—"Yo bíbí, bíbí. ¡Tequetébucá! Va bíbí.. ¡Bíbí!—retejía sus venas,—y la sangre cantaba—. Armaba sus huesos, zurzía sus carnes, soldaba su coraza.

Del lado del monte, donde cae del cielo un largo chorro de estrellas, cón-cón-cón Osaín de Un Pie, por la quietud de la noche muy secreta, venía renqueando.

--"Yo bíbí, bíbí. ¡Tequetébucá! Va bíbí. ¡Bíbí!"

— "Comadre Hicotea,—dijo Osaín de Un Pie—. ¡Fué broma!...

Y el viejo y Hicotea, ya rehecha, cambiaron una mirada de inteligencia. Se leyeron en los ojos el secreto de los cuatro elementos.

Hicotea hizo un fuego y se sacó el corazón. Lo puso a arder, y Osaín se desternillaba de risa viéndolo brincar, más rojo que el fuego, girar intacto, vivo entre las llamas alegres, abrasarse sin consumirse, hasta que Hicotea volvió a encerrárselo en el pecho...

Y fumaron un tabaco; tomaron café, y muy azul la noche entera, fué olor de café...

LA PRODIGIOSA GALLINA DE GUINEA

Diablos tenían a la Lluvia prisionera en una tinaja: a la tierra de los que comían arroz llegó Doña Miseria sembrando penas.

Escaseaban los víveres.

Una mañana atosigado por el hambre, Compadre Gallo saltó la cerca de piña y piñón: y camina, camina, camina, camina, camina, camina Compadre Gallo, camino luengo.

Al fin de la desesperanza halló una hermosa tierra cubierta de granos como un milagro.

Creyendo que soñaba,—o que había muerto y éste era el paraíso,—se metió entre las siembras. Y tragé: tragó soñando que soñaba que tragaba a tragantadas...

Con el buche bien repleto,—ya despierto—corrió en busca de Comadre Gallina.

--";Dios nos protege, Dios que se hizo el sordo, me ha oído!"

Tornaron marido y mujer a la finca bendita —esta vez con muchas precauciones—y Comadre Gallina pudo engulir a sus anchas hasta sentirse enferma.

Desde entonces, a diario la dichosa pareja comía opíparamente mientras las otras aves, famélicas, se resignaban a morir de hambre.

Comadre Paloma. blanca hasta el lirio,—la saugre blanca—se desmayaba dulcemente de sólo imaginarse un puñado de millo. Apenas si podía tenerse en pie; y aunque hartos y ya gordos, Compadre Gallo y la "Comae" Gallina se apiadaron de ella. Pidiéndole la mayor reserva se ofrecieron a llevarla a la otra tierra generosa que Dios les había revelado, granero inagotable. Pero... Comadre Paloma jamás se hubiera separado un segundo de su marido, Compadre Palomo, ni le hubiera callado un secreto, ni probado un sólo grano sin compartirlo con él, pico a pico. Así que

también fué Compadre Palomo. Y lo supo el Pato y su mujer, en un estanque donde el agua se había convertido en piedra. Y lo supo Compadre Ganso y su mujer. Y el Pavo...

--"; Qué crueldad dejarnos perecer así!..."

Al fin todos en silencio y con grandes miramientos para no comprometerse, ni manchar sus buenos nombres, visitaban la tierra de la abundancia y en cada estómago hubo alegría.

¡Ah! ¡Lo supo la Gallina de Guinea!

—"Y poqué (1)

poqué

poqué no he de comer yo igual que Uds. egoistones?''

—"Porque es Ud. muy indisereta, Comadre. Porque Ud. que no las piensa, nos descubrirá y nos perderá a todos"—contestó el Guanajo autoritario—, y algo iba a añadir con sensatez la Paloma remilgada y comedida, pero Palomo hizo, "Tracúm" "No te inmiscuyas, Paloma mía,

⁽¹⁾ Imitando el chillido de la Gallina de Guinea...

amada mía. Acariciémonos, aunque no venga al caso".

-- 'Escucha, Comadre, yo te conozco... Te traeré maíz en un cartucho''...-dijo la Gallina.

No, no hubo más remedio que conducir a la Gallina de Guinea que armó un lío de chillidos, carreras y aletazos y que al fin juró por las cenizas de su madre,—que era muy buena—y de su padre,—que en paz descanse—comportarse correctamente, como una señora, y evitar sospechas.

Ella empieza comiendo aquí: "tchí, tchí... tchit-tchit-tchit y acaba de comer allá lejos, y todo lo ha revuelto.

- -- "¡Que la van a pillar!"-observó el Gallo.
- -"¡Um, um!" (Palomo, disgustadísimo desaprobaba aquel desorden, empujando con ternura torpe a su paloma.)
- —"¡Vámonos!"—dijeron los ladrones honorables, precavidos.
- -- '; Tchit-tchit!...; Tchí-tchí!'' -- seguía escandalizando la Gallina de Guinea.

Ya andaba el Guajiro recorriendo su finca a caballo. Se abrió como un abanico, la mañana. El guajiro la sorprendió picoteando aquí, allá, acullá. Se bajó del caballo y le echó mano.

- --"; Canalla, vas a saber lo que es "cajeta de boniato!"-le gritó el guajiro; y un poco más y le tuerce el pescuezo.
 - --"¿Poqué-poqué-poqué?"
 - -"¡Por ladrona!", y la encerró en el corral.
- —"Cuidado quien ande con "esa",—le advirtió al gallinero quien dió muestras del más vivo interés mezclado al desprecio—"a esta picara desvergonzada, tengo que ajustarle unas cuentas"...
 - -"; Pacuá, pacuá!" (1).
- —": No, no me liamo Pascual!"—y pegó un portazo formidable que hizo huir espantado al pobre perro Canela.

Gallina de Guinea se sube a un palo y medita.

-"¿Y ahora, Yegguá, Virgen de los Desamparados, cómo salir de este trance tan peliagudo? ¡Ese "mundele" (2) tiene malas pulgas!"

(2) Hombre blanco.

⁽¹⁾ Siempre imitando a la Gallina de Guinea.

El hijo del dueño de la finca, un chiquillo desmedrado y verde, allegose jugando al corral de las aves. Y ella, zalamera, lo llamó.

—''¡ Ven acá niño, ven acá!''—le dijo hablando en cristiano.

—; ?

-- "Niño, ya te gustau las monedas de oro, los escudos, los centenes y las peluconas?"

-": ? ; ? ;; !!"

-"; Ah, niño... Yo te haré rico, entonces. Yo sé cantar, y las cruces del cementerio, hasta las torres de los ingenios si me escuchan bailan! Llévame a la Habana. Irás pregonando: "¡Esta es la prodigiosa gallina de Guinea que si me pagan canta, si no mepagan, no cantará!"

--- "Oye" -- dijo la Gallina rabisalera--. Y cantó:

—"Compadre Gallo vino y se promovió —ó—ó Arillénlle!

Comae Gallina vino y se promovió —ó—ó Ariléplle!

Compae Palomo vino y se promovió —ó—ó Arillénlle!

Comae Paloma vino y se promovió —ó—ó Ariliénlle!

Compae Pato vino y se promovió --ó--ó Arillénlle!

Comae Pata vino y se promovió —ó—ó Arillénlle!

Compae Ganso vino y se promovió —ó—ó Arillénlle!

Comae Gansa vino y se promovió —ó—ó Arillénlle!

Compae Guanajo vino y se promovió —ó—ó Arillénlle!

Isé-Kué! Arillénlle! Isé-Kué! Arillénlle...

Isé-Kué! Arillénlle! Isé-Kué! Arillénlle...

El guajiro y todos los peones de la finca abandonando sus quehaceres, acudieron al corral atraídos por el canto.

-- "Esta es la prodigiosa gallina de Guinea, que si me pagan canta, si no me pagan no cantará."

-- "Garganta de plata tiene la gallina! Canta, oh canta otra vez preciosa Gallinita de Guinea. Canta y bailaremos. ¡No habrá fagina!

La Gallina enmudeció; y los hombres vaciaron de calderilla sus bolsillos.

¡A la Habana, a la Habana, a pie por la carretera!

Cantando y bailando. Isé-Kué, Arillénlle! En llegando a las murallas, apareció el celador. Bailó el celador, que era gallego.

-- "¡Sejidme todos a la Celaduría!"

El celador le dijo a su mujer:

--- '; Aquí traijo una jallina que canta más dulce que todas las jaitas juntas de mi Jalicia!''

Desenterró una botija y dió los luises que venía ahorrando hacía doce años cabales...

Oyó cumbancha el Alcalde que paseaba por la Alameda, muy estirado: allá viene, abanderado y golpeando con su bastón al Isé Kué! al Arillénlle!

- 'Señores, ¿ qué pasa en esta ciudad?

¡Arillénlle! ¿Alegría?...! y sin permiso! ¿qué es esto, pueblo, qué es esto?"

La Gallina se calla: el Señor Alcalde quería bailar.

—''¡Vámonos todos a la Alcaldía!'' Y rompe un paquete de centenes. Baila el alcalde, baila la alcaldesa, (y eran de Asturias, cintura dura) baiel el celador y la celadora.

"Isé Kué! Arillénlle!" Isé Kué Arillénlle!"

No tarde en llegar el Gobernador linajudo, mofletudo, zamborrotudo, sacudiendo los recios liombros, las charreteras; y patón y bigotudo, —Grandeza de España—el pecho fulgurante, como un altar cubierto de cruces y medallas de oro.

—"Isé Kué, Arillénlle! Abrirle paso a la autoridad, ¡voto vá! ¡Arillénle! Pero, ¡canastos! ¿qué es esto, que no me tengo, que hasta los pelos del lunar me bailan?

"¡Rediós! ¡Arillénlle!"

--"; Señor Gobernador, algo muy bueno!"

Y se van todos al Palacio de la Gobernación.

— "Hijas de mis entrañas, y tú mujer",—dice su Señoría— "venid todas a escuchar la Prodigiosa Gallina de Guinea!" A manos llenas, velludas, derramó las onzas.

La Gobernadora,—cubana buena gorda y bruta—de entre unos cortinajes rojos entró bailando en el salón.

Y baila el celador, baila el alcalde, baila la celadora, baila la alcaldesa; baila el gobernador. baila la gobernadora.

Bailan das nueve hijas solteras del Gobernador.

Y vino el Rey de España, en una fragata con toda la corte; con Cristóbal Colón, de marmol blanco, un verdugo y un padre cura...

—"Decidme, vasallos de tantos colores: ¿ es esta la rumba Mambisa?

¡Isé Kué! ¡Arillénlle! ¡Vaya un relajo! y nos complace... ¡Arillénlle!

- -- "¡Señor, la Prodigiosa, la prodigiosa Gallina de Guinea!"
- -"¡La haré Virreina de mis Antillas verdes, de mis Antillas dulces! ¡Ea, señores siga el guateque!

Subió el rey las escaleras sin perder el compás, al ¡Arillénlle!

Arillénlle! Y la reina con corona de diamantes y manto de armiño moviendo el culo:

Isé Kué! Arillénlle! Isé Kué! Arillénlle!...

Bailó el celador y la celadora, el alcalde y la alcaldesa, el gobernador y la gobernadora, las hijas fofas, fainas, del Gobernador: el Rey y la Reina de España, los príncipes y princesas de la sangre.

Condes, duques y marqueses.

Y el Obispo de la Habana.

El Ejército, la Marina, el Cuerpo Legislativo, y la Sociedad Económica de Amigos del País.

La cotorra, el perro y el gato.

En la cochera, los caleseros; en la cocina los cocineros, las cazuelas y el sartén. En la azotea, la negra que lava y la negra que plancha. En las tendederas bailan los corpiños, bailan las enaguas: los largos calzoncillos castos de los caballeros. Y las nubes.

A las puertas de Palacio, también bailan los porteros,—las farolas—y serenos a deshora: y se vió en el parque, bajo los laureles, frente a los balcones colmados de mujeres, al futuro Capitán

Cara de Mogote que guardaba el puerto y cazaba piratas, bailar—sin desdorarse—con la negra retinta, cochambrosa, ya matunga, conga-mondonga.

-- 'Ahora, -- dijo la Gallina--llévenme a un escampado para cantarle al pueblo''.

—"Sea.—dijo el rey—bueno está que el pueblo disfrute también lo suyo... de vez en cuando."

-"¡Viva el General Tacón! ¡Viva la Rumba, la Administración, la Constitución, la relajación!"

Y la chusma libre y gozosa,—bozales, ladinos, criollos, rellollos, negros, blancos y amarillos,—chinos manilas—, revueltos en estruendo de tambores, cascabeles, maracas, marugas y cencerros, la siguió coreando más allá del paseo de Carlos III, a la loma del Príncipe.

Decían los tambores:

"¡Tengo caló, caló!"

Bailaba el pueblo entero. Hasta la guardia civil odiada parecía buena!

Salieron los cabildos con sus capitanes: sombrero de tres picos, banda y pendón; las comparsas, las farolas, los juegos de diablitos, congos, lucumís, mandingas, ararás; los "figurines" y

las "figurinas", los "curros" currutacos de Jesús María, luciendo sus anchos pantalones de campana, las caminas alforzadas con mangas de charol, el sombrero calañés y los pañuelos de color.

Isé Kué Arillénlle!
Isé Kué Arillénlle!

Arriba, arriba: en el Castillo de Atarés, la Gallina de Guinea.

Levantó un ala—; Arillénlle!—. Cuando vinieron a acordar... ya estaba ella en su Terruño con todos los "carabelas", narrándoles su aventura.

El Palomo se escandalizó: Té-Kúm! mal ejemplo, Gallina de Guinea, atrevida y filatera, le daba a una mansa, recatada Paloma.

El Ganso, patiabierto en asombro, por más esfuerzo que hizo no alcanzaba a comprenderlo todo —y le dolió la cabeza—: y compadre Gallo por su prestigio de amo, por su hombría, su cresta y sus espolones se creyó en el deber de reprenderla: no de admirarla. -"¡Loca, loca de atar! Un picotazo te merecías en cada ojo... y te atreves a reirte y aún, insolente, te vanaglorias!

Dí, endiablada gallina revoltosa, ¿cuándo tendrás un poco de juicio?

"¡NUNCA, NUNCA, NUNCA, NUNCA!"

—gritó convulso, reventándose de cólera el Compadre Guanajo: muy puntilloso y,—verdaderamente—, muy estúpido.

LA CARTA DE LIBERTAD

Cuando los animales hablaban, eran buenos amigos entre sí y se entendían con el hombre, ya el perro era esclavo. Ya amaba al hombre sobre todas las cosas

En aquella época—de horas largas y poca prisa—, el Gato, el Perro y el Ratón, eran inseparables. Los mejores compadres, de Cuba solían reunirse ne el traspatio de una gran casa de la Alameda, en cuyos vidrios de colores, todavía, no hace mucho, venían a morir los reflejos del mar. Allí, al pie de un laurel,—que el tiempo nuevo asesinó con todos sus pájaros—pasaban charlando la prima noche.

Una vez que el Gato y el Ratón, (quien tenía gran comercio con los libros: era un erudito) ha-

cían el elogio de la libertad, y discutían largamente los derechos de todos los hijos de la tierra, sin exceptuar los del Aire y los del Agua; el Perro se dió cuenta que él era esclavo y se entristeció... Al día siguiente fué a ver a Olofi (1):

"Babá didé odiddena!

¡Babá burucú odiddena, didé didena..!" (2) y le pidió una cédula de libertad.

El viejo más viejo del cielo, se quedó un tanto perplejo, dudando mucho en complacer al perro; considerándolo con sus ojillos socarrones que todo lo ven de antemano y rascándose detrás de la oreja. Pero al fin, después de encogerse de hombros y escupir muy negro por el colmillo—según costumbre suya al tomar una decisión—trazó su nombre sobre una hoja de pergamino y le dió al perro, en toda regla, la ansiada carta de Libertad. Aquella misma noche, el Perro muy orondo se la mostraba a sus amigos.

- "Guárdela bien, Compadre, ¡ cómo oro en paño!"--le recomendó mucho el Gato al despedirse. Y el Perro, pensando que en ningún sitio podía estar más segura—no teniendo bolsillos—se la guardó en el trasero. Pero el precioso documento, allí encerrado, le escocía atrozmente... Le produjo una angustiosa desazón que fué en aumento: se vió obligado a andar en una actitud grotesca, las patas de atrás desmesuradamente abiertas. No se atrevía a hacer el menor gesto, a expresar ningún sentimiento con la cola. De repente, una picazón terrible le acometía, con ansias violentas de correr, de frotarse desesperadamente el trasero con la tierra, sin medir las consecuencias de este acto; accesos éstos, que cuando para vergüenza suya, tenían lugar en la calle, provocaban a risa a todo el mundo. Y era una tortura. La preocupación constante de perder la cédula, le tenía ocupado todo el día. Temiendo algún descuido que emborronara el texto, Compadre Perro se abstuvo de tomar alimento, y por último, no sabiendo qué escoger, la libertad o el

⁽¹⁾ Hay dos Olofi: uno más viejo que el otro... El Santísimo Sacramento.

⁽²⁾ Levántate, viejo, levántate.

martirio, se extrajo el documento y lo dió a guardar a su Compadre el Gato.

El Gato pensó que era una responsabilidad exponer una cédula de libertad a la intemperie, a la vida azarosa del tejado, y se la llevó a Compadre Ratón que tenía techada la casa... Y fué a casa de Compadre Ratón. Este había salido a la bodega a comprar queso... Lo recibió la Ratona, y a ella le confió la carta, con toda ciase de recomendaciones. Comadre Ratona tenía dolores de parto. Cogió la carta, la ripió, hizo su nido...

En esto el Perro tuvo un vivo altercado con su dueño.

El Perro había dicho: —"¡Dáme un hueso más!"

El amo había replicado: --"No me dá la gana."

El Perro se le encaró al hombre. Éste iba a levantar el látigo...

-"¡Necesito comer mucho más, porque soy libre...!"

El hombre decía: —''; Comerás lo que a mí me parezca! Esclavo naciste. ¡Eres mi esclavo!''

-- 'No Señor mi Amo, no soy tu esclavo,-y su cola aprobaba delirante-tengo mi carta de libertad.''

-- '¡Si es así... muéstramela en seguida!"

El Perro salió al traspatio y llamó a su amigo el Gato.

--"; Compadre Gato, pronto, mi carta de libertad!"

El Gato llamó al Ratón.

-- "Compadre Ratón, pronto, la carta de libertad de Compadre Perro, que está en poder de Comadre Ratona."

El Ratón corrió a su casa. La Ratona dormía, con siete ratoncitos, entre los ripios del pergamino...

El Ratón volvió corriendo con el alma en grima, y le habló al oído a Compadre Gato, quien se llevó las manos a la cabeza. Y fué la primera vez que el Gato hizo ¡¡Fúf!! y saltó, uñas desnudas, sobre el Ratón; y ésta fué la primera vez, que el Perro saltó sobre el Gato y le clavó los colmillos en el cogote.

En los ojos fuego verde, el Gato se defendía boca arriba: se hizo un ruedo de aullidos, de zarpazos, de mordiscos y de sangre. El Ratón como era chico, se escabulló y se metió en la cueva.

El Gato erizado, maltrecho, trepó al laurel; de una rama ganó el tejado, y en el alero, tendido como un arco, seguía bufando y desafiando al Perro.

Pero Compadre Perro, fué a lamarle las manos a su dueño, y se echó a sus piés sin más explicaciones.

LOS MUDOS

La primera noche la luna apareció como un pelo.

Luego como el filo de una hoz transparente; luego como una tajada de melón de Castilla chorreando su almíbar; luego... como la rueda de un molino; y al fin se desprendió y cayó en el bequerón de la noche, donde el Escondido Siempre, que nadie ha visto,—el que está en el fondo de lo que no tiene fondo—machaca con una piedra las lunas viejas, para hacer las estrellas, mientras viene otra luna nueva.

Entonces la oscuridad de la noche era total, y el Tigre se había robado el fuego, bailándole al que lo guardaba, en una cueva de Insambiapunga.

El cazador quiso tener lumbre en su choza.

A la media noche, despertó al mayor de sus hijos sacudiéndole por un brazo.

- -- "Ve a casa del Tigre, pídele una candela."
- -"¡Tengo miedo!"-dijo el muchacho.
- -"¡Obedece!"—dijo el cazador. Y lo lanzó a la oscuridad de afuera, a la noche compacta de entonces, que entre dos lunas, aún no tenía estrellas.

—; Tún, tún!...

El Tigre tenía sueño ligero desde que se había robado el fuego. Lo ponía entre sus patas delanteras y se dormía custodiándole, sin alejarse demasiado por las veredas en bajada del sueño.

Así seguía sintiendo el vivo calor continuo cerca del pecho, y seguía mirando los juegos de las llamas, más sutiles, con los ojos cerrados.

(Era un fuego muy pequeño el primer fuego.)

Apenas golpeó el muchacho con los nudillos en la puerta, el Tigre, haciéndose muy viejo, cantó como si llorase de una pena muy honda; cantó de una herida de su cuerpo: cantó esta canción, que no se ha de cantar en monte firme cuando se ha puesto el sol. Y para que así fuera, solo quedaron las palabras; y el viento negro de aquella noche sin luna, sin estrellas, se llevó la música a más allá de todo lo que ya se olvidó, cosa de que los hombres imprudentes, no traigan de ella memoria precisa a nueva vida, y la repitan...

"Tanifalloku; Teremina!
Tanifalloku; Teremina!
Oruniwallo teremina
Wallallé Oñiná teremina
Wallallé teremina!"

- --"Entra", dijo el Tigre, abriendo su puerta, mostrando el fuego."
 - --"; Tengo miedo!"

Saltó el Tigre y se tragó al hijo del cazador.

El cazador que esperaba la candela, matándose los mosquitos, le dijo a otro de sus hijos:

- -- "Ve a pedirle al Tigre una chispa de fuego."
- --"; Tengo miedo--dijo el muchacho-espera a que amanezca!"
 - --"¡Obedece!"-dijo el cazador.

El Tigre estaba echado en el umbral de la puerta, abierta de par en par:

"; Tanifallokum... Teremina!"

- --"Abuelo, dame una brizna de tu fuego, que mi padre me manda que te pida."
- —"Sí,—dijo el Tigre—toma ese tallo que está subiendo—. ¡Tómalo pronto, no se te escape!"...

Y se tragó al hijo del cazador.

El cazador mandó a sus siete hijos, unos tras otro, por la candela.

Ninguno volvía.

--"Iré yo mismo," dijo el hombre.

Ya el Tigre había cerrado su puerta. Ya empezaba a cabecear. Sin querer, se resbalaba por la pendiente del sueño, y su cuerpo, y el fuego, iba dejando lejos, atrás.

- —"; Tún tún!"
- —"Ah, eres tú, el Cazador"—dijo el Tigre—.
 "La puerta no está atrancada, no tienes más que empujar."
- "No, contestó el hombre. No entraré. Tengo miedo, tengo miedo!"...

Sólo que el Tigre no le dió tiempo a huir. Saltó precipitado, de la roja oscuridad, y se lo tragó.

En el vientre del Tigre, el cazador halló vivo a sus siete hijos. Se dió cuenta que tenía un cuchillo... Rasgó las entrañas de la fiera, y todos solieron uno a uno por la brecha de su flanco.

El hombre temblando se apoderó del fuego, y se marcharon—enmudecidos—bajo el cielo negro, negro, por la noche profunda y cerrada que aún no tenía estrellas...

Y nunca más recobraron el uso de la palabra.

Y por eso hay mudos en el mundo.

EL SAPO GUARDIERO

Estos eran los melizos que andaban solos por el mundo: eran del tamaño de un grano de alpiste.

Este era el bosque negro de la bruja mala, que hacía inerte el aire: y este era el sapo que guardaba el bosque y su secreto.

Andando, andando por la vida inmensa, los mellizos, hijos de nadie.

Un día, un senderito avieso les salió al encuentro, y con engaños los condujo al bosque. Cuando quisieron volver, el trillo había huido, y ya estaban perdidos en una negrura interminable, sinbrecha de luz.

Avanzaban a tientas—sin saber a donde—palpando la oscuridad con manos ciegas, y el bosque cada vez más intrincado, más siniestro—terriblemente mudo—se sumía en la entraña de la noche sin estrellas.

Lloraron los mellizos, y despertó el sapo que dormitaba en su charca de agua muerta, muerta de muchos siglos, sin sospechar la luz.

(Nunca había oído el sapo viejo llorar a un niño.) Hizo un largo recorrido por el bosque, que no tenía voz,—ni música de pájaros ni dulzura de rama—y halló a los mellizos, que temblaban como el canto del grillo en la yerba. (Nunca, nunca había visto un niño el sapo frío.) Donde los mellizos se le abrazaron sin saber quien era,—y él se quedó estático—. Un mellizo dormido en cada brazo. Su pecho tibio, fundido; el sueño de los niños fluyendo por sus venas.

"Tángala, tángala, mitángala, tú juran gánga."

"Cucuñongo, Diablo Malo, escoba nueva que barre suelo, barre luceros.

¡Cocuyero, dame la vista que yo no veo!

Espanta Sueño, tiembla que tiembla: yo tumbo la Seiba Angulo, los Siete Rayos, la Mama Luisa... Sarabanda: brinca caballo de Palo; Centella, Rabo de Nube... Viento Malo, illévalo, llévalo!

El bosque se apretaba en puntillas a su espalda, y le espiaba angustiosamente. De las ramas muertas, colgaban orejas que oían latir su corazón; millones de ojos invisibles, miradas furtivas, agujereaban la oscuridad compacta. Abría, detrás, su garra el silencio.

Sorprendido, el sapo guardiero dejó a los mellizos tendidos en el suelo.

"Duela a quien duela, Sampunga quiere sangre. Duela a quien duela, Sampunga quiere sangre."

Al otro extremo de la noche, la bruja alargó sus manos de raices podridas.

Dió el sapo un hondo suspiro y se tragó a los mellizos.

Atravesó el bosque, huyendo como un ladrón; los mellizos, despertando de un rebote, se preguntaban:

—"Chamatú, chekúndale, Chamatú, chekúndale, chapúndale Kuma, kuma tú ¡Tún, tún!¡Túmbiyaya! ¡Dónde me llevan?¡Túmbiyaya! ¡Dónde me llevan ¡Túmbiyaya!"

En el vientre de barro.

Polvo de las encrucijadas.

La tierra del cementerio, a la media noche, removida.

Tierra prieta de hormiguero: trabajando afanosamente,—sin dolor ni alegría—desde que el mundo es mundo, las Bibijaguas, las sabias trajineras...

Barriga de Mamá Téngue, Mamá Téngue que aprendió labor de misterio en la raíz de la Seiba Abuela; siete días en el seno de la tierra; siete días, Mamá Téngue, aprendiendo labor de silencio, en el fondo del río, rozada de peces. Se bebió la Luna.

Con Arañe Peluda y Alacrán, Cabeza de Gallo Podre y Ojo de Lechuza, ojo de noche inmóvil, collar de sangre: la palabra de sombra resplandece.

Espíritu Malo. ¡Espíritu Malo! Boca de negrura, boca de gusanos, chupa vida. ¡Allá Kiriki, allai bosaicombo, illá kiriki!

La viela de bruces escupía aguardiente, pólvora y pimienta china, en la cazuela bruja.

Trazaba en el suelo flechas de cenizas; serpientes de humo. Hablaban conchas de mar.

"Sampúnga, Sampúnga quiere sangre."

-- "Ha pasado la hora" -- dijo la bruja.

El sapo no contestó.

—"Dame lo que es mío"—volvió a decir la bruja.

El sapo abrió apenas la boca, y manó un hilo verde, viscozo.

La bruja tuvo un acceso de risa, una tempestad de hojas secas.

Llenó un saco de piedras. Las piedras se trocaron peñascos: el saco se hizo grande como una montaña...

—''Llévame este fardo lejos, a ninguna parte.''
El sapo con sus brazos blandos, levantó la montaña y se la echó a cuestas sin esfuerzo.

El sapo avanzaba brincando por la oscuridad sin límites. (La bruja lo seguía por un espejo roto.)

> "Chamatú, chekúndale Chamatú, chekúndale Kúma, kumatú

Tún, tún, tumbiyaya. ¿Dónde me llevan?

¡Tumbiyaya! ¿Dónde me llevan? ¡Tumbiyaya!''

Ahora el sapo, su pecho tibio, alegremente cantaba a cada tranco:

"San Juan de Paúl De un solo tranco, San Juan de Paúl Así yo trago."

Allá lejos ¿dónde?—pero ni cerca ni lejos—el sapo hizo salir a los mellizos de su vientre.

De nuevo encerrados en la noche desconocida, —despiertos—volvieron a llorar amargamente.

La carota grotesca del sapo expresó una ternura inefable: dijo la palabra incorruptible, olvi-

dada, perdida, más vieja que la tristeza del mundo, y la palabra se hizo luz de amanacer. A través de sus lágrimas, los mellizos vieron retroceder el bosque, deshacerse en lentos girones de vaguedad, borrarse en el horizonte pálido: y a poco fué el día nuevo, el olor claro de la mañana.

Estaban a las puertas de un pueblo, a pleno sol, y se fueron cantando y riendo por el camino blanco.

—"¡Traidor!"—gritó la bruja retorciéndose de odio: y el sapo, traspasado de suavidad, soñaba en su charca de fango con el agua más pura...

La bruja iba a matarlo: pero ya él estaba dormido, muerto dulcemente, en aquella agua clara, infinita. Quieta de eternidad...

		Págs.	
Prejuicio		7	
Bregantino, Bregantin		13	
Cheggue		4 3	
Ellá		46	
Walo-Wila		51	
Dos reinas		57	
Taita Hicotea y Taita Tigre		59	
Los compadres		103	
La loma de Mambiala		144	
La vida suave		166	
Apopoito Miama		174	
Tatabisaco		187	
Arere Marekén		198	
El limo del Almendares		203	
Suandende		212	
¡Soquando!		218	
Noguna		224	
El caballo de Hicotea		233	
Osain de un pie		237	
La prodigiosa gallina de Guinea		247	
La carta de libertad		261	
Los mudos		267	
El sapo guardiero		272	